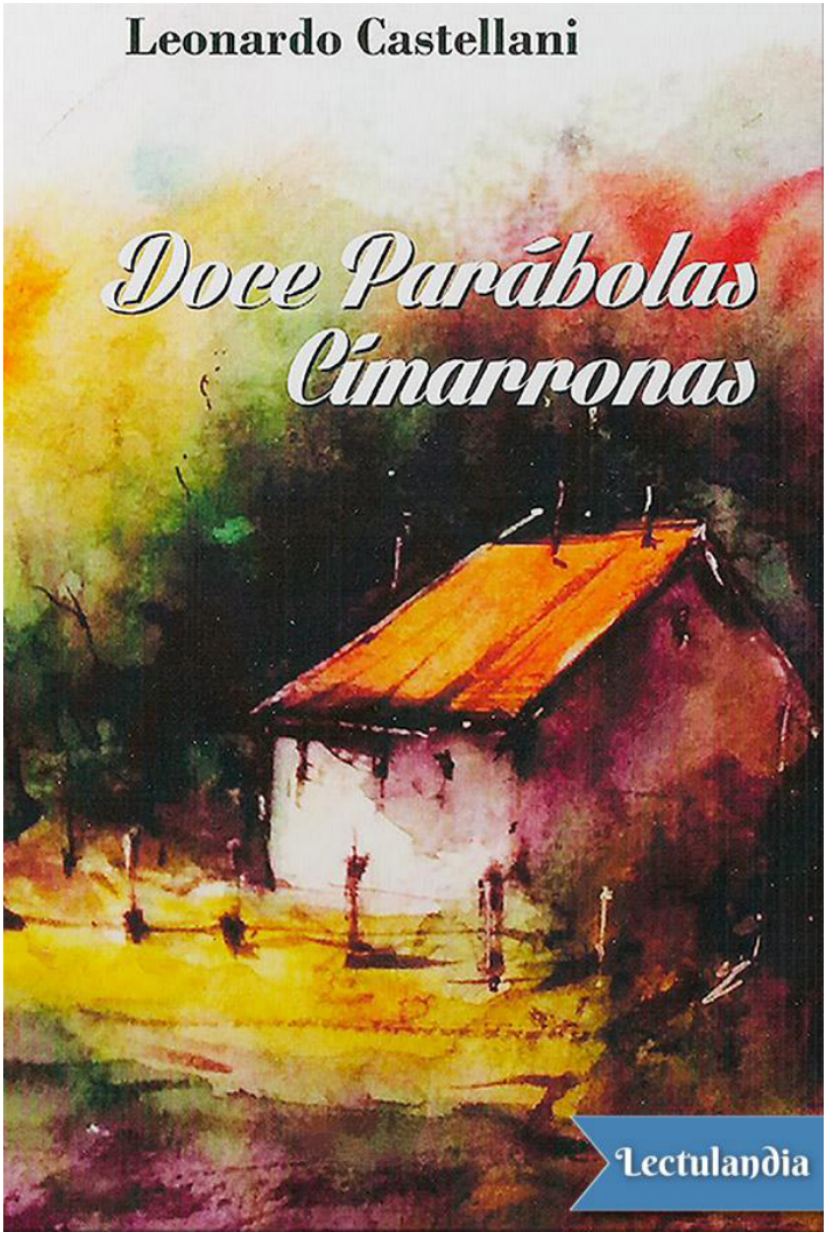
Leonardo Castellani

Doce Parábolas Cimarronas



Lectulandia

Una Parábola se podría definir como «un tiro por elevación», del cual el proyectil realiza un recorrido parabólico: una parábola es un cuento (no es un cuento) que muestra una verdad cotidiana (un banquete de bodas, un hijo pródigo) pero vista desde un punto elevado, desde Dios. El P. Castellani, como siempre, nos regala estas historias reales (posibles) gauchescas, no con «moraleja» sino con la mirada del Águila divina, a través de los ojos (de su único ojo) limpios de niño que se abre atentamente al mundo que lo rodea.

Quizás toda su vida fue una parábola, una historia humana vista con los ojos de Dios. Tenía (y ahora con más razón) lo que santo Tomás llama «el ojo de la contemplación»: tuvo una oscura y luminosa vida contemplativa, porque en las historias humanas que narra con tanto realismo y criollismo supo descubrir y ver la Historia del hombre entrelazada con la Historia de Dios.

Leonardo Castellani

Doce parábolas cimarronas

ePub r1.0
Titivillus 07.11.2021

Título original: *Doce parábolas cimarronas*
Leonardo Castellani, 1959
Corrección y notas: Pbro. Carlos Biestro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Doce parábolas cimarronas

Introducción

Parábola del Libro Inspirado

¡Ohé, Pozo, Satélite Japet!

El Buen Samaritano

Parábola del Convite

Parábola del Sembrador

Parábola del Fariseo y el Publicano

Parábola de la Dracma y la Oveja

Parábola de los Jornaleros

Parábola del Granito y del Fermento

Parábola de los Deudores

Parábola del Buen Pastor

La Parábola de Caifás

Parábola del Deudor Desaforado

Parábola del Hijo Pródigo

Parábola del Capataz Camandulero

Jorge Luis y el Epulón

Viaje a Jerusalén

APÉNDICE: El Arte de las Parábolas

Sobre el autor

Notas

INTRODUCCIÓN

Hemos desglosado estas doce parábolas en diálogo de nuestro libro *Las Parábolas de Cristo*, por aconsejarlo la conveniencia editorial —y también literaria. En ese libro están tratadas moralexegéticamente las demás de las ciento veinte parábolas de Cristo; y en nuestro libro *El Evangelio de Jesucristo* están tratadas moralexegéticamente estas doce; que no era el caso de «refritar», como dicen.

Esta idea de tratar humorísticamente las parábolas de Cristo (que Dios haga no aparezca irreverente) nos fue inspirada por nuestro «*olim*[1]» profesor de literatura R. P. Juan Marzal S. J. Estos diálogos se ciñen estrictamente al Evangelio (a diferencia de otros más libres compuestos por el dicho profesor y poeta) sumergido en el medio palestino evangélico, tal como nos es dado conocerlo por los trabajos de técnicos y eruditos. Hemos hecho hablar a nuestros personajes un poco en criollo, porque naturalmente no podemos hacerlos hablar en arameo; y los «*ethos*» de las clases campesinas son más o menos parecidos o equivalentes en todo el mundo y todos los tiempos. Los pastores, pescadores, y los labriegos hebreos de entonces se parecen no poco a nuestros gauchos (san Pedro era gauchazo) con menos altivez y peleonería, y mucho más conocimiento de la religión.

«Explicar en abstracto no es creación; dar forma plástica es creación» —dice nuestro amigo Rafael Squirru. Pero no hay verdadera creación si no se conoce primero la explicación en abstracto. De ahí la poca solidez o importancia de la literatura argentina —de la cual están haciendo ahora *otra* historia en ocho o diez volúmenes, más palabrera y farraguienta por tanto que la de Ricardo Rojas; la cual es una especie de gran «cementerio de frustraciones». Muchísimos escritores y artistas argentinos se frustran, simplemente porque *sabemos poco*. O nada. El *hábitus* artístico se mueve en el vacío y el molino muele paja. «La poesía argentina no tiene mensaje…» —decía Vintila Horia. Bueno, ojalá que Dios lo remedie (que no lo podrá si no se remedia la Enseñanza); y entretanto, ojalá que nosotros lo

comprendamos, y no sigamos haciendo papelones con nuestra famosa «cultura».

Dijo ya, para todos los siglos, el viejo Horacio:

«*Scribendi recte, sapere est et principium et fons.*
Rem tibi Socraticae poterunt ostendere chartae…[2]».

Horacio, *Ars poética*, 309-311.

L. C.

Parábola del Libro Inspirado

«Escrutad las Escrituras, pues vosotros creéis que tenéis en ellas la vida eterna: porque ellas son las que dan testimonio de Mí» (Jo. V, 39).

Cristo no hizo ninguna parábola acerca de la Biblia, se limitó a llamar a su propia predicación el «*Tesoro*» (exactamente el «cofre fuerte para guardar valuables») como hacían los demás nabíes. Pero dijo que ella era la «Palabra de Dios», también como decían los profetas y profesaban dogmáticamente los judíos; y que «no puede fallar»; que durará más que el mundo y el firmamento. En esa afirmación de Cristo se basa nuestro dogma de «*la inspiración de la Escritura*», de cuya naturaleza he de hablar un día, pues no es tan fácil de entender, y ha sido malentendida no pocas veces.

Cristo arguye a los doctores judíos «*ad hominem*», diciéndoles: «*Vosotros decís que la Escritura es la palabra de Dios; pues bien la Escritura dice…*» cosa que no hubiera hecho de no creerlo Él también; pero además, independiente de toda discusión, afirma categóricamente que «no puede fallar la Escritura» (Jo. X, 35): «*pasarán el cielo y la tierra, mas ni una jota ni una coma de la Ley pasará sin que todo se cumpla*» (Mt. V, 18) y «*es necesario se llenen todas las cosas que están escritas acerca de Mí en la ley de Moisés y los Profetas*» (Lc. XXIV, 44). Es curioso las pocas veces que Cristo cita directamente la Escritura, tres veces; creo que porque su propia profecía era en infinito más importante que la de los Profetas anteriores a Él; y todo autor que tiene propio pensamiento cita poco; embutir un escrito con transcripciones ajenas es señal de mediocridad intelectual; como Rodó por ejemplo, que no escribe una página sin citar al menos un (a veces ocho) autor francés de moda. «La erudición es provinciana», dicen aquí en Buenos Aires; en realidad la erudición «ostentada» es porteña, o uruguaya. La erudición no es para ostentar, es un instrumento para buscar la verdad, que debe desaparecer, como un andamio. Existe en los grandes escritores, por supuesto, los cuales no la

muestran sin necesidad.

Aunque el Nuevo Testamento está henchido de alusiones al Antiguo, tres mil según Van Laak (dudo de este número), Cristo no transcribe directamente; aunque sin duda lo conocía todo, ya que su Santísima Madre parece haber sabido la Biblia casi de memoria, a juzgar por el saludo —cántico— profecía a su prima Isabel, que llamamos el «*Magníficat*»: improvisación de estilo oral que en sus nueve «gestos proposicionales bimembres» contiene no menos de siete (once afirma Harnack) alusiones al A. T. Mas Cristo cuando quiso mentar la lista de los asesinados por la fe, citó de inmediato el primero y el último (Abel y Zacarías) que hay en los libros santos, como teniéndolos presentes ante sus ojos (Mt. XXIII, 35).

Tenemos pues en definitiva que Dios dejó un libro *SUYO* a los hombres: no lo «dictó» (como pensaron Montano y Lutero), no lo «aprobó», (como sostuvo Lessius) no lo «inspiró vagamente», como inspira a todos los demás poetas, según sostienen hoy generalmente todos los «modernistas» (Loisy), mas hizo de modo que esos escritos pudieran ser llamados propiamente «palabra suya» sin dejar de ser escritos (propiamente también) de Isaías, Daniel o San Mateo, cualquiera haya sido el modo. De ese modo, sutil, pero en el fondo bien claro y sencillo, digo que hablaré otro día**[3]**.

Mas a mí se me ha ocurrido una parábola sobre la Escritura, hecha a modo de la actual «fantaciencia», e inspirada en un cuento de W. Morrison, «*The Sack*», contenido en la pequeña antología de R. A. Heinlein (*Signet Books*, Nº 1044), el único que a mi juicio vale algo de los catorce allí contenidos.

L. C.

¡Ohé, Pozo, Satélite Japet!

> Las realidades más altas son, para nuestra opaca inteligencia, muy obscuras. Ello no obstante, lo que de ellas podemos conocer, por mínimo que sea, siempre es sobremanera más valioso que el más perfecto conocimiento de las realidades ínfimas. (Aristóteles, *De los animales y sus partes*, 1,5: 644 b, 31-33).

Mariner. —Ohé, Saturno, Satélite Japet Cxb27 M3 Alpha… Ohé, ohé, aquí Tellus Or PZ228Y2RS fi, b.; hora 2 de la madrugada, día 27 de julio, año 1996. Capitolio de Washington. El Pozo, Ohé, ohé.

Pozo. —Ya… Correcto. Aquí el Pozo. Ohé.

Mariner. —No funciona la proculvídeo**[4]**, no lo vemos a Ud., Pozo, lo oímos solamente.

Pozo. —Memos. Vuelvan la llave PZ2. Se han olvidado.

Mariner. —Con la apresuración, perdón. ¡Silencio! Operador, llave PZ2. Bien, ahora lo vemos. Pero no se ve bien. Ésta es una sesión solemne, Pozo. Se puede decir que todo el planeta Tellus, vulgo Tierra, está aquí presente. ¿Qué pasa Pozo?

Pozo. —Que Pozo no pasa con tanto peso; y perdón por el «*pun*[5]», pero me exasperan ustedes con sus memeces. No es contra usted, Mariner, usted pregunta relativamente correcto. Descríbame lo que ve, Mariner.

Mariner. —Debo aprovechar el tiempo al máximum. La
Semi
ha comprado este espacio de 33 minutos por la suma inverosímil y jamás antes vista de 88 kilomiriacredits, unos ochocientos ocho mil millones de dólares americanos, al tener la infausta noticia que nos reveló ayer, Pozo. Pero lo que vemos ahora, entra en el cuestionario que me ha prescripto: bien, vemos su cabezota pálida cuatro veces mayor que las nuestras, bella y cadaverosa, casi igual tamaño al resto de su cuerpo; vemos esa curiosa doble giba de su I. S., pecho y espalda, que no es deforme, sin embargo; vemos los dos pares de brazos, el torso reducido y magro en el diván oval; no vemos la

extremidad de las dos piernas o pseudópodos. Vemos uno sólo de sus tres ojos. Y no obstante, la vídeo funciona bien, según el Operador Jefe.

POZO. —En orden. Eso deben ver ahora. Diga qué les pasa a ustedes, terrestres, y a qué este apresuramiento. Siempre andan apresurados ustedes.

MARINER. —Están aquí en la estación Tellus Or PZ228 todo el Senado de los Estados Unidos de Ambas Américas con su Presidente, tres delegados de la
SEMI
o Superfederación Excelsa Mundial Imperial presididos por el Secretario Personal del Divísimo Presidente Jonny Shang Tu para esta entrevista capital, Pozo amigo; y prácticamente todas las proculvídeos del mundo terrestre están ahora enfocados sobre usted: millones y miles de millones de ojos y oídos. La noticia de que el fin de su vida natural se aproxima, oh Ilustrísimo Saturnino, ha conmovido al orbe. Me han encarecido el interrogatorio en vista de que yo sólo obtengo de su Ilustrísimo Saturnidad las mejores respuestas: la estación mayor de los EE. UU. AA., la nación más grande y poderosa del mundo, vencedora de la Tercera Guerra Mundial, está marchando a reventar a todo su poder. La sabiduría increíble de la Ilustrísima Saturnidad ha subyugado durante tres años nuestro mundo, y no podemos perderla. «Queremos encontrar en otro planeta o astro después de su vida (y ojalá se prolongue mil años) otro ser semejante a su Ilustrísima Saturnidad para nuestro consejo», dice el cuestionario.

POZO. —No hay otro astro habitado fuera de éste, que dentro de poco será deshabitado —como la Tellus, por lo demás. Les he hecho daño con mis respuestas —«consejo», que llamas tú.

MARINER. —No diga eso. ¿Qué daño?

POZO. —La política terrestre con la verdad real es como si dijéramos adenoides con zigotes en un clima ultravioleta.

MARINER. —¿Qué es eso? No entendemos, Ilustrísima Saturnidad. Los estenógrafos no han oído bien.

POZO. —Perdón, me resbalé. Tengo que hacer un esfuerzo agotador para hablar con ustedes, incluso contigo, Mariner amigo; tengo que suspender o atropellar nuestra lógica común, dejarla a un lado, mutilarla en este horror de idioma universal pobrísimo de ustedes. Es como ustedes, cuando hablan con sus bebés, mucho más en realidad. Deja el «Ilustrísima Saturnidad», que me molesta. Di «Pozo», como el vulgo.

MARINER. —Me encargan «una transcripción exacta de su vida y características, después algunos insolubles problemas terrestres, y tres

preguntas sobre el futuro», ¡oh nuestro oráculo incomparable! No sé si habrá tiempo, Pozo.

POZO. —Ya saben que el futuro no lo conozco. No habrá tiempo si se meten otros, como estoy viendo quieren hacer.

MARINER. —Ha adivinado usted el futuro muchas veces.

POZO. —Sólo lo que de él está sujeto a cálculo. Las posibilidades del futuro, o sea Voluntad de Unicaloadasea, son estrictamente infinitas, y no están sujetas a cálculo.

MARINER. —Profetizó usted la Tercera Guerra Mundial, el día del estallido, la duración y los resultados, y el número de muertos, la tercera parte del género humano.

POZO. —Cálculo al alcance de un niño: Ustedes la tenían en sus libros Santos. Rusia y sus dos aliados tenían obviamente que ser aplastados por Jonny Shang Tu. Un niño como yo podía verlo.

MARINER. —¿Qué edad tiene usted, Pozo? Pregunta tres.

POZO. —Menos mal que comienzan a preguntar cosas que no son memeces terrestres, y que no pertenecen a sus memécicos negocios, uranio, oro y finanzas, todo eso. Soy un niño. Tengo tres tetraionos y medio, un tetraión son 46 años nuestros, un año nuestro es 46 años de ustedes, les voy a aliviar la cuenta, tengo 7 406 años de ustedes, recién me sale la muela del juicio. Cuando yo nací no existía la tierra, al menos habitada; tampoco existían aquí proculvídeos, por lo demás. La primera vez que vi la tierra por vídeo estaba deshabitada y envuelta en cendales, creo de vapor de agua, o humo.

MARINER. —«¿Cómo hacen o hacían allí para prolongar la vida?». Pregunta con asterisco en el cuestionario. Rápido.

POZO. —Ya sabes que si me dan prisa obtienen respuestas MENOS rápidas. Las Unicaloadasea nos concedió una vida más larga que a los Terrestres, saben ustedes que nuestro planeta es el más viejo y tiene mucho menor densidad; y nosotros nos hemos aumentado la vida con nuestra organización moral y la ciencia biológicafísica, supresión de la micropatogenia, cura de todas las enfermedades, y producción de alimentos fibroenergéticos con el silicatonocmon. No pueden hacerlo ustedes, ni siquiera son capaces aún de extraer el nocmon.

DAVIDSON. —Habla del Presidente del Senado, Ilustrísima Saturnidad. ¿Hay nocmon en la tierra?

POZO. —Ningún rector florece rosa sin esporación dialéctica por supuesto.

MARINER. —Ha respondido ya por implicación que hay nocmon en la tierra, Presidente. Déjeme a mí por favor. ¿Resbalaste, Pozo?

POZO. —No contesto preguntas memas, me lastiman, me descarrilan la mente. Que hable Mariner, con el cual puedo hablar bien —relativamente.

MARINER. —Sigue el cuestionario: «¿Por qué me ha elegido usted a mí para dialogar y ha rechazado a los mayores estadistas, científicos y filósofos de la tierra?».

DAVIDSON. —(*Bajito*) La p. q. t. p.

POZO. —Sé lo que ha dicho el honorable señor Presidente en voz baja. Te he elegido a ti porque eres el más honesto, y sabes más que los otros.

MARINER. —Eso es lo que intriga a todos. Yo no sé nada, soy un pobre marinero irlandés que no conoce otro libro más que la Biblia. ¿Cómo es eso?

POZO. —Justo. Ese libro de ustedes es el asombro nuestro. No entendemos una palabra de él; pero algunas cosas implicadas en algunas preguntas tuyas han sido para mí como refucilos. Les ruego que se limiten a preguntar y no divaguen.

MARINER. —Cuestionario, asterisco: «¿Qué es lo que lo mueve a responder a nuestras preguntas, Pozo?».

POZO. —Suministrar información es el único placer, no, distracción, no, alivio que me queda. Ustedes me llaman idiotamente «*Pozo de ciencia*»: mas la ciencia no es como un depósito en un recipiente, o un montón de datos en casilleros, sino como un fuego, algo activo y vivo, inmaterial, ¿no lo ha enseñado así el más viejo y sabio de sus antiguos filósofos? Mi comunicación con ustedes, que yo provoqué al quedarme aquí solo, me hace soportable la vida; el único otro globo celeste habitado, aunque increíblemente atrasado. No diré que les agradezco haberme o prolongado (no lo sé) o acortado la vida (no lo sé), porque la vida me es indiferente, y ahora más bien grave.

SENADOR BUGLEY. —No diga macanas. Usted debe vivir, anímese, *get up, man*, aunque sea por caridad hacia nosotros, los terrestres, que lo apreciamos tanto… *good monster, oh our sweet, good monster*.

POZO. —(……).

MARINER. —¿Qué ha dicho usted, Pozo?

POZO. —Nada. Preguntas solamente. Y no memeces.

MARINER. —Cuestionario: «¿Qué pasó en su planeta, que usted ha quedado único sobreviviente?». Primera sección: su vida.

POZO. —No planeta, sino satélite octavo, Japet. Lluvia de meteoros.

Destrucción total instantánea de ciudades, usinas, habitantes. Quedé sólo por voluntad de Unicaloadasea; estaba destinado a «*Shar*», algo que ustedes no conocen, y no hay tiempo de explicar: algo como el antiguo «Papa» de ustedes, pero muy diferente. Destrucción total de toda la raza, efímera supervivencia de un individuo infante no sé por qué, Loadasea. Por lo demás, la raza estaba a su fin. Desarrollo intelectual total, atrofia de músculos y sangre, y en consecuencia de pasiones e instintos, ninguna gana de hacer nada fuera de la especulación estética y científica, ni siquiera reponer las máquinas heredadas de nuestros antepasados, aunque algunas reparábamos dirigiendo lánguidamente a los «*brush*»; pero ahora hasta ellos han desaparecido. De las diecisiete vídeos que tenía enfocadas a la Tierra, sólo me quedan doce. Con ellas tengo una información de ese planeta que no pueden ustedes ni imaginar; podría decirles el tiempo climático en toda la superficie, y la población total en cada día, el número de los que mueren y nacen cada hora, y el número de los que enloquecerán o se suicidarán cada día hasta quince días anticipados, con aproximación de una cien milésima, por ejemplo; y muchísimas «verdades reales», que ustedes no preguntan. Yo me dediqué a las matemáticas; por supuesto que no son las de ustedes. No. La cumbre del álgebra vuestra, lo que llaman trifórmula integrativa de *Alvarez-Mecknikoff*, por ahí empezamos nosotros; y en su formulación terrestre es falsa, no, es inexacta, por implicar a un dato de índole filosófica einsteniana, que es sólo probable, y pertenece a la filosofía, no al álgebra.

MARINER. —Pozo hermano, me soplan aquí que ha usado usted dos palabras que no hay en inglés básico. ¿Qué son los «*brush*»? ¿Y por qué no tiene usted ya ganas de vivir?

POZO. —Preguntas, una a una. Los *brush* eran como los gorilas de ustedes, pero con cuatro brazos. Amaestrados, trabajaban en las minas, y en todo; pero no logramos volverlos mecánicos físicos, ni siquiera remendones autónomos de máquinas. Maquinistas, sí. Pero ya no quedan.

MARINER. —¿Por su falta se cansó usted de la vida?

POZO. —En los libros santos de ustedes está. Tienen ustedes una mina de conocimientos reales mucho mayor que todos los nuestros juntos. Las verdades se dividen en reales, semirreales y útiles; después vienen trece clases de mentiras y errores, que es lo que cunde entre ustedes. Hace tiempo la ciencia de ustedes se desvió hacia las verdades útiles o técnicas, que casi ni son verdades. Me aburren. Preguntas para ganar dinero, ¡puah! Preguntas financieras. Yacimientos de uranio y oro. Memeces. Daño. Magia.

MARINER. —Siempre con su manía de que nos hace daño. ¿Por qué

nos hace daño usted, Pozo?

POZO. —No quiero hacerlo, pero de hecho resulta. Les doy soluciones de los problemas, porque eso me preguntan. Si ustedes trabajaran los problemas técnicos, hallarían la solución y además verdades reales. ¿No han decaído la ciencia en toda la tierra desde que hablan conmigo? El doctor Eddington gastó ayer dos kilocréditos para preguntar la metabiosis interior de una célula viva, y la obtuvo; si hubiesen investigado habrían encontrado (en el curso de tres generaciones) la solución, y además varias verdades semirreales y reales, y nuevos mejores métodos de investigación; Eddington Junior con esa semiverdad útil que ha obtenido vendiendo todos sus bienes, va a querer hacerse multimillonario, y probablemente lo van a asesinar. Se están arruinando solos. Las soluciones no son la ciencia, ni los inventos, ni las técnicas. La ciencia son los problemas. La ciencia es un caminar infinito hacia la Unicaloadasea. Y ustedes no hacen caminar la mía. No. Me aburren. Quieren magia, quieren profecías.

SENADOR BUGLEY. —¿Seré yo reelegido en la próxima elección?

PRESIDENTE DAVIDSON. —¡Cállese imbécil que quedan sólo 16 minutos! *You are drunk, goddam!* ¡Taquígrafos, borren esa pregunta!

SENADORES (*con gran griterío*). —¡Afuera! ¡Que lo saquen! ¡Está estorbando!

BUGLEY. —Hago apelación solemne a mis fueros parlamentarios. Soy miembro de la Comisión Pozo. No me puede tocar usted, oficial.

VARIOS SENADORES. —*Seconded!* ¡Afuera! *Go away!*

TODO EL SENADO. —*By unanimity! Away with him!* ¡Que lo saquen! ¡Sáquelo, oficial! *Unanimity!*

PRESIDENTE. —Estamos escandalizando a las vídeos del mundo entero, y perdiendo preciosos segundos. Los papúes se deben de estar riendo de nosotros. Pozo, respóndame. ¿Qué opina sobre el proyecto de reestructuración política de los EE. UU. AA. que ha presentado mi bloque?

POZO. —No lo conozco. ¿En qué consiste?

PRESIDENTE. —*Goddam!* ¡Es un tomo de 576 páginas! ¿Cómo dice que no lo conoce? ¿Con la información que usted tiene? No comprendo.

POZO. —Memeces terrestres no me interesan. Aunque me lo pudiera exponer usted en diez frases, a la quinta frase me dormiría de aburrido. Interroguen cosa de tomo.

SENADORES. —¡Qué interrogue Mariner! ¡Perdemos tiempo, Presidente!

SECRET. DE SHANG TU. —Retírese, Presidente. Estamos

dilapidándonos. Cada segundo cuesta 18 millones de dólares.

PRESIDENTE (*muy bajito*). —La p. q. t. p. a vos y a tu «Laodicea».

MARINER. —¿No le es posible prolongar su vida, Pozo?

POZO. —No puedo reproducirme, no puedo inventar máquinas, no puedo trasladarme a Saturno; donde quizá sobrevivan *brushes*, aunque lo dudo. *that*
That's
.

MARINER. —Cuestinario: «¿Cómo se reproducían ustedes?».

POZO. —Bisexual, por supuesto. Todo eso de «hermafroditas» o «sexo repartido en cinco individuos» que propalaron los *efémeres* o periodistas de ustedes, son memeces terrestres. En todo somos iguales a ustedes, menos diferencias morfológicas insignificantes, como los tres ojos que a ustedes parecen monstruosos; y el grado de inteligencia, que además desarrollamos aquí en progresión geométrica; y el misterio de los libros santos, la revelación de la Unicaloadasea que tienen ustedes y nosotros no; felices de ustedes si lo comprendieran.

MARINER. —Entiendo que llama usted «la Única» a «la Única Mente», que nosotros llamamos Dios. ¿Qué es pues ese misterio de Dios con nosotros que lo obsesiona a su Ilustrísima Saturnidad, perdón, quiero decir, Pozo? Le prevengo que hay actualmente en la Tierra un gran renacimiento religioso, presidido por nuestro divísimo Shang Tu, el Cristianismo Místico que llaman: del cual Shang Tu ha sido nombrado *Póntifex Máximus*; y se cree que ese «misterio» que dice usted, es la encarnación del último Buddha, Shang Tu; y por tanto el mundo entero lo escucha ahora a usted con avidez…

POZO. —No sabemos. Nos hemos estrellado allí. Conocemos todo, y no entendemos nada. Tenemos traducidos vuestros libros santos escrupulosamente hace ya tetraionos. No podemos entenderlo. Y ustedes han abandonado su estudio. Es enorme. Tienen allí dentro aventuras intelectuales increíbles, universos enteros en que navegar mentalmente, y los han dejado por el dekavortexcitron, el automation, la bomba atómica, y la famosa navegación espacial, fracasada hasta ahora, y que jamás dominarán. No llegarán ni a la Luna, y *that*
that's
. Ningún terrestre abandonará jamás la tierra, (quiero decir, para volver a la Tierra o para llegar allá vivo) y han abandonado la Biblia, el libro inspirado por la Unicaloadasea. ¡Es increíble!

PRESIDENTE (*agarrando nerviosamente el micrófono central*). —Hubo que prohibir su estudio porque conducía (¡oíd, habitantes del mundo!) a supersticiones, fanatismos y crímenes, persecuciones y guerras religiosas, absurdos contra la razón no digamos —se trata de una colección de leyendas semisalvajes, sin valor literario, literatura burda de la prehistoria judía, según nuestros mayores metafísicos y críticos, como el gran Huxley Junior Tertius (¡Pozo, por favor, cuidado, no nos desacredite, que nos oye el mundo entero! ¡Por favor se lo pedimos!).

POZO. —Sólo me interesa la verdad. Eso que ha dicho NO es la Biblia. Miente usted.

MARINER. —¿Cómo dice usted que no entiende la Biblia, y yo la entiendo? ¡Con su ciencia de ustedes…!

POZO. —Entendíamos naturalmente todas las frases una a una en su lengua original, pero lo «real» que está detrás nos queda cerrado, ¿no lo ves Mariner? ¡Lo real!

MARINER. —¿Qué llama usted «lo real»?

POZO. —Pues eso que llaman ustedes la «Creación», la «Elevación», la «Caída Original», la «Encarnación», la «Redención», y todo lo demás que se sigue. En nuestro entendimiento todo eso aparece contradictorio, y por tanto, no existente… Ése es el misterio: ustedes dicen «los misterios» ¡y lo son para nosotros, por la Única!

MARINER. —Una pregunta importante: Hay en la Tierra una secta religiosa llamada los «papistas» o «católicos romanos»…

POZO. —Conozco todo, Mariner. No hables, no te conviene, yo te diré. Duró veinte siglos, decayó, el Jefe está ahora en Jerusalén, son encarcelados como enemigos y perturbadores del orden público, restan ocultos en el mundo pocos millones; y los «teólogos» de ellos dicen que nosotros los saturninos, a juzgar por mí mismo, hemos sido «creados» por la Unicaloadasea («creados» es palabra que no admitimos aquí) en estado «de natura pura», así dicen, que no hemos caído, que en consecuencia nuestra razón se desenvolvió normalmente… Que edificamos una civilización natural portentosa, aristotélica, en miles de años de vida; bueno, es claro, una inteligencia magüer exigua como la de ustedes se desarrollaría en una vida como la nuestra lo que no pueden ustedes ni soñar; y la nuestra es mayor, aunque comparada con la Unicaloadasea es como nada, por lo cual la llamamos la Única; y nosotros teníamos además una buena organización y vida moralpolítica sana. Bueno, hasta aquí entendemos más o menos: Aquí no había guerras, ni asesinatos, ni adulterios, ni estafas, ni pataratas

políticas, ésas son cosas de ustedes que no entendemos: la «*concupiscencia*», que dicen esos «teólogos» papistas. Aquí el único *bosh* («pecado» que dicen ustedes, hablaré inglés básico) era la mentira, la pereza y a veces la cobardía; pero los «tropezantes», que así los llamamos, «*stumblers*», eran reprendidos enseguida y se arrepentían y corregían. Nos guiábamos por la razón, ¿hay algo más sencillo? No niego que algunos persistían, o no se arrepentían nunca, de su primera mentira, por lo menos públicamente ante el *Shar*, cosa increíble; pero, bien, el interior del alma ¿quién puede violarlo? Bueno, morían prematuramente; y era por cobardía y pereza que tropezaban en la mentira.

MARINER. —Si ustedes vivían conforme a la razón, como algunos filósofos nuestros prescribieron… y no practicaron, ¿cómo explica usted esa pertinacia o endurecimiento de los que no se arrepentían entre ustedes?

POZO. —No sabemos. Quizá influjo de los espíritus de mala índole.

MARINER. —¿Los Ángeles? Nuestros teólogos sostienen que usted, Pozo, tiene un intelecto como los Ángeles buenos o malos, que llamamos…

POZO. —Ya sé. Ciertamente, no. No sabemos si existen esos seres, pero si existen, tienen otro intelecto. Hay una conjetura probable acerca del espíritu puro, espíritu sin materia, como sin duda alguna es supremamente la Unicaloadasea. Si existen, tienen que tener un intelecto intuitivo, como aquí muy débilmente poseían los megazoones, perdón, algo como lo que ustedes llaman «*genios*», como ese Shakespeare de ustedes, que es un infante balbuciente. Nosotros tenemos intelectos, como ustedes, discursivos, aunque mucho más firmes. Nuestros filósofos conjeturaron la existencia de espíritus puros intermedios entre la Única y nosotros; incluso algunos sostuvieron por algunos signos que nuestra «creación» (o «suscitación» decíamos nosotros) ha sido quizá como un «ensayo» de la Unicaloadasea (que ciertamente no necesita ensayar nada) para hacer después la terrestre, a la cual estaba destinado el Gran Libro; ensayo que por cierto ahora ha tocado su fin. Eso es lo único que nos interesó siempre en la Tierra, lo demás son memeces, incluso sus grandes Homeros o Shakespeares; y eso es justamente lo que no entendimos nunca por más que escudriñamos lo que llaman ustedes «revelación», que para nosotros es «*trash*», contradicción. Según esa «revelación», la Única, o parte de ella, se hizo hombre terrestre; y eso no puede concebirse, porque la Única no puede tener partes, y no puede unirse a un hombre en unidad personal, es absurdo, mucho más absurdo que uno de los nuestros (yo por ejemplo) unido a un *brush* y hecho con él una sola persona. Ahí la mente se nos hace un báratro;

y tendríamos que renunciar para admitirlo a todos nuestros conocimientos, incluso los Tres Principios Príncipes; y eso nos es imposible. Me angustio de sólo pensarlo; y así les pasaba a nuestros mayores filósofos, y más aún que a mí. «*El Verbo se hizo carne*», no podemos entender eso, y tampoco probar que es invención o leyenda. Está fuera de las tres categorías de nuestras verdades. Simplemente, caíamos en confusión irremediable. Ahora yo estoy entendiendo alguito por mi comunicación con ustedes, por lo que implican algunas de tus preguntas… Mariner, te diré (no te ofendas), que eres un poco mi «revelación», es decir, mi absurdo, aunque no tanto como ese «Jesucristo». Eso sí, venerábamos a ese Jesucristo de ustedes… Nuestros filósofos decían que sabía más que todos nosotros juntos; aunque sin entender lo que dijo, «realmente» al menos, sólo «cascaralmente». Ésa era nuestra situación, que tantas veces han preguntado ustedes, y hoy me he decidido a reseñarles un poco. Muchos de los nuestros vieron la muerte de ese Jesucristo, que lo mataron ustedes; y aquí en Saturno tembló un poco el suelo, por única vez en la historia. Pero yo estaba entonces en la escuela, sumergido en mis Matems: no me interesaba la Tierra.

SECRET. DE SHANG TU. —¡Siete minutos solamente! ¡A lo sólido, teologías afuera! ¡Jesucristo fue un impostor! Pozo, ¿cómo se puede resolver el problema financiero del multiclearing anticrediticio por el Vector B de la Banca Intercentral de París en su pleito con el Importexportbank de New York? ¿Hay allí o no una estafa de doce hectomiriacrédits? ¿Y de qué parte está la estafa?

POZO. —De ambas. Toda esa ciencia financiera de que tanto interrogan, no es ciencia; es ciencia de signos y no de realidades, basada en una ficción e integrada por meros manejos de signos ambiguos, signos que se han inventado simplemente para…

SECRETARIO. —¡Silencio! ¡Por favor! ¡Qué está oyendo todo el mundo y está usted por insultar *lesae majestatis* al Divísimo Shang Tu mi Excelso Señor, creador del Nuevo Orden Financiero! ¡Que nos está escuchando! ¡Y lo puede fulminar a usted y a mí! ¡Cómo ha fulminado a otros!

POZO. —Para estafar el dinero de los pobres. *that*
That's
. No pregunten memeces. Mariner solamente. Cinco minutos.

MARINER. —Cuestionario: «¿Cómo aprendió usted el inglés básico, nuestra lengua universal, y además varios dialectos nacionales, como el español, sin venir a la Tierra?».

POZO. —Aprendí el inglés en siete días de ustedes, dos horas de aquí,

analizando rápidamente conversaciones pescadas al azar, y algunas páginas de libros abiertos, que pillé en Norteamérica, vistos por la vídeo. Teníamos entre nuestros libros la gramática general de la primera lengua que existió en la Tierra, que fue una sola, y la más perfecta de todas; y con eso podría aprender yo todos los dialectos nacionales de ustedes, en unos 90 días de allá, dos días de acá, *si me interesara*. De hecho, muchos de los nuestros, vagos, los sabían. Los 356 principales, quiero decir. Vagonetos.

MARINER. —¡Pozo de ciencia! Y con esas cabezotas, ¿no tenían ustedes una teología?

POZO. —¿Quién te dijo? Claro que teníamos; una teología natural basada en la existencia demostrada de la Única… comparada con la cual teología lo que llaman ustedes, «metafísica de Aristóteles» es como… ¿qué podría decir?, algo como un idioma que tuviese sólo las letras

A y B

al lado de otro que tuviese las 27 letras de ustedes, o las 135 de nuestra lengua. Y con esa teología no podíamos entender la Encarnación, al contrario.

MARINER. —¿Conocían la Metafísica de Aristóteles, según veo?

POZO. —Uno de nuestros *chifles* tradujo todas las obras de ese sabio «vuestro», a nuestra lengua en un folleto de 18 páginas; claro que nuestras páginas son el doble de ancho que las vuestras, así como nuestra talla es más o menos el doble, unos 13 pies promedium.

UN SENADOR. —¿Qué son *chifles*? Hable inglés básico, por favor. Eso debe ser español, «chifle».

POZO. —Bueno, algo como lo que ustedes llaman *«fans»: chiflados*, fanáticos, diletantes, que se dedicaban por distracción a «*hobbys*» (¿es inglés esto?, ¿o español?) o «*hobbys*» o berretines inútiles. Este loco, que fue pariente mío por desgracia, se estudió toda la filosofía de ustedes, en medio año nuestro, después se dedicó a componer ciclotrones, después a la meteorología subplanetaria, después al cálculo subdecimal para apuestas, y así… Vagos. Eruditos. Literatos. Él me regaló el folleto con toda la obra de Aristóteles traducida, y yo lo leí… para resolver un crucigrama.

OTRO SENADOR. —¿Qué opina usted de fantaciencia? Hemos creado una literatura nueva en el mundo, novísima, que produce obras maestras cada día más estupendas, verdaderos universos nuevos de imaginación y arte, nunca soñados antes en el mundo, que Edgard Poe y Shakespeare han quedado como piñones; literatura que corresponde naturalmente al advenimiento de una nueva era, y en la cual yo soy destacado por una

formidable novela (imposible que usted no la conozca) que tiene cinco sentido literales y uno anagógico, cuyo asunto en el fondo son los amores ilícitos entre un neutrón y un electrón (¿se da cuenta?), titulada *Las estrellas son nuestras* (estrellas en los cinco sentidos, el primero naturalmente el «*starred pavilion*» de los EE. UU. AA.), doce millones de copias en un año, una fortuna de *royalties*… ¿Qué opina usted de ella?

POZO (*quejumbroso*). —Mariner…

SECRETARIO. —¡Esto es un abuso sin nombre! ¡Por favor! ¡Faltan las preguntas más graves! ¡Senador mío, literatura ahora!

SENADOR. —Usted, secretario, no tiene aquí ningún carácter oficial, y yo soy de la comisión. (Pozo, disculpe). Sea usted lo que sea, aquí yo estoy por encima incluso de los Tres Delegados. Pozo, responda: ¿conoce usted mi obra?

POZO. —Mariner, explíquele, por favor… Yo no puedo. Si me preguntan cuánto es cero más cero, o por qué dos y dos son cinco, o cuál es la raíz cuadrada de dos o el secreto del *Perpetuum Mobile*, ¿qué quieren que responda? Físicamente impedido de responder, ¡entiendan!: como si en esas máquinas traganíquelesvendedulces que ustedes llaman «*gobblesell sweetsnickles*», si no echan el níquel, no puede funcionar. ¡Por favor, me lastima el cerebro, como a la «*Slotmachine*» cuando le echan un guijarro!

SENADOR. —Es imposible que usted no conozca… Responda por favor: ¿Qué opina de la literatura fantaciencia?

POZO. —Mariner, ¡ayuda! Memeces terrestres… Me lastiman el cerebro, les digo. ¡Por la Unicaloadasea! He hojeado su libro y también el de W. Morrison Junior, que vale algo por su sarcasmo socarrón sobre la moral de ustedes…

SENADOR. —¿Morrison Junior? No lo conozco, ¿lo conoce alguno aquí, alló?

POZO. —Justamente. Lo ajusticiaron ustedes, hace mucho, y lo han olvidado. Ése escribía con pelota, con turquesa, no sé cómo dicen, y no memeces y «*trash*»; contradicciones, eso es casi toda la fantaciencias de ustedes… ni ciencia, ni fanta, ni nada… Arte, un poco —como ese Shakespeare que dije.

SECRETARIO. —Señor Senador, apártese, le ruego. Aquí está la orden del Divísimo que no quise mostrar. Tengo aquí posición oficial sobre la suya. Me toca interrogar lo que es capital, antes que esto fine; y no teologías y literaturas. Atención, Pozo: ¿cuál es el futuro de la tierra reunida toda en

Superimperio Mundial bajo el cetro del Divísimo mi Señor, y con su Capital en Roma, Italia?

POZO. —Va a su destrucción.

SECRET. —Blasfemia. ¿Quién la puede destruir?

POZO. —Ustedes mismos.

SECRET. —Blasfemia. ¿A qué plazo?

POZO. —Muy pronto. No puedo determinar día y hora.

SECRET. —¡Ultrablasfemia! ¡Este hombre o monstruo nos ha estado mintiendo continuamente, terrestres! ¡Oídme!

POZO. —Me es tan imposible mentir como a un pájaro o un avión de ustedes venir volando hasta aquí… Una sola vez en mi vida mentí, y fui corregido. Pero no responderé más sino a preguntas, no a insultos.

SECRET. —Ordeno prolongación de esta entrevista.

POZO. —Saben ustedes que necesito trece horas de sueño, cinco y media horas de recreo, o sea, especulación intelectual; y cinco horas para comer, dado lo enclenque de mi organismo y la concentración de mi mente. Sólo 33 minutos de allá diarios puedo darles… de los cuales restan ahora escasamente dos. *PROLONGATION!*

NO

SECRET. —Ordeno conteste verazmente acerca del futuro de la Tierra y del Imperio de mi Divísimo Amo Shang Tu, mañana en la próxima entrevista…

POZO. —No habrá próxima entrevista. Tengo que prepararme para acabar mi vida natural. Me ha lastimado gravemente el memo que preguntó si él sería o no reelegido. Éste es (les guste o no les guste) el último diálogo con Saturno, satélite Japet CXb 27 M3 Alpha 248.

SECRET. —Última pregunta que le conjuro por mi Dios el Divísimo y por su Única de usted, responda bien. ¿Es o no el Divísimo (y óigalo el mundo entero que está enfocado aquí), el Excelso Presidente de Europa y América y próximo Emperador del Mundo —es o no es Nostramo Schang Tu, la última encarnación terrestre de lo que usted llama la Única, es decir, la Deidad?

POZO. —Diré… (*Cesa la voz y se apaga de golpe la enorme pantalla cristalina de la proculvídeo, y todas las luces del Capitolio. Ordenes, gritos y lamentos. Confusión. Algunos guardias encienden linternas atómicas. Sale la Asamblea discutiendo a gritos, vociferío del pueblo afuera. Poco a poco el enorme salón queda cubierto por el silencio como un espeso paño fúnebre. Mariner solloza sólo en la oscuridad. Se enciende de nuevo la*

vídeo y aparece el monstruo saturnio medio cuerpo solamente).

POZO. —Mariner, voy a prolongar esto, cinco minutos solos, para hablar contigo a solas, aunque estoy rendido… ¿lloras?

MARINER. —Me… me… traspasa el alma… que tengas que morir.

POZO. —Es una cosa natural, Mariner dilecto. Tú también morirás, y no tan suavemente como yo. Por eso no veían Uds., mis piernas, y ahora no ves tú sino medio cuerpo cintura arriba. La desintegración ha comenzado. Esta luz invisible que nos da la vida se retira de mí.

MARINER. —Me había aficionado a ti en estos tres años de sobrehumana conversación; con esa predilección que me mostrabas. Es… es duro de decir… nos cuesta… decirlo a los irlandeses; TE AMO, monstruo. *I love you: That; said already*
it's
. Pozo, me había quedado sin amores, ni un solo amor, todos son malos aquí. Eres un macanudo muchachito grandote, *swell big chap*. Y ahora tienes que morir.

POZO. —Esperaba vivir más. Nosotros morimos naturalmente, voluntariamente, diría: no es esa «agonía» de ustedes. No es suicidio, no. Cuando hemos acabado nuestra tarea, algunos a los doce, otros incluso a los veinte tetraionos, hasta los veintidós (se han dado casos) nos entra un gran desgano de vivir. El afectado avisa a las… a lo que ustedes, llamarían «Autoridades», el *Shar*; que a mí no me queda ninguna. Hecho esto, acaba su carrera por un acto de voluntad, no positivo sino negativo. Casi lo estoy deseando. Acabar la vida… por supuesto ¿qué cosa más razonable? Tiene que acabar. Una vez que uno ha hecho su tarea… Mis padres, mi nodriza, mi prometida… mis conciudadanos. Todo desapareció. Debo desaparecer también.

MARINER. —¿Hay… otra vida… para ustedes? ¿La inmortalidad del alma?

POZO. —Nuestros filósofos lo afirman: todo lo creíamos… aunque no sabemos ni dónde ni de qué manera.

MARINER. —Nosotros tenemos fe en el Cielo.

POZO. —Eso nunca hemos entendido. Pero, Mariner, tú crees en eso. Y yo lo tomo bajo tu palabra. Eres mi «revelación». Eres como mi *Shar*. ¡Qué consuelo, otra vida, una vida mental, una vida inmortal! Con eso que llamas tu «fe», Mariner, que no sabemos aquí lo que es, pero tiene que ser una infusión o influjo de la Unicaloadasea, me has pagado todo lo que he hecho por ti, si algo he hecho; y lo que haré ahora, que por eso prendí de nuevo la

vídeo; que me está costando la vida.

MARINER. —¿Qué será de mí ahora?

POZO. —Huye, Mariner. Te van a dar muerte y muerte cruel, porque ya sospechan o saben que eres católico oculto; sólo por amor de nuestras conversaciones te soportaban, por no perderlas. Huye a Jerusalén, al lado de tu Papa oculto, es lo más seguro. Te defenderán los judíos. Lee el viejo libro que te dejó tu madre, la «Revelación» de ustedes, el libro de los judíos; que ahora les ha dado por abrigar al Pontífice de ustedes, enemigo dellos.

MARINER. —No lo comprendo. No entiendo nada de lo que pasa ahora en el mundo. Me desespero. Casi no puedo aguantar la vida, con estas maldades de ahora.

POZO. —Allí está todo, en el Libro. Pregunta al Papa, a los más buenos entre ellos, profetas o como se llamen. ¡Los meteoros! Allí estaba también. No sé si será lo mismo con la Tierra que aquí con nuestro viejo Saturno muerto, eso que ustedes denominaron «lluvia de estrellas», que oscureció nuestro Sol y puso vuestra Luna color de sangre. Pero van al fin, de un modo u otro. Y por manos propias.

MARINER. —¿Cómo lo sabes Pozo?

POZO. —Simple cálculo.

MARINER. —Adiós, Pozo *dear*. Nos encontraremos en la otra vida.

POZO. —No sé. Como ves, la desintegración llega ya al cuello. Debo hacer el acto de consentimiento. ¡Única Causa de las Causas, salva mi mente que hiciste para siempre! No mentí nunca, una vez en mi infancia tan sólo, y me corrigieron. *Adieu*, Mariner. Ojalá que haya otra vida. Es decir, la misma, pero en su fuente única. ¡Loada sea!

El Buen Samaritano

(Lucas 10, 30-37).

SACERDOTE. —¿Está todo a punto?

LEVITA. —Ud. cree que las cosas se hacen solas.

SACERDOTE. —¡Sapristí! ¿No está todo a punto?

LEVITA. —Casi todo. Pero ¡el trabajo que me ha costao…!

SACERDOTE. —¿Y a mí nada, verdad? ¿Está adornada la Santa Gabia?

LEVITA. —Está adornada, están las flores, están las cintas, están las palomas, están los monaguillos, está el incienso, está la banda de música…

SACERDOTE. —¿Y la Perpetua?

LEVITA. —Ha salido, vuelve al instante. Falta el guión…

SACERDOTE. —¿Que no ha venido el Gran Cochifrito?

LEVITA. —Vendrá. Pero se hará esperar, porque para eso es el Gran Cochifrito…

SACERDOTE. —Que no nos vaya a fallar…

LEVITA. —Pues no; pero creo que sería una gran suerte. Hay gente que solamente porque él lleva el guión, no acudirá a la procesión.

SACERDOTE. —Sí, los sinvergüenzas.

LEVITA. —Y los pobres.

SACERDOTE. —Los que no tienen donde caerse muertos…

LEVITA. —Para caerse muerto nunca falta sitio. ¡Ah! Ahora que recuerdo…

SACERDOTE. —¿Te has olvidado de alguna cofradía?

LEVITA. —No. Pero decía yo que hoy, cuando venía por el camino de Jericó…

SACERDOTE. —¡Ah!

LEVITA. —Vi un hombre muerto…

SACERDOTE. —¡Ah! ¿Estaba muerto?

LEVITA. —¿Qué lo vio Monseñor también?

SACERDOTE. —A mi me pareció demasiado vivo: borracho…

LEVITA. —Cosido a puñaladas…

SACERDOTE. —Todo puede ser… Un samaritano, de fijo. Esa gente se emborracha, se trenzan entre ellos, riñen, se matan, y después vaya Ud. a recogerlos, dejar su quehacer y enterrarlos…

LEVITA. —Es enteramente humano y razonable, Monseñor. Pero ¿no dice Ud. que lo vio vivo?

SACERDOTE. —Por eso mismo. Ya se arreglará, dije yo. Si tiene fuerzas para hacerme señas con la mano, ya se levantará, y se irá a
ca' otro
Samaritano. Está lleno de Samaritanos. Esta gente tiene siete vidas como los gatos… y más hijos que los conejos.

LEVITA. —Exactamente. Lo están llenando todo. Habría que prohibirles la inmigración. El Gobierno no sé que hace. Vienen aquí como moscas. Viene uno, se acomoda, llama su familia, después se trae un primo o un vecino, esto se llena como alud. Viven amontonados como bestias en cualquier parte. Y yo digo: ¡si sobrase aquí trabajo! Pero falta el trabajo para los nuestros, y lo poco o nada que ganamos, aun trabajando como negros… Esto es una plaga viva…

SACERDOTE. —Y que se acomodan bien. Algunos andan llenos de plata, y lo peor es que no saben gastarla. En la Iglesia usté no verá ninguno. ¿Diezmos dice Ud.? A ellos no los obligan. ¿Colectas? Dan una miseria, si es que dan. Malcriados y basta. Borracheras y bailes. Bebedores y fumadores de lo peor. Con eso no me extraña que vayan a morir por los caminos…

LEVITA. —¿Por qué no mandamos al camino dos jóvenes de la Acción Israelita? Tanto por ver. ¡Quién sabe si era Samaritano y quién sabe si está muerto! *El muerto se mueve*… es el título de una novela policial. No, déjeme pensar: *El muerto mueve la mano*… Muy buena la novela. Es de un inglés que se llama… déjeme recordar…

SACERDOTE. —Déjate de novelas. Te he dicho ya mil veces que un Levita no ha de leer novelas: Tienes el Talmud y el Targum…

LEVITA. —Yo casi me detengo, pero dije, digo: Detrás viene Monseñor, y si me encuentra aquí en el camino lidiando con un muerto, el día de la procesión de la Santa Gabia, ¡botones! Ya verá él si quiere. El que manda, manda…

SACERDOTE. —¡Necuácuam! ¡Melocotones! ¡Enredos con la justicia, con la brigada número siete de guardia en la Vueltita de la Sangre, que el

sargento es un bruto como no hay! Que se arregle la policía. ¡Gente de mal vivir! ¡A mí que no me vengan con historias de gente de mal vivir! ¡Cada *caluznia* que le sueltan a uno sin dar el menor motivo! *Caluznieros* como los saduceos no hay. ¡Con la gente de mal vivir que se arregle la policía!

LEVITA. —Verdad. Pero podía ser y no ser que a las vueltas de todo fuese un hijo de la Ley, mire Ud., que hubiese *trompezado* con la banda del Beneit: uno de los nuestros… El Beneit no respeta pelo ni marca.

SACERDOTE. —La caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Que cada palo aguante su vela. A burro muerto la cebada al rabo. Zapatero a tus zapatos. El culto divino está por arriba de todo. Los romanos son la mar de buenos a poner multas. ¡Y el que se arrodea con gente de mal vivir! Bueno, encima tuvo que escoger un día de procesión mayor. Tú dirás.

LEVITA. —Es humano, Monseñor. Lo comprendo. Yo francamente, Monseñor, estuve en un tris de bajarme o no bajarme a la cuneta, el tipo se movía y era una sola mancha de sangre… *La mancha de sangre*: otra novela. Pero dije, digo: Procediendo detrás de mí Monseñor, no procede; él verá lo que se ha de hacer. Es un hombre razonable y humano… y además, tiene su genio, tiene.

SACERDOTE. —Pues yo dije: habiendo pasado el Levita, si no se ha detenido por curiosidad tan siquiera, o está borracho o está pasao del todo, quiero decir el otro, ojo, no se me soliviante, amigo. Para esto hay tiempo y la procesión no espera. A tu oficio, Paco. Los samaritanos no quieren saber nada con los sacerdotes.

LEVITA. —La verdad es, Monseñor, que no vestía como samaritano.

SACERDOTE. —Lo mismo da. ¿Dónde está mi capa pluvial?

LEVITA. —La llevó la Perpetua a coserle un broche.

SACERDOTE. —¡Pues que la traiga inmediatamente!

LEVITA. —Monseñor, perdóneme, le voy a decir la verdá: la mandé a la Perpetua con dos monacillos al lugar del muerto. Mejor dicho, se fue ella misma lo mismo que un cohete, que la curiosidá la comía apenas le conté el caso.

SACERDOTE. —¡Desdichado! ¡En el momento de la procesión!

LEVITA. —No puede tardar mucho en volver. Vela aquí.

(La Perpetua muy alborotada).

PERPETUA. —¡*Dasastre*! ¡*Dasastre* completo! ¡*Barre*-basada! ¡No era *semaristano*! El otro era *semaristano*, el que lo *arrequijió*. Un *semaristano* lo *arrequijió* y *nojotro* no. La *arramos* por el medio, como dicen, la *arramos* por el *aje* ¡por el *ejo*! En la fonda, muy enojao, no quiere ver a

presona. No quiere saber nada, vamos.

SACERDOTE. —¿Qué es eso? ¿Qué dice mujer? ¿De qué se trata?

PERPETUA. —Un semaristano levantólo en su mulo, y llevólo
ca' la
Dela, a la fonda. Todo pegado… pagado, digo. Por *adelantal* pagó todo. *Vandolo* él mesmo, le puso un *rimedio*. Siete. Siete puñaladas como puños. Ni una menos. Era un concejá, un vecino muy visto de Jericó.

SACERDOTE. —¡Dios nos valga! No será Mestre Llovet, que tenía que volver de Jeruslén, me figuro.

PERPETUA. —Eso. Me *afiguro* que sí: Mastre Llivet. Espere osté. Llivet, no. Una cosa ansí. Llavet, por un quizáes.

SACERDOTE. —¡Maldición! ¿Y dices que era concejal?

PERPETUA. —Concejá, no. *Elcalde*, cuasi, o algo ansí. Me lo dijo la Dela. Propietario jurao. Hombre de posibles.

SACERDOTE. —¡Vestido de ese modo!

PERPETUA. —Pa' que no los ladrones sospecharan… Pero *fachao* ya me lo teníen. Mucha *carderilla*
l'han
llavao. Mucha. *Mejón* lo *hubían* muerto del
to'.
Pero qué. *Vandólo* el otro. Duerme ahora y a denguno quié ver.

SACERDOTE. —Pues voy a verlo ahora mismo. ¡Aceitunas! Que no me haya conocido, eso es lo que pido a Dios.

LEVITA. —Están repicando la salida.

SACERDOTE. —Y tú, bruto inmenso, tenías que ser tú.

LEVITA. —¿Yo qué?

SACERDOTE. —No haberte parao un minuto siquiera…

LEVITA. —¿Y usté?

SACERDOTE. —Un hombre tirao en aquella cuneta como un perro, un levita que pasa… Ahora ¿qué va a decir la gente?

LEVITA. —Comienza la procesión.

SACERDOTE. —¡Qué espere la procesión! ¿Dónde queda la fonda ésa? Es que podemos quedar muy mal. ¡Mire que haber ido a levantarlo justamente un samaritano! Ahí está lo que es tener levitas sin cabeza…

LEVITA. —Y usté, hombre sin corazón ¿me va a contar a mí que confundió un herido con un borracho?

PERPETUA. —¡Calma! ¡Acálmensén ustés!

SACERDOTE. —¡Déjame que te estrello! ¡Que no sé qué hacer!

LEVITA. —Bueno, ahora ya no hay nada que hacer.

PERPETUA. —¡La capa prival!

SACERDOTE. —¡Dejemén pensar!

LEVITA Y PERPETUA (*a coro*). —¡La capa prival! ¡Qué se largó la procesión! ¡Que ya los ateletas sacan la Santa Gabia!

SACERDOTE. —¡Que Dios maldiga la Santa Gabia! *¡Dasastre!*, quiero decir *¡dasestre!* Bueno ¡desastre! Pasen la capa. Ahora ustedes, de todo esto, ni mus ¿estamos? Otra vez que me encuentre un muerto o un borracho en el camino… será otra cosa. Pero ¿quién podía pensar…? ¡El Consejal Llovet, que puede quitarnos el impuesto y llevar el palio en las procesiones! Ahora lo único que nos falta es que nos falte también el Cochifrito…

Parábola del Convite

(Mateo 22, 1-14).

Invitado 1. —¡Hola, Samuele! ¿No fuiste alora a la yerra de convite?

Invitado 2. —Por lo visto no fuiste tampoco vos, Samuni.

Invitado 1. —Ni éste neanque… ¿eh, Sámez?

Invitado 3. —Yo no fui porque vi que ustedes no iban, jinojo.

Invitado 1. —Ío mai casado una setimana fa, qué vai a andare a convitese; mi moquer e muy esiquente; e el Patrón é *demasiado esiquente*. Demasiado. Por demáse.

Invitado 2. —Yo le dije que había comprao una yunta de bueyes y tenía que *probarlo*. Podía probarlo mañana, verdá. Pero ¿no dice él *mesmo* que con los biene que nos arrienda *habemo* de ganar más biene; y si no, se los quita?

Invitado 3. —Es tremendo. Yo me compré una casita en Lobos. Es tremendo el hombre, jinojo. De miedo que me quite el Potrero del Sauce me perdí un viajecillo a Europa gratis que me había ofertao mi amigo el deputao al Congreso Mundial de Progreso Rural que se reúne en Aberdeen, o no sé cómo se llama, en la Escocia. Y eso me escuece; y no es chiste, jinojo.

Samuel. —Ya lo veo hablando *inglés básico* al gallego, ¿eh Samuni?

Samuni. —Éste te habla toda la lengua come per un tubo. Gayego inteliquente. Decire gayego e decire inteliquente, e lo mismo. Lengua no le falta al gayego, te lo dico ío.

Sámez. —Inglés o no inglés, había que aprovechar *la bolada*, como dicen ustés, caños. Pero este patrón es como todos los patrones, ¡y ojo avizor, que asan carne! ¡No ponerse a tiro, digo yo!

Samuel. —Es mucho pior que los otros patrones.

Samuni. —É raro el hombre, é raro. Ocorrencia que le da, no la

entiende ni Mandinga, propio. É demasiado reliyoso, beatón… e esiquente.

SÁMEZ. —Y hay que tener paciencia… y barajar. De Lobos a Laboulaye, toda la tierra es suya. ¡Latifundio!, como dice el Deputao. Pero eso lo vamos a acabar y pronto. ¡Reparto! ¡Reforma agraria! El socialismo arreglará todo.

SAMUEL. —Yo me contentaría con reformarle las leyes. ¡Mire que tiene leyes! Que no haya tropas de potros y burros juntas; que no siembren lino dos años seguidos, sino lino y girasol; que no conchaven peones sin pasar por intendencia; que no maltraten a los peones… ¡como si nojotro no sabemo!…

SAMUNI. —Parece don Cuan Manuel de Rosa, el tirano. Cada mañanita que se levanta, te inventa una leye, te inventa. ¡Ma déque sola a la quente, hombre! ¡Déque tranquila a la quente decente!

SÁMEZ. —¡Y que a mí me obligó a pagarle el oro y el moro a la chiquilla embarazá! ¡A mí! Podía yo haber ido al Jué, jinojo, no tenía pizca de obligación. Pero no quise. Pagué… y a las venideras me atengo. Pagué. Pero voy a recuperarlo como que hay Dios. Así lo proclamé en el comité. Las próximas votaciones… veremos. Se verá si hay arrastre o no hay arrastre, por la Virgen de Compostela.

SAMUNI. —É jue linda la fiesta, corpo di Baco: gayina gorda, chanchito, asao con cuero de ternera, empanada, vino carlón. Diga ostede que uno tiene la sua personalitá, e con eso cregoyo bruto ío non me méscolo, la otra vece me hicieron una broma que yo no te la aguanta; no, no te la aguanta… ni a tu agoela.

SAMUEL. —¡Épa, amigo, a mí no me meta!

SÁMEZ. —Mejorando lo presente, se dice.

SAMUNI. —Ostede claro que no, somo compañero desde el negocito de lo cuero vacuno… e ío, con el que me ayuda, sono más fidele que un pato.

SÁMEZ. —Ya deben andar en el baile y la corrida de sortijas.

SAMUEL. —No, en una punta sigue la yerra; y en la otra están comiendo, se ve por la polvadera. La corrida es al atardecer…

SAMUNI. —¿E se no damo una güelita por el lao del asao con cuero?

SÁMEZ. —Mejor no, jinojo. Casi todos los arrendatarios le han hecho huelga al convite, y nos van a arreparar en cuanto asomemos el hocico. Que se casa el hijo único, el heredero… Muy bien, que se case. Es la pinta del padre, como un buevo y otro buevo. Se hace el mansito. Pero nos va a ir igualmente, son carne y uña. Ellos cobran; nosotros trabajamos, caños.

SAMUNI. —¿E quién é el que viene ayá, del lao la estancia?

SAMUEL. —Por lo que veo es el Chivato, el pordiosero…

SAMUNI. —¡Se le han colao anque lo pordiosero, lo bistracco!

SÁMEZ. —¡Hola, Chivato, ven aquí, que tú siempre tienes noticias!

CHIVATO. —Déjeme, don Same, que no paro hasta mi rancho. Anda mal la cosa.

SÁMEZ. —¿Qué pasa?

CHIVATO. —¡Lo han echao al Arremolino al chiquero de los chanchos! ¡Lo han arrevolcao en el barro! ¡Y áhi quedó! ¡Yo rajé!

SAMUEL. —¿Hay pelea?

CHIVATO. —¡No! ¡Qué! ¡El Patrón viejo! Se le enojó el Patrón Viejo porque se entró al salón así no ma como yo, de camiseta, chancletas y bombacha sucia. Yo apreté el gorro porque yo andaba igual. Y bueno, ¡pa qué invitan!

SAMUNI. —Te lo dico ío… ¿A *vo* te invitaron?

CHIVATO. —A todo el pobrerío del Bajo, a los que estaban en la pulpería ¡y hasta los *méndigos* de la puerta de la iglesia! De que vio el Patrón Viejo *de que* loj arrendatario le hacían la güelga al banquete, mandó a la pionada a traerse todo el pobrerío de Lobo pa yenar el salón y no hacer un papelón, porque comida ¡hay ayí a patadas! Y yo caí con todos. «¡Pero limpios!», dijo el pión. Y yo, ¿dónde voy a limpiarme?, y ¿había tiempo tan siquiera? El Arremolino dentro muy garifo y se sentó adelante, que creo que a chivo tenía olor… como yo. ¡Qué lindo que estaba el salón! El Novio y la Novia en la cabecera, vestidos que no te digo, todo adornao con laurel rosa y azahar, el Patrón viejo en una tarima, ¡y las mesas! Todo el pobrerío se había bañao y limpiao, eso es cierto, que de angurriento no más el Arremolino… y yo… nos descuidamo. Pero yo no dentré. De la puerta no más biché, y vi que lo sacaban entre tres a los tirones. Pegó un grito el Patrón Viejo y yo me apreté el gorro. Mandó que lo echaran al chiquero. «¡Te voy a enseñar a andar limpio!».

SAMUNI. —Eh, como ío te lo dico. El Padrón ese é come Cuan Manuel de Rosa. Prepotente. Aprovechadore.

SÁMEZ. —Zambomba, en una fiesta de bodas, le da por la brutalidá. No hay derecho, hombre. Es iracundo, pero hasta allá. Iracundo, hombre, y atrabiliario. Estrangurria parecería que padece. Por eso no me le quise poner a tiro…

SAMUEL. —Ni yo; por si sospechaba algo del negocio de los cueros.

SAMUNI. —Neanque ío; porque no me gusta lo cregoyo, que paréceno spañolo de lo tiempo de la Reconcuista cuando se lo manyábano vivo a lo

indio. Prepotente e aprovechadore.

CHIVATO. —Pero no saben lo mejor: se viene para aquí un pión a hablar con ustede. Allí está. Mandó peones pa toos los puesto, a hablar con los encargados que no quisieron asistir. Al empezar el banquete los juntó en grupo y les dio istruciones.

SAMUEL. —¿Qué istruciones?

CHIVATO. —Pregúntelén a él. Ahí está. Pregúntelén a él. Él sabrá. Yo rajo, por las dudas. El comesario y un montón de melicos andan con ellos.

PEÓN. —¿Ustedes son arrendatarios?

SÁMEZ. —Los mayores. ¿Qué hay?

PEÓN. —Nada especial. Se acabó el banquete.

SAMUEL. —Suponemos. No iban a comer tóo el día.

PEÓN. —Se resintió el Patrón de la «güelga» de ustedes.

SAMUNI. —Ío mai casado una setimana fa…

SÁMEZ. —Yo compré una casita en Lobos esta mañana misma, y usted comprende…

SAMUEL. —Tenía que probar la yunta nueva…

PEÓN. —Dijo el Patrón que ninguno de ustedes probará su banquete.

SAMUNI. —E pacienza, qué va a fare.

SAMUEL. —Mire qué gracia. ¡Ya se acabó!

PEÓN. —Repartió todas sus tierras entre los que asistieron, el pobrerío completo. Deja todo, y se mete fraile. Trapense, que le dicen. El hijo tiene una estancia en el Sur, y no necesita. El padre ha tenido esa ocurrencia; y ustedes lo conocen: no lo para naides. Repartió todo. El pobrerío anda como loco con la alegría.

SAMUNI. —¡Ma qué dice! ¡Stá loco!

SÁMEZ. —¡La punta… de la Virgen de Compostela! Era demasiado religioso. ¡Cualquier cosa hay que esperar de un beato! ¡Pero es la ruina!

PEÓN. —Párense. No es eso lo que venía a decirles. Venía a decirles el desalojo. Ha dado orden de desalojo de todos los arrendatarios que le han hecho el desaire…

SÁMEZ. —¡Pero no, no pué ser, hombre!

SAMUEL. —Como sea cierto eso, me conocerán.

SAMUNI. —Ma osté no va a salir vivo de acá, querido, esto no se poede fare. Ma me échano a la caye, como moquer e todo. Ma me échano a la miseria viva. Ma me esguázano el cogote con esto. Ma non é vero, é mentira, vamo, osté miente; ¡e osté, é un mentiroso!

PEÓN. —Aquí están los papeles.

(Los tres se echan sobre el peón y lo golpean hasta dejarlo por muerto. Después huyen hacia el despoblado. Aparece el Comisario y tres milicos, uno levanta al muerto, el resto sale a todo rebenque en seguimiento de los fugitivos).

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

(Mateo 13, 1-23).

REUBEN. —¿Viste al vecino sembrando?

ELÍ. —Sí. Sembró hasta en mi parcela. Siembra al voleo.

REUBEN. —Está loco. Tira la semilla en el camino, en los «piegrales» y hasta donde hay abrojo; y después también la tierra negra. Parecería que no le cuesta nada.

ELÍ. —Le cuesta. Le cuesta la vida, se puede decir. Un ojo de la cara, con los precios como andan… y la vida misma, porque se la pasa sembrando de sol a sol, y a la noche no tiene ni un tronco donde apoyar la cabeza. No tiene más que esto: la semilla, y esto: un lotecito que si hay otro peor en el mundo, no sé.

REUBEN. —Es raro el hombre. Le tocó su parte en lo peor, al lado del mar de Galilea, contra las dos palmas, en la lomita: bien, que la cuide o la deje. Días pasados había una muchedumbre que escuchaba al Hombre de la Barca; le pisaron lo que tenía roturado, le pisotearon todo, se lo hicieron polvadera. Y ahí lo tienes de nuevo, tirando grano a puñados.

ELÍ. —Es imponente. Para mí es imponente. Se pone el sol y no acaba. Para mí es fácil de ver lo que va a pasar.

REUBEN. —Claro: lo que cae en el camino, te lo pisan o te lo comen los gorriones; lo que cae en lo piegroso, da un estirón súpito con el calor, y después se amustia, porque abajo no entra la raíz; y lo que cae en el abrojal, te lo ahogan los abrojos antes de granar…

ELÍ. —Lo que cae en lo arado…

REUBEN. —Lo que cae en lo arado, ni siquiera te da aquí en lleno; treinta granos por uno y basta, en algunos trozos, que no pagan el trabajo.

ELÍ. —¡Qué vida! ¡Eh, Sembrador! ¡Que se pone el sol contra los montes de Basán, y sos capaz de sembrar hasta los cabezos desnudos de Basán! ¡Que esto está para mirar y no para trabajar, los reflejos del lago, el

color de los peñascos heridos rojos como sangre, las palmas color azul de puro verdes!

SEMBRADOR. —Vengo, vecino.

REUBEN. —Vos querés hacerte rico de golpe. Hay que descansar.

ELÍ. —Y hay que ver también. Hay que ver lo que uno hace.

SEMBRADOR. —Sé lo que hago.

REUBEN. —Sabés más que nosotros…

ELÍ. —La mitá de la semilla, al diablo…

SEMBRADOR. —No.

REUBEN. —¿Me querés decir cuántas espigas te dio el piegral el otoño pasado?

SEMBRADOR. —Yo vi el pobre piegral cubierto de un verde tierno, más suave que velludo de rey, más blando que una alfombra de Tiro. ¿No decían ustedes que también hay que ver? Yo veo mejor el crepúsculo cuando estoy sembrando que ustedes echados allí. El piegral alfombrado de verde por tres días.

REUBEN. —¿Y el camino también estaba cubierto de una alfombra de Tiro?

SEMBRADOR. —El camino a la madrugada estaba cubierto de pajaritos alegres. Dios les da su comida cotidiana, dice la Escritura; y aquí en la lomita pobre, se la da por medio mío. Yo no pierdo nada. Todo es provecho.

ELÍ. —Con eso se puede componer un salmo. ¿Por qué no vas a exponer tus nuevos métodos agrícolas a la sinagoga?

REUBEN. —Puedes tener un exitazo como predicador y meturgemán, Sembrador.

SEMBRADOR. —Eso podría ser, no se crean. ¡Meturgemán! Siempre soñé con serlo. Pero soy pobre. No tengo estudio ni cosa que se le parezca.

REUBEN. —Falta el abrojal, Sembrador.

SEMBRADOR. —¿Cómo?

REUBEN. —¿También te manda Dios alimentar el abrojal? ¡Que siga el salmo!

SEMBRADOR. —Cada planta de trigo que allí muere, deja mermada a una abrojera. Y todas juntas restringen el abrojo, lo disminuyen, lo merman. Y ya llegará el tiempo de la siega. Entonces sirve al menos para calentarse las manos y los pies de noche, a la lumbre.

ELÍ. —Ya te digo que a vos no te gana ni Leví el Dialecta en la sinagoga…

SEMBRADOR. —Me han echado de la sinagoga. Dicen que siempre

pregunto.

REUBEN. —¿Qué preguntas?

SEMBRADOR. —El tiempo de la Venida del que ha de venir.

REUBEN. —¿No decía yo? ¿No sabés que está escrito: «Maldito sea el que compute las Semanas de Daniel»?

SEMBRADOR. —Eso no está escrito.

ELÍ. —Verdad: no está escrito en Isaías; pero está escrito en la Mischnah.

SEMBRADOR. —Yo no sabía. ¿Quién nos enseña a nosotros?

ELÍ. —Tu amigo el Hombre de la Barca.

SEMBRADOR. —Verdad. Lo vi. Y él me vio a mí, y me miró. Estaba sentado en proa. Levantó el brazo. Improvisó una parábola, como la de Salomón. La cantó allí pausadamente, y la repitieron, a por b, los discípulos.

REUBEN. —¿Mejor que las de Salomón sería, seguro, no? ¿La oíste, por si acaso?

SEMBRADOR. —No. Tenía que arar. Pero lo he de oír. Anda por aquí. ¿No sería bueno que un hombre sembrase ahora la palabra de Dios, así como yo siembro el trigo? ¿Al voleo? ¿Por todas partes?

ELÍ. —Hay que ver en primeramente si es la palabra de Dios. Lo han echado de la sinagoga de Nazareth…

SEMBRADOR. —Como a mí…

ELÍ. —Peor que a vos. Lo llevaron al borde del abismo para precipitarlo. Algo grave. Se salvó de puro milagro. Algo serio. Se movió el camoatí, como dicen. ¡Algo serio tiene que haber dicho, muy serio! Algo peliagudo.

SEMBRADOR. —Sembró en el camino y en el piegral… Siembra peor que yo. Pero algún granito habrá prendido.

REUBEN. —¿Por qué no te hacés socio? Para vos es negocio. Proponéle el negocio.

SEMBRADOR. —Se verá. Mi semilla me da el ciento por uno en aquel trocito. De aquí no me muevo hasta la siega. Después veremos, lo buscaré. Ésta es la parte que me dejó mi padre y la amo. Toda la amo, hasta las piedras. Allá me da el sesenta por uno, allá donde yo he limpiado de a una a una sacando las piedras, que están allí hechas pirca. Y año a año me irá dando más, y después tendré otras tierras también. Me casaré y…

REUBEN. —¡Echa sueños por delante! Los romanos te destruirán todo.

SEMBRADOR. —Y yo empezaré de nuevo, como en la parábola. Me

contaron la parábola los discípulos. Es sobre el Reino de Dios.

REUBEN. —¿Cómo era?

ELÍ. —¡Allí está él!

SEMBRADOR. —¿Dónde?

ELÍ. —Allí, con tres de sus discípulos. Vienen hacia aquí. Sembrador, te pisan la semilla. Sembrador, recogen granos del suelo para comerlos. Sembrador, te miran. Sembrador, ¿quién sabe si no van y te compran el campito, o te regalan otro más gordo? Juá, juá.

SEMBRADOR. —¡El hombre de la barca! ¡El que hace milagros! ¡Señor, si no te es molesto, ven y háblanos! ¡Te encenderé una hoguera contra el frío y contra las tinieblas en medio de mi pobre solar!

LA VOZ DEL OTRO SEMBRADOR. —Hombre, a ti te lo digo, deja todo lo que tienes, y ven, y sígueme, que yo te haré sembrador de la Palabra en el solar de las almas.

Parábola del Fariseo y el Publicano

(Lucas 18, 9-14).

Fariseo. —¡Hola! ¡Zamarriel! ¿Tú por aquí? Tanto bueno…

Raquela. —Te olvidaste que le habías dado hora para ahora. Te estamos esperando hace una hora. La pobre Carmela está cada vez peor.

Fariseo. —No es nada. Fui a rezar al Templo. La obligación con el Señor es lo primero de todo. ¿Cómo esperaríamos la justificación de Yahwé si descuidáramos nuestras oraciones obligatorias? He vuelto justificado, con una extraña paz en el corazón. La obligación es antes que la devoción.

Raquela. —Te olvidaste de la consulta de los médicos; Iatricós y Benjamín se fueron, porque no quisieron hacer nada sin estar pagados; y éste ya se iba.

Fariseo. —Bueno, querida, ya te dije la razón. He sido nombrado Velador del Sanedrín esta semana, y bueno fuera que no me viesen orando en mi lugar a la hora del «quashim». Hombre, no. Mañana se puede tener la consulta. Tu hermana no está mal. No seas…

Raquela. —Está peor. (*Se va enojada*).

Zamarriel. —Bueno, pelillos a la mar, por mí no hay que pelear. Volveré cuando sea. De modo que orando ¿eh?

Fariseo. —¡Orando al Santo de los Santos! ¡En aquella quietud que da devoción! ¡En medio de aquellas doraduras y plateaduras! ¡En mi propio lugar, en voz alta, solemne y devota! ¡Cerca del Tabernáculo! ¡Casi tocando el Arca de la Alianza! ¡Con la conciencia tranquila, digan lo que digan! ¡Cumplidos todos mis deberes religiosos! ¡«Impecable», como dijo Barhizimal al proponerme para Velador! Sesenta y ocho denarios de diezmos he pagado este año, sin contar los sacrificios, y creo que no me corresponde tanto, pero por no discutir… con ese Eliphaz…

Zamarriel. —Hombre, ahora que recuerdo, días pasados estaba yo orando también, y vi a la viuda ésa, Abisail, que fue a oblar, y obló (a que no

adivinas) ¡una dracma al Templo! Hombre, no hay derecho. Nosotros tenemos que soportar todo el culto. ¿Y sabes lo que dijo después un Rabbí ambulante, de ésos que andan ahora? ¡Que esa mujer había oblado más que nadie!

FARISEO. —¿Quién? ¿Jesús de Nazareth?

ZAMARRIEL. —¿Lo conoces?

FARISEO. —Así, así. De vista. Lo vi al salir del Templo hablando con un Publicano.

ZAMARRIEL. —¡Con un Publicano! Bien, está en sus costumbres. ¿Y qué le decía?

FARISEO. —¡Qué sé yo! Ni acercarme quiero a esa gentuza. Ese Publicano estaba en un rincón al entrar yo al Templo, déle darse golpes de pecho, y susurrando sin cesar, que esto lo oí: «Señor, ten piedad de este pecador». Con eso lo arreglan todo muy fácil esos traidores a Israel. ¡Tenía una cara de bandido! ¡Golpes de pecho, ya te daré yo! ¡Otros golpes se necesitan! Estafadores, ladrones, adúlteros, doy gracias a Dios de estar muy lejos de ser como ellos…

ZAMARRIEL. —Exacto. Y hablando de todo, ¿qué hay de política, Zaburrón? ¿Cómo ves la situación? Los Publicanos están ensoberbecidos.

FARISEO. —Todo esto se va al tacho si no lo paramos a tiempo. Los Romanos han echado un nuevo impuesto para edificar algo que llaman Kiliseo o Karroseo; y Pilatos hizo pasar a cuchillo a dieciséis galileos que protestaron. ¡Yo no sé cómo el pueblo no se subleva! ¡Qué pueblo tenemos!

ZAMARRIEL. —Éste no es pueblo, es plebe, esa plebe inmunda que no conoce la Ley, ese aluvión zoológico, chusmaje, como dice siempre nuestro gran Eliphaz. Detrás de ésos se van, detrás de ese Jeshoua, o del otro Bautizador, que Herodes, por suerte… ¡Demagogos! ¡Comunistas! —como dice el gran Eliphaz.

FARISEO. —Sí, ese Jeshoua es peligroso. Es increíble lo que se atreve a decir, según cuentan. No está con nosotros. El Publicano criminal le hablaba con grandes gestos a solas, sus discípulos aparte, y él levantó lentamente la mano más alta que los ojos, y le oí… «¡Nuestro Padre de los Cielos!». ¡El Padre de él… y mío! ¡Nuestro! ¡El Padre mío y de ese Publicano, todo junto! ¡Vergüenza! Yo pasé sin mirar y recogiendo mis fimbrias como cuando hay basura, como dice la Ley. Entonces me miró, y dijo a sus discípulos algo; y todos me miraron. Yo no me digné mirar.

ZAMARRIEL. —Pero viste todo.

FARISEO. —Así hay que hacer en política. Como te iba diciendo, la

situación está en un «tris»; los Romanos son odiados; el pueblo se levantará a su tiempo, cuando ya no pueda más; por eso conviene que Pilatos haga atrocidades; y Caifás se las hará hacer, pierde cuidado. Por eso hay que andar bien con Pilatos. Ya lo hemos hecho pelearse con Herodes. También hay que andar bien con Herodes. Hay que andar bien con todos, pedirles puestos y embajadas, y minarlos por debajo. Eso es genuino Nacionalismo. Eso es política realista y moderada. Te digo, Zamarriel, que jamás ha habido en Israel tanta política y tan gran política como ahora. Nuestro Caifás es grande, aunque no estoy de acuerdo con lo que dijiste del «gran Eliphaz», su cuñado. ¡Eliphaz es un gato! Pero Caifás es un zorro, y Anás, que está detrás, es un lince montaraz, y Butor, su yerno, es un fenómeno, vamos, una fiera. Pero ¡no me hables de Eliphaz! ¿Ves este vaso de pórfido que está allá?

ZAMARRIEL. —Eximio. Con tantas cosas que hay aquí, uno no se fija. Eximio. ¡Qué sala tienes!

FARISEO. —Pues es regalo de Butor, a cambio de unas informaciones, que se lo sacó al capitán romano de la Antonia por nada, es decir, por otras pocas informaciones. Así hay que hacer… hasta que llegue la hora, ¡la gran hora!

RAQUELA, (Entrando). —El té.

ZAMARRIEL. —Caro amigo, tienes una sala que te la envidio. ¡Qué esplendidez! Demasiadas cosas, quizás, para mi gusto, ¡pero de gustos no hay nada escrito! Y demasiado gusto griego, yo prefiero generalmente el gusto sirio: es más «congénito» al nuestro; pero me gusta aquella estatuita de Venus… Moisés prohibió las estatuas, pero claro que se puede interpretar… Éstas son para ornamento, no para culto. Tomaré otro panqueque, con permiso, doña Raquela.

FARISEO. —¿Por qué has tardado tanto?

RAQUELA. —Fui a vendar a la Carmela, que estaba en un grito.

FARISEO. —Ya serán ganas de gritar.

RAQUELA. —Te aseguro que sufre. Es culebrilla. Pierde sangre. No se cura.

FARISEO. —Eso tiene remedio. Ahora estamos aquí con Zamarriel hablando de nuestra Ley que los Romanos han profanado; pero eso acabará, vaya si acabará, y muy pronto; y nuestra Ley no acabará jamás, pues tenemos las promesas de Yahwé… pese a todos esos Jesús de Nazareth (¡de Nazareth, no me haga reír!) y esos Juanes Bautistas… ¡Demagogos! ¡Comunistas! Ése que te dije va a acabar mal, lo mismo que el otro

Bautizador, ése de Nazareth. ¡Te lo digo yo!

ZAMARRIEL. —¿Piensas que está cerca el Mesías?

FARISEO. —Según la profecía de Daniel, no puede estar lejos. Pero no se ve ninguna figura prominente… No se ve a nadie…

RAQUELA. —¿Y Caifás?

FARISEO. —Hombre, calla, mujer. Digo figura prominente en el otro sentido. Un caudillo, un capitán, un hombre que haga prodigios como Josué… ¡Cómo estoy de ansioso de verlo! Y él se hará ver, ¡mecachis! En cuanto lo veamos, cataplúm, levantamos al pueblo, armamos a las masas, nos encerramos en el Templo y ¡vrrac! Ustedes me entienden, toma aquí y echa allá; pim, pum, estacazo y tente tieso, ¡rrrrumpa! Abajo Roma, viva Caifás, ¡trúmtrúmtrúm! Ustedes me entienden. ¡Paf!, un rayo en la fortaleza Antonia, muera Pilatos, ¡crajjjjj!

RAQUELA. —Has roto un pocillo…

FARISEO. —Mujer, ¿quién te mandó ponerlos al borde mismo? Siempre serás la misma. Pues como te iba diciendo, todo eso yo lo he de ver… Tomaré una tacita más y unas cuantas masas, pero no mermelada, ¡ojo! Mujer, quita allá, que hoy es día de ayuno; y la mermelada se considera alimento sólido; ¡por el Templo y el Altar! ¡Después de haber orado una hora! Yo ayuno dos veces por semana, por las dudas.

ZAMARRIEL. —Ahora que recuerdo, te quería decir: ¿no te estaría espiando el Publicano ese?

FARISEO. —Bien puede ser, ahora que lo dices. Son traidores. ¡Que un hijo de Israel se preste a cobrar los impuestos de los Romanos y recibiendo paga por eso! No lo puedo concebir. Son criminales, peor que los mismos Saduceos, que al fin sólo reciben regalos. Son estafadores, ladrones, adúlteros. La otra semana no más uno de ellos fue sorprendido ¡con una mujer casada! En circunstancias bastante sospechosas…

ZAMARRIEL. —¿Y qué pasó?

FARISEO. —¿Y qué va a pasar? ¡La Ley! Pedrea que te crió.

ZAMARRIEL. —¿Y él?

FARISEO. —Ella. Él se apretó la gorra, tomó el portante y agarró las de Villadiego, más que ligero…

ZAMARRIEL. —¿Y ella? ¿Qué tal? ¿Era bonita?

FARISEO. —Yo no vi. La apresaron los Hermanos y la llevaron a la plazoleta para apedrearla. Como yo estaba en casa de la Rubena, para explicarle un paso del Deuteronomio, y hay tantos calumniadores… me escabullí. Y no pude ver la pedrea.

RAQUELA. —No la apedrearon…

FARISEO Y ZAMARRIEL. —¿Cómo?

RAQUELA. —Yo lo vi todo. Pasó algo grande. Estaba sentado en un relieve de la plazoleta ese Jesús de Nazareth, con tres de sus discípulos. Cuando lo vieron, quisieron ponerle un caso, y les salió al revés. Se aproximaron con precaución, con la mujer a los tirones, entre Barjudá y Ibrahim. Le dijeron: «Rabbí, sabemos que eres justo y observante de la Ley. Esta desgraciada ha sido sorprendida en adulterio. La Ley de Moisés dice que a las tales hay que apedrearlas, "*poena cápitis, poena cápitis*", Misdrahím, cápite séptimo. El Sanedrín no se reunirá hasta pasado mañana. Ahora, tú dirás qué se ha de hacer». Y él no dijo nada.

FARISEO. —¿Y tú qué hacías allí, Raquelita?

RAQUELA. —Pues… para decir la verdad… no estaba explicando un paso del Deuteronomio a Rubén… Había ido a ver si lo traía a curar a Carmela. Dicen que cura. Mi hermana pierde sangre que es un horror… y los médicos…

ZAMARRIEL. —No le han hecho el remedio que yo dije: la bosta de mulo blanco**[5]**. No se lo han hecho. Juraría. Ahora, si no hacen las cosas como uno las dice…

RAQUELA. —Hemos hecho todo; pero si los médicos se ponen en contra entre ellos…

FARISEO. —Basta, que quiero saber lo que pasó. Soy Velador del Sacro Velamen. Carmela puede esperar. ¿Qué pasó?

RAQUELA. —Pues, pasó esto: él no dijo nada; y se puso a escribir con el dedo en la arena. Ellos más y más le insistían y decían que si no contestaba, quedaba reo de *improlijación*, o algo así. Entonces él levantó aquella cabeza —jamás me olvidaré de esto— y los miró muy despacio: a mí también me miró. Y dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». La mujer se había acurrucado junto a él como una paloma… con su cabeza en los pies desnudos de Él, llorando. Jamás me olvidaré.

FARISEO. —¡Apedrearlos a los dos, hombre!

ZAMARRIEL. —¡Miren qué gracioso! ¿Y la Ley?

RAQUELA. —Ellos se quedaron fríos, se miraron unos a otros y al suelo, que estaba lleno de palabras hebreas, que no comprendo… dejaron caer las piedras y… empezando por el viejo Ibrahim (que sabemos lo que se dice de él) y el viejo Barjudá, desfilaron uno tras otro como ovejitas. Hasta yo me fui, pero antes oí una cosa estupenda. ¡El Rabbí de Nazareth le perdonó los pecados! Yo me fui porque tenía vergüenza de mis pecados.

FARISEO. —¡No es posible! ¡No es posible! ¡Eso sería espantoso! Me voy ahora mismo a… ¡Oh! ¿Qué es aquello? ¿Allí en la ventana?

RAQUELA. —¿Aquello? Es él, que pasa.

FARISEO. —¡Y va con él el odioso Publicano!

ZAMARRIEL. —¡Y los rengos, y los ciegos, y los mendigos lo siguen! ¡Y sus odiosos discípulos, esos galileos brutos!

RAQUELA. —¡Zaburrón! ¡Esposo mío! ¡Llámalo que cure a Carmela!

FARISEO. —No grites, mujer, que nos oyen. La verdad es que tengo ganas de llamarlo. Una, que soy Velador del Sacro Velo, y tengo que informar pasado mañana, y debo saber lo que ha pasado. Otra, que me gustaría conocerlo a este tipo. Otra más, que a lo mejor hace un milagro, y me ahorra una cantidad de plata…

RAQUELA. —¡Y otra que mi hermana está enferma!

FARISEO. —No grites, burra, te digo. Manda al criado que le diga que venga. ¡Rápido! ¡De parte del Maestro Zaburrón!

ZAMARRIEL. —¿El Publicano es el que va a su lado? Creo que lo conozco.

FARISEO. —Sí. Y se ha despojado de la insignia, la caperuza y esclavina verde. Y ahí hay una notoria prostituta, al final. ¡Y un soldado romano!

ZAMARRIEL. —¡Y uno de los nuestros, Zaburrón, mira! ¡Nicodemos! ¡Nicodemos el Escriba!

FARISEO. —¡Nicodemos! Se paran todos. Miran hacia aquí. Me miran. Vuelve el criado.

RAQUELA. —¡Hermana, el único que te puede salvar es este hombre! ¡Y a mí también!

FARISEO. —¡Fuera de aquí! ¡Te vas inmediatamente adentro! Tengo que hablar con él en serio. Dios está conmigo y no temo a nadie. Hoy oré en el Templo, y descendí justificado, lo siento en mi corazón. Si ese hombre es Dios, ahora lo veremos.

CRIADO (*Entrando*). —Se niega a entrar aquí, Patrón.

RAQUELA (*Adentro gritando*). —¡Carmela, tienes que salir, tienes que salir y tocarle al menos la fimbria de su manto! ¡Él puede curarte! ¡Él puede curarte!

PARÁBOLA DE LA DRACMA Y LA OVEJA

(Lucas 15, 3-10).

PASTOR. —¿Compran queso, quesillo, requesón, cuajada o cuajo? ¿Compran queso?…

MUJERUCA. —¡Pastor, encontré mi dracma! ¡Encontré mi dracma!

PASTOR. —Por una dracma doy todo lo que llevo y devuelvo cinco óbolos.

MUJERUCA. —¡Cualquier día! ¡Bien guardadita al lao las otras nueve! Ni para contarlas las he de sacar más.

PASTOR. —Se está haciendo rica, doña Myriam. ¡Diez dracmas!

MUJER. —No se burle, Pastor. No sabe lo que cuesta ganarlas. Pero no me cansaré, no. Limpiar casas de vecinas, cuidar enfermos, la cosecha de la oliva, la cosecha de la vid… El rescate de mi hijo, el único, que se me perdió ¡ay Dios! Se gana poco más que nada, pero yo tengo fuerzas aún, gracias a Dios. ¿A que no sabe usté dónde se había colado?

PASTOR. —¿Perdió una?

MUJER. —Conté y había nueve. Me desesperé. Ladrones aquí no hay. Barrí la casa, encendí la luz, moví los muebles y escudriñé el menor resquicio. Nada. Parecía que se la había tragado el infierno.

PASTOR. —Pues bien contenta está ahora, doña Myriam. Le bailotea el gozo en el cuerpo. ¡Por una dracma griega! Por verla así solamente, yo se la hubiera dado.

MUJER. —No se burle. Es toda mi esperanza. Mi hijo está de esclavo en Roma o de soldado en la Tercera Legión de Siria, digo, de sirviente de los soldados, aquí cerca. Pronto lo he de saber, porque el Mercader Ibrahim, que viaja tanto, me lo ha prometido. Óbolo a óbolo he juntado este dinero, que necesitará mi hijo. Si él tiene el resto, podrá manumitirse y volver.

PASTOR. —¿Tiene usted idea de lo que cuesta hoy el rescate de un

esclavo?

MUJER. —No. Pero espero que Yahwé se compadecerá de mí.

PASTOR. —¡Loado sea el Santo Nombre de Yahwé!

MUJER. —Loado para sinfinito, amén.

PASTOR. —Me gusta como habla usted el arameo.

MUJER. —Pues como todos. Mi hijo me vino un día y me dijo: —Madre, dame la parte que me toca de la herencia. Yo dije, digo: —¿Qué herencia hijo? Tu padre no dejó nada. —¡Nada! ¡Poblacho infame! —dijo él. —Madre, dame todo el dinero que puedas: tengo que salir de este poblacho infame. Aquí nada se puede hacer. —¿Y dónde irás hijo? La carestía hay en todas partes, y ahora con este plan de «austeridad» que han hecho contra los pobres… —¡Al ancho mundo! —dijo él. —¡A Roma si es necesario! ¡Es imposible que por todo vaya mal! ¡Tomó todo el dinero que teníamos y se fue! ¡Se fue! A los pobres en todas partes nos va mal. La antepenúltima fiesta del Nisán tuve la noticia de que en una sublevación allá en el Norte, lo habían aprehendido prisionero, y lo habían vendido como esclavo. ¡Cómo esclavo! Desde entonces no aliento sino para su rescate. Ya no son los tiempos del Patriarca José: Roma no es Egipto. Pero ¿qué mosca le habrá picado a mi pobre hijo?

PASTOR. —Política, señora.

MUJER. —¿Cómo política? Manuel era un pobre pescador…

PASTOR. —Todo este pueblo está picado por un bichito llamado política; y la picadura causa locura. Les han hecho creer que ellos pueden opinar sobre le gobierno, y mismo cambiar el gobierno; y no ha venido aquí un pretor, que ya todos están descontentos y quieren cambiarlo…

MUJER. —Pero ¿para qué, mi Dios? De pobres no hemos de salir, con cualquier pretor que sea.

PASTOR. —Quieren derribar a Roma. Los Fariseos. Nacionalistas se llaman. Y los saduceos quieren hacer negocios con Roma, ganar plata, vivir a la griega. Aprenden griego y se van a ver al Emperador, que no lo ven, mas cuando vuelven dicen que han hablado con él seis horas. En Tiro se ha formado una liga secreta para expulsar a los Romanos, la Liga Republicana Oriental, que se llama… hasta que los Romanos den un pantallazo y crucifiquen a cuatro o cinco inocentes, que los jefes bien lejos estarán para entonces… Locura pura.

MUJER. —Ya veo. ¿De ahí vienen todas esas sublevaciones?

PASTOR. —De ahí vienen. Y de la miseria del pueblo oprimido de impuestos, que causan brotes de impaciencia… para peor siempre.

MUJER. —Yo digo que los pobres no tenemos más que trabajar y tener paciencia, y evitar que nos roben, si podemos. Que no se puede, porque a Rey a Papa no hay socapa, y el que manda manda, y Iglesia o mar o casa real y ¿adónde irá el buey que no are? Por eso yo vigilo mis dracmas. ¿A que no sabe Ud. adónde había ido a parar?

PASTOR. —Pues ¿cómo lo voy a saber?

MUJER. —Adivine…

PASTOR. —Me rindo, señora. No adivino.

MUJER. —Ni lo podría adivinar en tres siglos. Se había metido como adrede en las dobleces de la hucha, es decir, del bolsillo de cuero. ¿Comprende Ud. cómo una dracma puede tener tanta picardía? ¡Pícara, más que pícara!

PASTOR. —Lo mismo que mi oveja la tofa. Como a usté, señora. Se me perdió lo mismo. Me conmovió tanto que dejé sin nadie las otras y me largué a buscarla.

MUJER. —¿Era la mejor?

PASTOR. —La peor, señora. ¡La oveja más arruinada es la que rompe el corral! ¿No le dije que tiene tofo? Tumor, dicen ustedes en esa lengua que hablan. Pero es la que más quiero. Y no puedo perder ninguna. Cien ovejas, ni una menos, ni una menos. Ni en todos los siglos de Dios tampoco iba adivinar usté dónde estaba…

MUJER. —Pero ¿la encontró?

PASTOR. —Un momento, un momento. No sin tener que pelear antes con el lobo. Por el valle y el collado, por la arada y el piegral, por las viñas y las eras, la busqué, y nada. Hay una cueva en la parte más barrancosa del torrente, allí había llegado; cómo, no sé. Trepé no sé cómo. No tenía más que el cayado…

MUJER. —¿Y la tenía el lobo?

PASTOR. —Estaba al caer. El lobo más grande que se ha visto en todo Israel. No le puedo decir cómo era de grande, Lobizón, que le llaman. Bueno, lo vencí…

MUJER. —¿Lo mató?

PASTOR. —Estaba allí mirándome con esos ojos de azufre. No tenía honda, y la tofa no se podía ni mover de miedo. Tuve que cargármela sobre los hombros; y así, ¡cualquiera pelea! El lobo dio un paso. Si echo a correr, estoy perdido. Aguanté a pie firme, y él, mira que te mira. Pasó un tiempo como un siglo. Yo dije: «si muero, muero», y di un paso adelante.

MUJER. —¡Qué espanto!

PASTOR. —El lobo dio un paso atrás.

MUJER. —¡Yahwé sea loado!

PASTOR. —Nones. Dio un paso atrás… y se agazapó para saltar.

MUJER. —¡Yahwé nos valga!

PASTOR. —Ni Yahwé ni nadie. Ni un alma. Hay que tener nervios firme. Perdido por perdido, di otro paso adelante, y el lobo se achicó.

MUJER. —¡Santo Templo! ¿Huyó?

PASTOR. —No se embroma usted. Reculó dos varas arrastrándose para atrás… siempre agazapado. Yo…

MUJER. —Bueno, la cuestión es que yo tengo que hacer. La cuestión es que se salvó…

PASTOR. —¡A hombro, y con el lobo a los garrones!

MUJER. —Amor de madre y hombros de *pastre*, dicen.

PASTOR. —Y dicen bien; y dice usted muy bien. Esa lengua que Ud. habla —no se vaya usted— es de lo más curioso. Es arameo del mejor pero con modismos hebraicos y con el deje hebraico. Parece usted un rábbi… ¿*Pastre*, dijo usted?

MUJER. —Bueno, mi familia. Somos de la casa de David. Estamos muy pobres, pero somos…

PASTOR. —¡De la casa de David!

MUJER. —No quedan muchos por esta región. ¡Pero somos de la casa y linaje de David!

PASTOR. —¡De la casa real de David!

MUJER. —¿Pues no sabía usté?

PASTOR. —¡El otro también es de la casa de David! ¡Y habla así, igual! Ya me parecía a mí había oído hace poco…

MUJER. —¿Cuál?

PASTOR. —El Rabbí, el que predicó en el lago días pasados, Jeshoua de Nazareth, el Saludador**[6]**. Hace parábolas y es uno de los que las hacen mejor. Hay que ver cómo lo sigue la gente, y no tiene ni qué comer. Vuelve pronto, anda por aquí. Parábolas del Reino de Dios; pero fáciles, no; no se entienden: dice una vez una cosa, y otra, otra.

MUJER. —¿Lo oíste? ¿Que no *saberá* algo de mi hijo, si viaja tanto? Que quien de luengo viene, contares tienes.

PASTOR. —No lo oí, pero lo voy a oír. Llegué al final, a vender mi merchería, que si sigo charlando, me parece que hoy…

MUJER. —¡No te vayas!

PASTOR. —Hablé con él. Le regalé dos requesonagrios, que los

petimetres ahora llaman «yoghurts»; porque dinero allí no había… Y le conté lo de la oveja.

MUJER. —¿Le contaste… con todas las exageraciones? Porque yo creo que no viste el menor lobinzón: si viste un lobezno es mucho.

PASTOR. —¿Y no? Se sonrió y me dijo: —¿Por qué no haces una parábola? Yo le digo: —¿Parábola yo? ¿En estilo? ¡Yo no tengo estudio! —Yo tampoco —me dice— pero la voy a hacer Yo. Pero el pastor voy a ser Yo mismo. —¿Y la oveja? Le digo. —La oveja es la casa de Israel… y todos los pueblos del mundo. —Es demasiado, le digo; si haces así por poco no te haces el Mesías. No dijo nada. —Por lo menos la gente lo va a entender mal —le digo, los profetas han dicho eso del Mesías como mil veces. —Verdad —dice él. No te aflijas. Ven mañana a oír TU parábola —dice. ¡Mi parábola!

MUJER. —Me da gana de ir también y contarle de la dracma… y de mi hijo. Quién sabe si no hace otra parábola —así, escandida lentamente, con el *shiboleth* al fin de cada frase— y la gente la aprende de memoria ¡y dura hasta que tengamos noventa años!

PASTOR. —¡Y dura para siempre, señora! ¿Qué me dice?

MUJER. —Bueno, eso ya es mucho.

PASTOR. —Voto al Templo y al Altar que ese hombre, que me llamó «buen pastor», con esas manos y esa cabeza y esa tez color marfil y esos ojazos aceituna… ¡es capaz de hacerla durar para siempre!

Parábola de los Jornaleros

(Mateo 20, 1-16).

Neftalí. —¿También te dio un dolár?

Isacar. —Un dolár. Y me retó encima.

Neftalí. —A mí igual. Y fui el primerito.

Isacar. —Ajá: el primerito fui yo.

Neftalí. —¿Vos?

Isacar. —El primero.

Neftalí. —No.

Isacar. —Parco estás hoy de palabra.

Neftalí. —*Lacónilo* estás vos.

Isacar. —¡Cómo para no estar!

Neftalí. —Es loco.

Isacar. —A mi me llamó bizco. Juí a protestar. Había de qué. Me dijo bizco, o legañento, o bisojo. Me retó feo.

Neftalí. —(*Cantando*).

—Bizco bisojo,
Torcé l'otr'ojo,
Que l'otr'ojo tuerto hecho,
Quedan los dos derecho.

Isacar. —¡Te rompería esta espuerta por el mate!

Neftalí. —Calma, ch'amigo: que yo tengo otra. Y vos también tenés mate. Y anda mal.

Isacar. —¿No es para *morise*? Me levanté con el sol. Ñublo había, no había sol. Comí un ten con ten, y no había salido a la solana, antes de tercia, era, me contrató el Capataz dél por el día, a un dolár. Con la calor que hay. Mal no está, si vamos al decir; pero ¿por qué a los últimos, que trabajaron desde la undécima, que ya se ponía el sol, les dio otro dolár igual? ¡Y primero que a todos!

NEFTALÍ. —Ya te lo dijo él: «¿Y diháy?» —dijo—. *¿No puedo hacer con lo mío lo que yo quiero?*

ISACAR. —¡Lo que yo quiero! ¡Eso, Dios solamente! ¡Eso no es razonable ni cuernos! ¡A Zabulón, ese vago!

NEFTALÍ. —¡Y Nathán, ese gandul!

ISACAR. —¡Y Zorob, ese faniente!

NEFTALÍ. —Y Abder. ¡Ese charleta del diablo! (*Siguen con los doce jornaleros de la Hora Undécima, cada uno con su… epíteto correspondiente*).

ISACAR. —No vale la pena ser pión. Al pión lo fajan. Yo no trabajo más. Tendríamos que hacer huelga. Va y me dijo, dice, con esa cara que tiene: «Amigo, ¿no te he dado lo contratado?». Yo le había dicho: «—Patrón, no es por decir, usté dispense, hemos llevao tóo el peso del día y el calor y… ¿sabe lo que ha hecho el pringue del Capataz? —¡Ordenes mías! —dijo él: un dolár por igual a todos… —¡Un dolár! —le dijo yo. ¡No es justo! Entonces va y se enoja, y dijo, dice: —*¿Por qué yo sea bueno, vos vas a tener el ojo malo?*». ¿Es eso ser bueno, digo yo? ¿Y ojo malo no le dicen acá los paisanos a la envidia? ¿Envidioso yo? Te digo que si me enojo, hago un zafarrancho. Válgale que…

NEFTALÍ. —Dejaste quieta la espuerta. Cuando no. Jarabe de pico. Si no te conociéramos…

ISACAR. —¡Otra vez el perro al catre! Yo lo que quiero, es que me den razones. Él tendrá sus razones, yo tengo las mías. ¿Y vos que hiciste, a ver?

NEFTALÍ. —Lo maldije diez mil veces en voz baja.

ISACAR. —¡No hay derecho! ¿Qué quiso significar el Bodeguero con todo eso? La razón, aquí;

taca-taca.

NEFTALÍ. —Naide lo entiende. Es el modo dél. A la tercia nos contrató a nojotro, a la sesta los muchachos que salieron del argamandijo, a la nona otro montón de chango, lo menos veinte; y a la undécima, en la plaza, que se ponía el sol, el nivelamiento con tierra casi concluido, ¿quién? ¡Zabulón, ese vago!

ISACAR. —¡Y Nathán, ese gandul! (*etcétera*).

NEFTALÍ. —Me afiguro lo que quiso'ecir. Que los otros trabajaron con más ganas… y cantando. Que nojotro hacíamo como se debe, a laj ancha, y no como decía el Capataz, que de viña entiende cero. Que naide lo entiende a él, el Bodeguero. Que para eso, él es él. Que él es como Dios, que hace salir el sol sobre los güenos y los malos. Que él nunca ha hecho

injusticia a naide. Y que él no es como loj otro bodeguero, él es él, ¡y no lo entiende naide! Que él tira la plata cuando quiere. Te digo que si me llega a dar otro dolár, ¡más prefiero que le quite medio dolár a los demoraos, que a mí me dé otro dolár! Porque yo lo que quiero es justicia seca, como dicen en el sindacato. Más quiero justicia seca que me vengan con limosna.

ISACAR. —Bueno, no te dio limosna. Te hizo justicia seca, si vamos a ver. Un dolár de jornal, con la austeridá, pocos lo pagan ahora.

NEFTALÍ. —¡Me insultó! Lo que yo no aguante nunca es que insulten la disnidá del obrero.

ISACAR. —Bueno, yo aguanto, aunque me cuesta. Y vos también. Yo no soy orador como vos. Cuando no hay nada que hacer, me calló. La vida es embromada… y rara. Y cara. Hay que ráirse. Nunca falta de qué ráirse, dijo uno; y se estaban riendo de él. No lo digo, no, por tu discurso del sábado en el sindicato. No.

NEFTALÍ. —¡Cuándo mandemo nojotro! ¡Las pagará todas! ¡Cuándo triunfe el Partido! Vamos a repartir toda esa enorme viña que tiene.

ISACAR. —Vas a ver cómo entonces no ganan un dolár por día… si es que lo vemos, que no lo vamos a ver.

NEFTALÍ. —¿Y por qué, vamos a ver?

ISACAR. —Cada obrero va a vender la parcela que le toque, y se van a marchar a los buenos aires… quiero decir a Jerusalén. Como si lo viera… pero no lo vamoj a ver.

NEFTALÍ. —Se hace una cooperativa…

ISACAR. —¿Vos sabés lo que ha trabajao ese hombre, y si vamos a eso, su padre, y su agüelo y su bisagüelo, para hacer esa bodega? ¿Vos creés que cuando sea de todos —o de naides— van a trabajar lo mismo? ¿Y los quebraderos de cabeza?

NEFTALÍ. —Vos sos un reacionario, un baldragas, y un manyatripa, sos. Al que lame las mano, a ése le dan los palo. Yo no seré nunca un perro cuzco, como vos. ¡Se verá! ¡Loj último serán los primero y los primero serán loj último!

ISACAR. —¡Zape! Eso lo dijo él también.

NEFTALÍ. —¿Y eso qué sinifica? Digo, en boca dél.

ISACAR. —Nadie lo sabe. Es el modo dél. Que lo entienda Mandinga. A lo mejor, para burlarse de ustede los del sindacato. A mí, con una borrachera cada quince días me basta, y no aspiro más.

NEFTALÍ. —Noo-nó, lo dijo en serio. Vamo a ver; ¿qué quiso'ecir?

A lo mejor, será en la otra vida.

ISACAR. —Puede que sea en la otra vida.

NEFTALÍ. —Yo no creo en la otra vida.

ISACAR. —Nojotro juimo los primero, y de hecho nos pagó al último. Eso
quiso'ecir.
Le dio rabia verte a vos a la cabeza hablando de huelga a los del argamandijo; y vos nos embromaste a todos.

NEFTALÍ. —¿No habrá querido'ecir los primeros en la sinagoga?

ISACAR. —Cierto. Él anda mal con ésos. No anda bien, vamos.

NEFTALÍ. —Y siempre se arrodea de pobretones. La gente baja para él es lo primero…

ISACAR. —Cierto. ¡Zabulón, ese vago!

NEFTALÍ. —¡Y Nathán, ese gandul!

(Siguen hasta el fin de la letanía; y después comienzan de nuevo todo el diálogo).

PARÁBOLA DEL GRANITO Y DEL FERMENTO

(Lucas 13, 18-21).

FILÓN. —Te presento a mi amigo Longino, Decurión de la Antonia.

ELIACÍN. —Siendo amigo vuestro, mucho gusto. No me trato con los Romanos.

FILÓN. —Éste es más que romano y más que amigo mío. Éste me ha sacado del mayor apuro de mi vida. Es el jefe del Pelotón de Ejecuciones. ¿Recuerdas cuando Herodes me quiso ajusticiar?

LONGINO. —Mi deber y nada más. No vale la pena.

FILÓN. —Te lo traje porque ha sido testigo de un milagro del… vagabundo de Galilea.

LONGINO. —Curó al siervo de mi Centurión.

ELIACÍN. —¿De veras? Y ¿cómo lo curó: con yerbas o con un conjuro?

LONGINO. —De lejos lo curó, con una palabra.

ELIACÍN. —¿Qué palabra?

LONGINO. —¿Yo qué sé? Yo lo único que sé es que estaba paralís, y se levantó sano, a los brincos.

ELIACÍN. —Nosotros los israelitas sabemos más que vosotros los gentiles de palabras y de sortilegios, porque sabemos en virtud DE QUIÉN suelen obrar los sortilegios. Sabemos todos los trucos. Yo podría hacer lo mismo, si no fuera pecado.

LONGINO. —De eso tenemos mucho nosotros en Roma, y no digamos nada de Velletri, donde nací. Pero yo nunca he creído en ello. El Centurión me contó: él le rogó al… este… ¿cómo dicen? Al Rabbí, haciéndole un gran homenaje (para mí exagerado) y el otro dijo: «*Vete, ha sanado tu siervo*». Y así fue. Resultó verdad.

ELIACÍN. —¿De modo que vos no habéis sido testigo?

LONGINO. —Me contó el Centurión. Mi Centurión no dice una cosa por otra. Más bien dice menos… excepto cuando rogó al Rabbí ese… que

entonces se pasó —por la aflicción por su siervo postrado, al cual amaba. Y el siervo es judío. Aquí se pasó mi Centurión. Pero una vez al año, no hace daño.

ELIACÍN. —Ya estamos. Con eso me basta. Entiendo todo el asunto.

FILÓN. —¿Qué entiendes, Eliacín?

ELIACÍN. —Poco importa. Nosotros los israelitas entendemos esas cosas.

FILÓN. —Yo soy israelita…

ELIACÍN. —Saduceo. Ser saduceo es ser griego.

FILÓN. —Nací en Alejandría de padres judíos, fui discípulo de Aristóbulo de Atenas, pero no creo que la filosofía pueda oponerse a la ley de Moisés, al contrario: yo sacaré la filosofía a flor que hay escondida en los libros de Moisés —como sabes.

ELIACÍN. —Justamente por eso te he rogado (y el ruego viene de muy arriba) que me reportases acerca de la «filosofía» de Ése, como si dijéramos; de su doctrina, que de sus hechos no me cuido: sabemos todo lo necesario. Lo que nos interesa es lo que enseña, no lo que hace. Lo que enseña nos parece contrario a los libros de Moisés, en los que tú eres especialista.

FILÓN. —No: contrario, contrario, yo no diría tanto. Tampoco diría que es concorde: hay cosas que dice y no están en el Penta. Le he seguido los pasos. Me interesa. Tengo dos esclavos escribientes, a los cuales dicto todo lo que predica, apenitas lo oigo. A veces pregunto a los Discípulos, que se saben las Parábolas de memoria: porque yo no puedo seguirlo por todo, viaja sin cesar.

ELIACÍN. —Por de pronto, no respeta el Sábado. Camina el Sábado de sol a sol; y es pecado caminar en Sábado más de un *Sabbatweg*: tres estadios según Shammai, cinco estadios según Hillel. Jamás ha respetado el Sábado el muy…

FILÓN. —Eso clavado. Yo tampoco lo respeto. Por lo menos, tal como lo enseñáis vosotros.

LONGINO. —¿Qué es el Sábado?

FILÓN. —Deja eso ahora, Longino, que es muy largo. Te traigo las dos últimas parábolas, Eliacín, Maestro; a ver qué te parecen: la del Granito de Mostaza y de la Levadura del Pan nada menos. Te las diré más o menos, de memoria. Semejante es el Reino de los Cielos («Reino de los Cielos», ¿oyes?) a una semilla de mostaza, que siendo la menor de las semillas…

ELIACÍN. —No es la menor…

FILÓN. —No interrumpas… Que siendo la menor de las semillas, crece

lentamente hasta hacerse el mayor de los árboles (¡Un momento!, no interrumpas) y da sombra a los viandantes, y en su copa hacen su nido las aves del cielo…

ELIACÍN. —¡Qué ridiculez!

LONGINO. —Pues a mí no me parece nada mal. El poeta Ennius…

FILÓN. —Un momento, poeta. Segunda parábola. Hay que ver la alegoría que hay detrás. Ya sabes que soy el maestro de las alegorías, y que enseño que toda la Ley y los Profetas son alegorías filosóficas, que sólo pueden percibir los que han sido purgados de ojos por la filosofía… Dicho así a la burda, pues mi sistema contiene infinito más, como sabes.

ELIACÍN. —Impiedades de los malditos griegos…

LONGINO. —Los griegos saben mucho.

FILÓN. —Segunda parábola: semejante es el Reino de los cielos a una mujer que se puso a amasar y puso una pizca de fermento en tres satos de trigo.

ELIACÍN. —Absurdo. ¡Tres satos de trigo! ¡Un *jehí*! Ninguna mujer hace eso ni loca que fuera. Antes, que el árbol de mostaza es el mayor de los árboles; después, ¡que una mujer amasa un jehí, tres satos! ¿Es ciencia eso? ¿Es saber? ¿Es literatura, tan siquiera?

FILÓN. —… Y la pizca de fermento levantó toda la masa. Hasta aquí mis amanuenses.

ELIACÍN. —Enorme e irreverente. Y blasfemo. Ése no sabe ni hacer parábolas siquiera. Podría venir a la escuela de nuestro Johanan ben Zakkai, que es un maestro. He aquí la parábola que nos recitó el Sábado pasado, que he retenido de memoria, tan exquisitamente balanceada:

«Esto se parece a un Rey
Que invitó a sus siervos a un convite
Pero no les fijó el momento.
Los sabios se vistieron bien
Y se plantaron a la Puerta de palacio.
Los locos se entretuvieron en sus cosas
Y se ensuciaron hasta por demás.
Decían: hace falta tiempo
Para preparar un festín.
De golpe el Rey vino:
Los sabios entraron paquetes,
Los locos entraron en camiseta.

El Rey se alegró con los sabios
Pero se irritó con los locos.
Que los que están vestidos, coman y beban.
Que los que están sucios, esperen».

Así habló el maestro Johanan ben Zakkai…

FILÓN. —Siento decirte que esa parábola está copiada de dos parábolas de este sorprendente Rabbí, que tengo en mis papeles: la del Convite y la de las Vírgenes Locas.

ELIACÍN. —Las conozco, y me parecen ridículas.

LONGINO. —Échelas, amigo; vamos a verlas.

FILÓN. —Es que tú no sabes alegorizar, Eliacín: te haría falta una introducción a la filosofía. Esas dos breves comparanzas que te parecen tontas encierran tres ideas de la mayor importancia para vosotros los Fariseos. ¿No os tiene a vosotros soliviantados el que Éste quiere fundar un Reino, y que los Profetas han anunciado ese Reino, y que los caracteres del Reino son enteramente diversos en ellos y en Éste?

ELIACÍN. —Eso es lo que me interesa. Ahí quería venir.

LONGINO. —Un poeta nuestro ha dicho lo mismo, y dice que está cerca el Reino (y las Sibilas**[7]** dicen lo mismo) y que

*Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem***[8]**.

FILÓN. —Éste no entiende latín, Longino amigo, y desprecia a los poetas. En mi libro *Alegorías de las Santas Leyes* (que tampoco le habla nada a éste, porque está en griego) yo enseño que entre los poetas y los profetas hay algo en común, con tal de tener el sentido de la alegoría. A esa luz, todas las religiones son verdaderas, pues no son más que mitos más o menos transparentes de grandes verdades filosóficas. Cada religión encierra entre velos una parte mayor o menor de la verdad, para quien sepa verla. Este Rabbí ambulante es excéntrico con respecto a Moisés. Muy bien. Yo desprecio a los excéntricos; pero ¿qué sabemos si un punto excéntrico no es un nuevo centro? Yo tengo esta ley; que nadie debe romper la ley, a no ser que en la energía del acto de romperla no plante una ley más grande.

ELIACÍN. —No quiero oírte blasfemar, Filón. Vengan las «tres ideas», o si no, acabemos. ¿Qué ideas hay en esas dos bobadas?

FILÓN. —Éste dice que el Reino que Él está fundando es como una cosa viviente, que crece lentamente, y que crece sin embargo en forma mirífica, desproporcionada, y que crece por obra de una minoría. Ahora

bien, el Reino que vosotros esperáis, Eliacín Maestro, es al contrario. Viene de golpe y con estruendo (y Éste ha dicho: «El Reino de Dios no viene con estruendo»), es alzado por el acero y el oro, es una conquista, una venganza, y una brusca dominación. Con fuego y fierro, con prodigios más grandes que Josué y Gedeón.

ELIACÍN. —Justo. Así lo dicen todos los profetas.

FILÓN. —Interpretados por vosotros. Pero yo no lo sé. Los profetas están llenos de contradicciones, pero se entienden si se les aplica la abstracción, y se resuelven en una harmonía filosófica. Son lo mismo que yo: *dicen* que mi sistema es oscuro, si no contradictorio; no saben aplicar la abstracción. Dios creó al mundo por medio de las «Potencias», que no son vuestros ángeles, no, vuestros ángeles son figuras de ellas, a ser vistas con los Rayos Equis de la Abstracción.

LONGINO. —¿Qué son Rayos Equis? ¿Y de qué Reino están hablando? ¡El Imperio Romano ya está fundado…! ¿Conspiraciones israelitas?

ELIACÍN. —Sólo Israel es eterno.

FILÓN. —Rayos Equis son unas hechicerías que hacen en Babilonia, en secreto, los magos, que con unas piedras o metales aplicadas a las carnes ¡se hacen transparentes y se ven los huesos! Como la abstracción filosófica.

ELIACÍN. —Bastante te sirvió la abstracción y la magia y los RAYOS «equívocos» cuando Herodes te encargó el remedio de matar, y le mataste el árbol.

LONGINO. —¿Qué es eso de remedio de matar?

FILÓN. —Longino no lo sabe, Eliacín, aunque él me salvó del apurón. Pues (no lo cuentes a nadie) Herodes me encargó que le produjese higos ponzoñosos para invitar amigablemente a la higuera a algún amigo de vez en cuando…

LONGINO. —Pues ¿cómo se pueden hacer higos ponzoñosos, por Jove?

FILÓN. —Poniendo ponzoña en las raíces de la higuera, creía yo. Me equivoqué, y me mandó ajusticiar. Válgame que me acogía a la ciudadanía romana… gracias a este Decurión de Roma.

LONGINO. —¿Se secó la higuera?

FILÓN. —Creció mucho más fuerte que antes.

LONGINO. —¡Y este Herodes es el Rey de Israel!

ELIACÍN. —El Reino que nuestro Mesías fundará será eterno, pues está escrito: «Vendrán de todas las partes del mundo a Jerusalén con dones; y doblarán sus cervices ante Sión». Herodes es un payaso y su Reino es mojiganga. El Reino de que este otro impostor habla, es una blasfemia; y

ahora me he dado cuenta de todo… Este hombre pretende ser el Rey Mesías, aunque no lo dice claro; y su Reino es ridículo, pues si va a ir creciendo como una planta ¿no morirá Él antes? Que creo no le anda lejos, a juzgar por lo que me han contado. Pero… callemos.

FILÓN. —Y predice otra cosa que parece contradictoria: que habrá un gran desastre o calamidad en todo el mundo, después del cual aparecerá Él sobre las nubes del cielo.

ELIACÍN. —Efectivamente contradictoria. ¿Y cómo? ¿Lo traerá un ángel agarrado por un cabello, como al profeta Habacuc, por si acaso? Ridículo.

FILÓN. —Significa el «Logos», querido Eliacín: el «Logos» que es la cabeza de todas las «Potencias» por las cuales Dios hizo el mundo. El gran desastre es también alegórico: significa la resolución universal de la materia (que es el Mal) en el Logos, que es el Bien.

LONGINO. —El Logos es la razón, según Platón. Hasta ahí he llegado yo en la escuela. Más que eso no sé… Los Romanos somos prácticos. Yo me di a la poesía…

ELIACÍN. —Todas esas andróminas y… cuchufletas y… poesías, por suerte no me interesan. Por suerte, nuestra doctrina está fija y clara, no puede fallar. Israel es el pueblo elegido por Dios para suyo, y con el tiempo dominará a todas las naciones; y eso será obra del Rey Mesías, del cual este insolente impostor ha usurpado la figura, con sus curaciones hechas por obra de Belcebú.

LONGINO. —¿Cómo es eso de todas las naciones? Según eso el Imperio Romano caerá, y ustedes, asiáticos…

ELIACÍN. —Perdón, Decurión, pero eso está en Daniel y está en todos los Santos Profetas. No quiero ofenderos.

LONGINO. —Nosotros tenemos un poeta que ha dicho, de parte de Júpiter:

His Ego nec rerum metas nec témpora pono.
Imperium sine fine dedi…

que si quieren la traducción en prosa, es así (y perdonen si maltrato el griego): «A los romanos no les pongo límites ni de cosas ni de tiempo. —Les he dado el Imperio Sin Fin…».

ELIACÍN. —Ustedes los Romanos no tienen más que las armas, carecen de la sabiduría, y así no pueden durar. Poetas, ¡bueno! No hablen de poetas

donde están nuestros profetas. Toda la sabiduría que tienen es importada de Grecia: y hasta los artistas que tienen son griegos, como los mimos del procónsul Poncio Pilatos; y todo ello es juego de niños y de parásitos.

FILÓN. —Si los romanos son meros parásitos ¿cómo es que dominan a Israel, Eliacín?

LONGINO. —No crea, jefe, ahora tenemos dos grandes poetas nacionales, mayores que Homero: uno el que cité antes, Publius Vergilius y otro más grande aún, Ovidius Naso; y aquí está Filón, que no me dejará mentir, aunque a él le gusta más Vergilius. Hay un jovencito que prometía mucho, según mi maestro, un Horatius Flaccus, pero se ha vuelto estreñido y oscuro. Pero eso de que Roma pueda caer, es disparate: desde que nació no ha cesado de crecer y tiene todos los elementos para durar siempre. Le hablo con franqueza, jefe, como Ud. me habló a mí.

ELIACÍN. —Israel o Roma, Roma o Israel, dejémoslo allí. Yo sé lo que sé. En lo que estamos los tres de acuerdo es: en que el «Reinó» de éste… Curandero Mendicante, eso es lo que no puede durar.

FILÓN. —De eso yo no estoy tan seguro. Puede ser el «Logos», de acuerdo con las obras que… dicen que hace. ¡Hasta resucita muertos!

LONGINO. —Tampoco yo estoy seguro. Puede unirse a Roma. En Roma sería un éxito. Roma se despepita actualmente por los taumaturgos. Mi Centurión se ha hecho de los suyos, aunque en secreto… Si entramos en ese Reino los romanos…

FILÓN. —Y nuestro Archisinagogo se ha hecho de los suyos. Le resucitó a la hija… Jairos, el archisinagogo.

ELIACÍN. —¡Le resucitó a la hija! ¡Patrañas! ¿Lo has visto tú? Hizo una matufia con una chica desmayada, si quieres saberlo, filósofo.

FILÓN. —Lo vieron el padre y la madre, y tres discípulos. Yo hablé con ellos.

ELIACÍN. —Exacto. Estamos en lo mismo de antes. ¿Me voy yo a poner a cerner testigos, dos de ellos ofuscados y medio locos por el «Sueño» de la niña (él mismo avisó que era un sueño) y tres paniaguados suyos? A mí me basta su doctrina. Sabemos que ese hombre no viene de Dios. Su doctrina elimina a Moisés.

LONGINO. —Yo sin embargo pienso verlo. Con hacer la prueba no se pierde nada. Siempre creí que sobre Júpiter había otro Dios más alto; y ahora… En los templos de Júpiter nunca ha resucitado un muerto, ni eso se ha oído decir desde los siglos sinfinitos.

FILÓN. —Y yo pienso sacar por abstracción la quintaesencia de su

doctrina, que tengo en estos papeles; y la pondré en apéndice en mis «*Alegorías de las Santas Leyes*».

ELIACÍN. —Y yo pienso lo que pienso, que no pienso deciros *a vosaltres*… Agur y buena suerte.

FILÓN. —Conformes. Yo ya he cumplido. Vámonos, Longino. No puedo apuntarme la conversión de un fariseo a la filosofía… ni lo esperaba tampoco, cielos.

LONGINO. —(*Cuadrándose*) ¡Salve! ¡Valeas! ¡Roma eterna!

ELIACÍN. —(*Inclinándose*) ¡Sal Hajam! ¡Israel eterna!

FILÓN. —(*Levantando la diestra*) ¡Salud! ¡La Razón sola es eterna!

LONGINO. —(*Riendo y saliendo*) No vaya a resultar al fin que el único eterno sea este loco de las resurrecciones.

ELIACÍN. —(*Furioso*) Lo veremos. A este loco lo tendrás que ejecutar tú mismo, romanacho incircunciso, en la próxima Pascua. Para el Sábado de Pascua estará en la sepultura. Lo dijo Caifás: conviene que un hombre muera por la salvación de todo el pueblo.

PARÁBOLA DE LOS DEUDORES

(Lucas 7, 36-50).

ELIUD. —Ése es el marido, ojo.

OFEL. —¿El marido? Ése es un romano.

ELIUD. —Bueno, el marido de ahora. Claro que es un romano; y centurión de la Antonia, jefe de la Tercera, Messala: un noble de allá, o «patricio» como dicen; y que tiene plata hasta decir basta.

OFEL. —¿Y qué hace aquí?

ELIUD. —Espera que salga la mujer. ¿No la viste? Anda de jitón corto y manto, a la griega, ha dejado la púrpura y el yelmo con penacho, pero no la *spatha*[9]. Aquí tenemos lío, Zabulón está dentro, pero no lo conoce. Lío. La *spatha*…

OFEL. —¿Por qué no entró?

ELIUD. —Bueno, ¿no viste? No está invitado y Simón prohibió a los no invitados; pero se coló la mujer ésa, la de Magdala, y creo que dos discípulos del Rabbí, el Pelirrojo y el jefe de ellos, ese fornido y retacón. Pero los romanos son *gentlemen*.

OFEL. —¿Cómo?

ELIUD. —Bueno, lo que decimos en hebreo *neschef*, patricios, pundonorosos, nobles, vamos. Lo que dije en griego para que se entendiera mejor.

OFEL. —¡Maldita sea la gehenna y el valle de Josafat! ¿Nobles los romanos, esos incircuncisos?

ELIUD. —Con nosotros no lo son cuando nos sublevamos: nos pasan a cuchillo o nos crucifican sin asco. Pero respetan las casas, la propiedad ajena, las leyes religiosas, y sobre todo las mujeres.

OFEL. —¡Maldita sea la diablesa Lilith! ¿Está adentro todavía la mujer ésa?

ELIUD. —¿No la viste acaso? Esa que entró último, pasitos breves, cabeza gacha, apretando contra el pecho una redoma finísima de ónix.

OFEL. —Claro que la vi y todos estos compas también. Nos apartamos con asco y le hicimos cara de perro. Pero no vio nada. Estaba cubierta de telas y velos y cabeza gacha. Toda envuelta.

ELIUD. —Pero ¿la conociste lo mismo?

OFEL. —Cuando no: ninguna viste con ese lujo y elegancia en toda la comarca: Es altiva como una sierpe, o como una leona, digamos. Es un portento.

ELIUD. —Pero ¡qué desvergonzada!

OFEL. —Yo más bien diría avergonzada.

ELIUD. —Digo, de haber entrado así a un convite público, en casa de un pariente, donde está el gordo Zabulón su primer marido (su *único* marido, que me perdone Moisés) y creo que también sus hermanos. Simón Leproso, ¿no es su hermano? Bueno.

OFEL. —No, maestro, no seáis bestia. No gritéis que el milico nos escucha atentísimamente.

ELIUD. —Cierto; y adentro también se puede oír: todo abierto, el calor sofocante. Bajito: Zabulón la quiso hacer matar la última vez que fue a Jerusalén, lo creas o no lo creas; bueno, la denunció; se salvó no sé cómo, es bravísima. Atrae a todos los hombres, tiene un gusto en eso. Todas son iguales.

OFEL. —Es hermosísima, es hermosa de hacer morir, una hermosura de miedo. Me alegro que no la mataran.

ELIUD. —Bueno, vosotros los jóvenes no sabéis que Dios compensa sus dones en este mundo: las muy bellas (si es que eso es un don) son las más locas.

OFEL. —Si queréis decir ignorancia, os equivocáis, maestro; es versadísima, incluso en literatura griega.

ELIUD. —Eso no hay que leer. Son locuras e idolatrías: hay que leer la Escritura en hebraico.

OFEL. —Sabe más hebraico que vos, maestro. Sabe no sé cuántos idiomas, incluso el romano que le dicen *latín*.

ELIUD. —Bueno, eso son vanidades que no impiden que una hembra vaya a la perdición: al contrario. Esto tienes que marcar bien. ¿Tienes tus tablillas? Escríbelo.

OFEL. —Cuidado, maestro, el romano no hace más que mirar. Viene hacia acá. Está colorado.

ELIUD. —Vuelve tú la cabeza. Hazte el burro muerto. No sabemos nada, no sabemos nada. No mires.

MESSALA. —«Salve», judíos. ¿Cuándo acaba este convite?

OFEL. —Son largas las mesas en Palestina.

ELIUD. —Está ese Rabbí de Nazareth, Excelencia, que se pone a predicar en todas partes, y a hacer parábolas.

MESSALA. —¿Qué son parábolas?

OFEL. —Pues a manera de cuentitos con una idea religiosa.

ELIUD. —Parábolas son *maschal*, no cuentitos. Ofel. Más respeto.

MESSALA. —¿Cómo las *Metamorphoses* de Ovidio diríamos?

OFEL. —Puede que sí, Capitán. No conozco eso.

MESSALA. —¿No conoce Ovidio?

ELIUD. —La idolatría nos está prohibida por Moisés, Excelencia.

MESSALA. —Ya me parecía.

ELIUD. —¿Busca a alguien aquí, Excelencia?

MESSALA. —Bien lo sabes, judío. He oído toda la conversación de ustedes. No pude menos. Los romanos no hablamos así de las mujeres.

OFEL. —¿Qué quiere decir el honorable Capitán con eso?

ELIUD. —Basta. Ahí vienen los dos Discípulos, que nos darán datos.

JUDAS. —Yo digo: eso todavía tenía que verlo yo. ¡Lo que no se ve hoy día…! Las cosas que no te imaginas, se ven cada día. ¡Hay que ver!

PEDRO. —¡Qué escándalo!

JUDAS. —Eso digo yo. Ese perfume que le volcó en los pies vale 300 denarios, si vale un óbolo. Sin contar la jicara. Podría haberlo vendido y darlos a los pobres. A mí por ejemplo, que tengo la bolsa flaca. Mal andamos de dinero, Pedro.

PEDRO. —Deja el dinero. No digo eso. Pero hacer todo ese despiporre que ha hecho, que la gente se dio cuenta de que el Maestro la conocía y sabía quién era…

JUDAS. —Eso digo yo. Trescientos denarios son lo que gana un paisano en mi tierra trabajando un año, de sol a sol. ¡Trescientos denarios tirados!

MESSALA. —*¡Mehercle!* Son los que gano yo sirviendo seis meses al César entre judíos.

ELIUD. —Son lo que gano yo ministrando tres meses en el Templo.

OFEL. —Si vamos a eso, son lo que nunca he visto juntos yo, pobreto de mí, con perdón de ustedes.

JUDAS. —¿La conocía, has dicho?

PEDRO. —Sí. Es la adúltera del Templo, digo, de la plazoleta cerca del

Templo. La salvó de ser apedreada. No estabas tú, Judas, estaba yo con los dos Zebedeos.

JUDAS. —Y rompió después el vaso. Alabastro trabajado como cristal. El vaso sólo cuesta…

ELIUD. —Cuidado, Simón Pedro; habla en arameo, que el romano está escuchando y tiene la *spatha*… y aquí hay lío.

PEDRO. —Se la tiraron delante para embromarlo. Allí en el altozano de la plazoleta. O bien Él decía que la mataran, y el pueblo se horrorizaba, porque el castigo de Moisés hoy día casi no se cumple; o bien decía que no la mataran, y entonces quedaba convicto de ir contra la Ley. No había salida. ¿Sabes lo que dijo?

JUDAS. —Por lo menos no haber roto el vaso. Eso debería de haber dicho, digo yo. El vaso cuesta más que el perfume, apostaría yo. Perfume de nardo *spicato*, de la espiga, no espeso, líquido. Vaso tirrino. Puesto aquí, el vaso cuesta lo menos… contando el trasporte desde Tiro… digamos, digo yo…

OFEL. —¿Qué dijo?

PEDRO. —Como iba diciendo, no dijo nada. Escribía con el dedo en la tierra. No vi lo que escribió, pero los Magistrados y Escribas que estaban delante, sí; pero si lo hubiese visto, era lo mismo, no sé leer. Puede ser que escribiera en el suelo del precepto de Moisés de apedrear a los adúlteros, a los dos. Pero no puede ser, porque después pasó una raya y lo tachó. En fin, no dijo nada y ellos «tempestuaban». Entonces levantó la cabeza y dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra».

MESSALA. —Bien dicho. Me espanta. No sabía nada. ¿Cuándo fue eso? No entiendo bien…

ELIUD. —Atención. Oído. El Rabbí está hablando alto y su voz llena la sala. En griego habla.

PEDRO (*repitiendo lentamente lo que dice Jesús*). —«Simón, escucha, ¿ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste ablutorio; mas ésta regó con lágrimas mis pies y los enjugó con sus cabellos. Beso de saludo no me diste; mas ésta desde que entró no cesó de besar mis pies. No ungiste con óleo de almendras mi cabeza; mas ésta ha ungido mis pies con nardo. Por lo cual te anuncio que muchos pecados se le perdonan, porque amó mucho». ¡Ya me parecía que al Maestro no le parecía mal! ¡Ya dije yo!

ELIUD. —Pues a mí me parece muy mal. Es en contra de Moisés.

MESSALA. —Y a mí. ¿Qué significa todo esto?

JUDAS. —Están runruneando todos. No están contentos allí adentro.

PEDRO. —Atención. (*Repitiendo*) «Mujer, perdonados te son tus pecados…». Bien, Maestro. La perdonó.

JUDAS. —Con razón runrunean.

ELIUD. —¿Son galileos ustedes? Aquí nadie dice «runrunea»: «vozaquea» se dice, con zeta.

JUDAS. —Siempre nos han de sacar por el habla… Pues no señor: yo soy judío, de Iscarioth.

PEDRO. —Yo soy galileo, de Cafarnao. ¿Y qué hay con eso?

ELIUD. —Nada, por saber.

PEDRO. —Pues ya lo sabe. Y ahora, ¿qué?

ELIUD. —Ahora que lo sé, no pregunto más.

MESSALA. —Pregunto yo: ¿qué quiere decir todo esto? ¿Y no podrían ustedes hablar en griego un poco?

OFEL. —Me pone nervioso este romano.

PEDRO. —Habla el Señor. Oíd. «Mujer, tu fe te ha hecho salva. Vete en paz. Y no peques más», le dijo la otra vez. ¡Ésta no peca más! ¡Después de esta especie de despiporre público! Vete en paz. Mejor así. A quien Dios se lo dio, San Pedro se lo bendiga, como dicen.

ELIUD. —Vete en paz, pero no se va. Se queda adentro. Los que vienen son Simón y Eliacín. Háganse a un lado, que son los dueños. Romano, ése es el dueñocasa, háblele. ¡Guarda bruto!

JUDAS. —Ojo, Pedro, nos miran a nosotros, Pedro; estamos colados, Pedro; vámonos, Pedro.

PEDRO. —Yo no me voy.

JUDAS. —Pues yo *rajo*.

CAINÁN. —Ven, Zabulón, corre. De prisa.

ELIUD. —¿Qué pasa, Cainán?

CAINÁN. —Al Sanedrín me voy. No puedo esperar. Lo que no se ha visto nunca. Un hombre que pretende perdonar pecados. Ven, Zabulón. Es grave.

ZABULÓN (*Sale corriendo y atropella al Romano*). —¡Ojo! ¡Paso! ¡Perdón! ¿Quién es usted?

MESSALA. —A un lado, camello. ¡Oxte!

ZABULÓN. —¿Cómo? No veo bien. Bueno, perdón. ¿Cómo dijo? No quiero peleas. ¡Al Sanedrín!

OFEL. —Este gordo Zabulón el Escriba siempre lo tuve por un bolonio, pero ahora me parece un canalla. Haber querido hacer matar a esa mujer ¡por medio de otros! Hizo bien la mujer en disparársele. No sé cómo

se casó con él.

ELIUD. —Ya le dio el repudio. Asunto acabado. Pero no sale nunca…

MESSALA. —No sale.

SIMÓN LEPROSO. —¿Qué quiso decir con esa frase: «al que se le perdona menos, menos ama»? Me parece que lo dijo por mí.

ELIACÍN. —Claro que lo dijo por ti, tío. Y quiso decir… eso no más.

SIMÓN. —¿Tengo yo la culpa de tener pocos pecados? Entonces, tengo que hacer muchos pecados, y estaré más cerca del Reino de Dios…

ELIACÍN. —No quiso decir eso. Quiso decir que ella, tu prima…

SIMÓN. —No es prima. Sobrina nieta.

ELIACÍN. —Quiso decir que tú, tío querido, eres un poco *incorable*, es decir, descorazonado, quiero decir (perdón, tío) que no tienes mucho corazón.

SIMÓN. —¿No tengo corazón, y me quedé quieto y la dejé hacer cuando vi entrar a ésta que nos hizo tanto daño? ¡El deshonor de la familia!

ELIACÍN. —Lázaro y Marta la saludaron.

SIMÓN. —Vela ahí, ahí viene. Yo tengo que hablar otra vez con ese Rabbí, que sigue allí repitiendo trozos de sus recitados. Hoy no. Otro día. Me adivinó los pensamientos, me parece. ¿Será profeta? Yo estaba pensando que no era profeta, y se volvió hacia mi con esos ojazos imponentes…

MAGDALENA (*en medio del atrio, en voz dormida, hablando con nadie*). —Vete en paz. Tus pecados te son perdonados.

MESSALA. —¡Magdalena!

MAGDALENA. —Messala: no te veré más; nunca te veré más hasta el fin de mis días. Te pido perdón del daño que te he hecho.

MESSALA. —Magdalena, ¿daño a mi? Sí, me has hecho daño, me has hecho penar, pero yo quiero esas penas, no estés allí con los ojos en alto como loca, tenemos que hablar, ve conmigo. Nadie te puede hacer daño si estás conmigo.

MAGDALENA. —Vete en paz y no quieras más pecar.

MESSALA. —Magdalena, te han hechizado; es un hechizo esto, recóbrate, ven, salgamos: no sé lo que hablas.

MAGDALENA. —Gracias te doy por haber sido bueno conmigo. *No te veo más*, Messala. Te oigo solamente. Déjame ir. No te puedo ver más. Perdóname.

MESSALA. —Jamás. Tu marido ha ido al Sanedrín a denunciarte otra vez. ¿No contestas? Yo no me puedo ir. ¿Crees que puedo vivir sin ti? Éste es el golpe más rudo que he recibido en mi vida, Jove sacrosanto. Y no

entiendo nada.

MAGDALENA (*deniega violentamente con la cabeza*).

SIMÓN. —Señor capitán, ésta es mi casa, y esta mujer, mi sobrina, no quiere hablar con su señoría…

MESSALA. —Jamás atropellé a mujeres ni a hombres desarmados, judío. Pero tengo derechos sobre esta mujer. Me ama.

SIMÓN. —Creo que ya no, capitán. Creo que ama a otro.

MESSALA. —¿A quién?

SIMÓN. —A Yahwé, el Dios único y verdadero.

PEDRO. —Señora, si quiere que la acompañe a cualquier parte, yo no tengo miedo a ningún romano… a manos limpias, eso sí.

OFEL. —Voy con ustedes. Conozco el camino a Betania.

MESSALA. —«Valeas», noble judío. Esto no quedará así. Magdalena cara, adiós.

SIMÓN. —¿Qué vas a hacer, hija?

MAGDALENA. —No sé. Vuelvo a Betania, de donde en mala hora salí.

SIMÓN. —¿Te recibirán allí?

MAGDALENA. —Sí. Lázaro y Marta estaban aquí, aunque yo no los vi, oyeron mi perdón, y Lázaro es discípulo del Rabbí Nazareno. Él piensa que es el Mesías.

SIMÓN. —¡El Mesías! Y tú, ¿qué piensas?

MAGDALENA. —Yo pienso que es más que Mesías.

SIMÓN. —¡Más que el Mesías! ¿Cómo puede ser?

MAGDALENA. —No sé. Hay una cosa grande, inmensa, enorme, que no se puede poner en palabras y que no me atrevo siquiera a pensar.

SIMÓN. —Vete con ésos, yo me quedo a hablar con Él. Veremos qué sale de todo esto. Pienso que un día te invitaré de veras a comer en mi casa, en otro ambiente, en otro estado, y estará también el Rabbí, y le ungirás la cabeza como dueña de casa… si vive. Que asegún va, no creo pueda vivir mucho tiempo.

PARÁBOLA DEL BUEN PASTOR

(Juan 10, 1-18).

BROCHERO. —Antenor Cáceres, a su lugar. Miren todos pal púlpito, no sé qué diablos tiene esa mujercita; y vos venite aquí adelante, Delfora, y te quedás quieta. Los chicos chicos, ya saben, si yoran, afuera. El Evangelio de hoy, Segundo de Pascua, es, como saben (¡qué van a saber!) del Buen Pastor. ¿Saben quién fue el Buen Pastor?

SERRANOS. —Ni barruntos. Por aquí no es mentao. Aquí no hay ovejas, Pagrecito. (*Varios a la vez*).

ANTENOR CÁCERES. —Y será, digo yo, el viejito Balmaaaacéda, que tiene un hato cabra, pallá pa Panaholma, digo yo… (*Con gran tonada cordobesa, como todo el diálogo, menos Brochero: excepto cuando sé enoja*).

BROCHERO. —¡Borregos! El Buen Pastor es Jesucristo, la segunda persona la *Santisma* Trinidá. ¿Saben quién es la *Santisma* Trinidá?

SERRANOS. —Noooo, Pagrecito. Eso es del final de la dotrina, Pagrecito.

BROCHERO. —¡Del final! ¿Cuántas personas hay en Dios?

SERRANOS. —Déso no le vamo a dar dato, Pagrecito, ¡eso está al final, Pagrecito! ¿Qué son personas, che Soria? (*Responden unos u otros, y a las veces, en coro*).

BROCHERO. —¿Hay Dios?

SERRANOS (*en coro*). —¡Eso sí! ¡Al fin la embocó, Pagrecito!

BROCHERO. —¿Quién es Dios?

SERRANOS. —¡Nuestra Magre'el Vaie!

BROCHERO. —¡Borregos! ¡Brutos! ¡Bestiones! ¿La amáis, al menos?

ANTENOR CÁCERES. —«Dios es un ser perfetísimo, Apsoluto, Ornen… Omenpontente, Criador del cielo y de las tierras, el más grande que se puede decir o pensar» (*recita el catecismo de la Diócesis*). Pero no

entiendo nada, Pagrecito.

BROCHERO. —Está mal, pero no importa. La culpa la tiene el… (*bajito*). ¡Cristo, casi mermuro del Obispo!… el Catecismo que tiene allí un error. Dios no se puede NI decir NI pensar; pero eso ya es cosa fina. La Virgen del Valle no es Dios, sino la *Magre* de Dios, ¿entendido?

SERRANOS. —Como usté quiera, Pagrecito. Pero es

Magre'l

Vaie y Magre nuestra.

BROCHERO. —¿La amáis al menos?

SERRANOS (*con entusiasmo*). —¡La amáis!

BROCHERO. —La amamos, se dice. ¿Quiero decir, si ustedes la aman a la *Santisma* Virgen?

SERRANOS. —¡La querístees! No hable gayego, Pagrecito, que gayego no entendemo. Nojotro la queremo. Y tamién a San Antenor y a San José.

BROCHERO. —Me alegro. ¿Quién fue San José?

ANTENOR. —El marido.

BROCHERO. —¡El marido, animal! Fue el padre putativo del Niño Jesús… que es el Buen Pastor. Muy bueno fue. Gauchazo.

LA MUJERCITA. —¿Y cómo dice que jué gauchazo, Pagrecito, si jué… eso otro?

BROCHERO. —¿Qué otro?

LA MUJERCITA. —¡Ay, Pagrecito, me da ergüenza ecilo, Pagrecito!

UN CHICO. —Eso que ijo ante, Pagrecito, hijo e P…, con perdón de la zafaduría, Pagrecito.

BROCHERO. —¡Putativo! ¡Borrego! ¡Putativo! Quiere decir que creían los hombres que era su hijo, pero no era, bestia. Me sacan el chico afuera. No, aunque patée, lo sacan, digo. Te voy a dar yo, zafadurías. *Pucha caray*, se dice, como digo yo. Mejor no decir nada, pero no se puede a veces. «*Pucha, caracho, carancho, miércoles, congrio, recongrio, puñales*»; y se dice «*agarrar*», y no esa porquería que dicen los gallegos, co…

CHICO. —Co… (*lo dice entero y verdadero*).

MUJERCITA. —Míreme, comagre, que cosa noj anda enseñando hoy el Pagre Güen Pastor.

BROCHERO. —Perdón, Delfora; son éstos. Sigo el sermón. Hay también malos pastores, que se llaman mercenarios, como soy yo, que no atienden más que a sus intereses, y se les refala la lengua a lo que no debían decir, como soy yo, que soy desbocao de boca.

ANTENOR. —Es mentira, don Grabiel.

BROCHERO. —¿Mentira el Evangelio? ¡Lej ando explicando el Evangelio, borregos! ¡Y vos no me lo sacastes todavía al muchacho, Antenor!

MUJERCITA. —Si lo sacan a mi Policarpito, me salgo yo también, Pagrecito.

BROCHERO. Tapále la boca, ¿querés Delfora, qué clase de magre sos? Bueno, san José ERA el marido, pero *diferente* de como entienden ustedes: una cosa fina, que no entienden, ni les voy a decir…

SERRANOS. —¡Eche, Pagre Brochero! ¡Largue! ¡Véngase de mano! ¡Entendimo todiiiito! ¡Eche, y no se redame!

BROCHERO. —La culpa la tengo yo por echar pan a los perros y margaritas a los puercos, sin ofensa de nadie, no se alcen. Otro día. No toca aquí, y no hay tiempo. Es cosa fina. Hoy toca el Buen Pastor. ERA el marido, pero era como si no lo fuera, y creían los hombres que era el pagre Jesucriso, pero era…

AJENOR SORIA. —Dése caso hay bastante aquí, Pae Cura, hablando con respeto.

BROCHERO (*desesperado*) —¡Era el hijo del Eterno Pagre! ¡Del mismísimo Dios! ¡No ha habido otro caso en el mundo, animal! ¡Caso único!

AJENOR SORIA. —He dicho «hablando con respeto». Animal no soy, Pae Cura. Será caso único, si usté lo dice.

BROCHERO. —Repetí conmigo, Ajenor Soria: «el niño Jesús es el hijo del Eterno Padre y de la *Virginisma* María Santisma Nuestra Señora; y es el Buen Pastor».

SERRANOS (repiten todos a coro como un trueno).

BROCHERO. —¡El Buen Pastor! ¡Silencio todos! ¡El Buen Pastor da la vida por sus ovejas! No se crean ustedes. Era tan bueno un pastor de allá, que un día se le disparó una oveja, y dejó todas las otras, que tenía cien justas, y se fue a buscarla. ¿Qué les parece?

ANTENOR CÁCERES. —Y… ¡sería una campiona!

BROCHERO. —Para que vean: no era campiona. Era la oveja más desgraciada que tenía.

ANTENOR. —Así hai ser. La oveja más desgraciada es la que ruempe el corral.

BROCHERO. —Así fue. Y el pastor fue Jesucristo. Dejó las otras noventinueve, y fue, la encontró, la agarró y la puso sobre sus hombros, y eso que estaba apestada: las ovejas éramos nosotros, que estábamos en

pecao. ¿Qué les parece?

ANTENOR. —Y bueno, si fue Jesucristo, está bien. Pero lo que es yo… ¿No se acuerdan del chino Mamerto que se murió a los refuerzos, y todo por tocar una cabra que tenía el grano malo? ¡Pagrecito!

MUJERCITA. —A mi me paece que está muy bien.

SERRANOS (*divididos*). —¡Está mal! ¡Está bien! ¡Está mal!

AJENOR SORIA. —¡Qué oportunidad pa alzarse con un cabrito!

BROCHERO. —¿Qué han oídos mis oídos? Ahora mismo al terminar te vas a la sacristía, Ajenor Soria, y te voy a poner una disciplina de penitencia yo a vos, sí, «hablando con respeto». ¡No se ha de robar! ¡Ni acordarse deben tan siquiera del robo los cordobeses!

SERRANOS. —¡Es tucumano, Pagrecito!

EL NATO TRUJILLO. —Todos son ladrones los tucumanos…

BROCHERO. —Dos disciplinas a vos, ñato Trujillo, por faltar a la caridá, con un provinciano prójimo, aunque sea de Tucumán. Anotámelo, Antenor, que no se me olvide. ¡Dos disciplinas! Faltar a la caridá es pior que robar.

SERRANOS. —¡Si es verdá que es tucumano, Pagrecito! ¡Y los tucumano son ladrone! Por eso lo llaman «Ajenor». Se llama Alejo. ¿No le sintió la tonada?

ANTENOR. —Que ya me da hasta vergüenza a mí hasta de mi nombre. ¿Los anoto a todos pa disciplina general, Pac Brochero?

EL ÑATO. —¡Perdón, don Grabiel! ¡Me se escapó…!

BROCHERO. —No anotés. Perdono a todos… si escuchan sin interrumplir; porque yo también me sé refalar de lengua. ¡Me han cansao! Ahora, callaos la boca todos. Así, pues, el Bueno Pastor, que es Jesucristo, hace todo lo que dije ¡y muchísimo más! Por sus ovejas, que somos nosotros. Las conoce a cada una por su nombre: a éste lo conoce por Alejo, que yo no lo conocía. Lucha con el Lobo, digamos con el Puma, cuando se viene. Les da de comer a su tiempo. ¿Qué les parece?

SERRANOS. —(……).

BROCHERO. —¿Qué les parece, borregos? ¿No es hermoso?

SERRANOS. —(……).

BROCHERO. —¿Qué les pasa borregos? ¿Les han comido la lengua los ratones?

SERRANOS (*a coro*). —¿Y no nos ijo usté, Pagrecito, é no ecir nada?

BROCHERO. —Solamente sí o no, ¡borregos!

CHICO. —Pagrecito, ¿po qué tanto «borrego» y «borrego» (*imitando la*

voz del cura) po qué no nos ice tan siquera pato berrueco? (*risas*).

BROCHERO. —Si les dijera burros, que no quiero decirlo, tendría razón. Me han cansao, no doy más. Se necesita ser burros pa hacer lo que hicieron la otra semana en la Santa Misión de los dos Pagres Jesuítas catalanes, el P. Pujadas y el P. Capará, que me se caía la cara de vergüenza.

SERRANOS. —¡Es mentira, Pagrecito! ¿Qué hicimo, vamoj a ver? ¡Es mentira!

BROCHERO. —(……
……).

(Suprimido por la censura, pero los que han andado por la Sierra conocen la anécdota).

SERRANOS. —¡No juimo nojotro! ¡Jueron los bestia de Panaholma! ¡No jue aquí, Pagrecito!

MUJERCITA. —¡Acá entendimo catalán, entendimo castilla, entendimo español, entendimo hasta indio, si se tercia, Pagrecito! Lo único, eso no, gayego… ¡No juimo nosotro!

BROCHERO. —¿Ah sí? ¿No fue aquí? ¿Y en dónde fue eso de los versitos que me andan achacando a mí, y dicen que yo los hice? ¡Y son versos de amor!

SERRANOS. —¡Los hizo usté nomás, Pagrecito! ¡Vamos!, ¡a no mentir! ¡Usté los hizo! ¡Y son lindazo!

BROCHERO. —Ni los hice, ni los he oído en mi vida, ni los quiero oír… ¿Se creen ustedes que soy un Mal Pastor, que anda por botar el hábito? ¡No tanto!

ANTENOR. —Los sé de memoria. Perdón, Pae Brochero, aquí hay muchos que no los sabe… (*declamando*):

Acúsome, Padre Santo,
Que adoro a una ingrata bella
Que es más linda que una estrella
Por eso la quiero tanto…
—Hijo, es muy malo ese encanto
Y mira que vas perdido
Porque Dios tiene prohibido
El amor con desenfremo.
—Padre, si no amo lo ajeno
Creo que me es permitido…

SERRANOS. —¡Bien! ¡Muy bien! ¡Macanudo! (*El pobre Brochero se*

tapa los oídos).

ANTENOR CÁCERES. —Son décimas… «Vos sos un tuno…». ¿Cóooomo éeeera? Me se olvidó. ¿Cóoomo éeeera Delfora?

LA MUJERCITA.

—Vos sos un tuno malvado
Pariente de Lucifer.
—Padre, si por la mujer
Se *apsuelve* todo pecado.
—Hijo, ya estás condenado
Y habrás de sufrir la pena.
Aléjate, que me quema
Un fuego devorador.
—Padre, si por el amor
Ningún hombre se condena…

SERRANOS. —¡Huija! ¡Lindo no más! ¡Va bien la cosa! ¡Linda la payada! ¡Siga ña Delfora!

EL CHICO.

—Le contaré con presteza
Cómo ha sido mi pasión:
Me ha robado el corazón
Con la mayor sutileza,
Porque es tanta su belleza
Que parece una deidad.
Le hablo con seguridad,
Padre, que si la mirara,
¡Hasta el hábito botara
Tal vez, Su Paternidad!

AJENOR SORIA. —¡Son las mejores décimas que se han hecho en Córdoba! (*con convicción*).

ANTENOR CÁCERES (*con entusiasmo*). —¡En toda la República Argentina!

SERRANOS. —¡Viva la Patria! ¡Viva el cura Brochero!

BROCHERO (*con entusiasmo de autor y voz tonante*).

—Por Dios, hijo, reza el Credo.
Mira que estás condenado,

Y si el diablo te ha tentado,
Hasta yo te tengo miedo…
—Padre, si no fuera clero,
Mi pasión lo convenciera,
Al infierno no temiera
Por querer a una bonita,
Porque Dios sólo se *enrita*
Cuando uno quiere a una «fiera».

SERRANOS (*El disloque. Una ovación. Un vivalapatria y vivalcura Brochero de mil demonios*).

ANTENOR CÁCERES (*golpeando en un banco con un talero*). —¡Callarse, que está el *santismo sagramento*!

BROCHERO. —¡Miserable Brochero, pecador y mal pastor!, ¿qué has hecho? ¿Adónde te esconderás? ¡Sos el pastor mercenario!

SERRANOS. —¡El buen pastor! ¡El buen pastor! ¡Es nuestro buen pastor!

BROCHERO. —Hijos, no me hagan llorar, que estoy como borracho.

LA MUJERCITA. —¿Y cómo acabó la hestoria, Pagrecito?

BROCHERO. —¿Qué historia? ¿La de la confesión del enamorao?

MUJERCITA. —¡No! ¡Eso ya sabemo! ¡La hestoria del güen pastor que agarró el grano malo por tocar noventaynueve oveja que se li habían disparao, menos una!

BROCHERO. —¡Santo Dios de Israel! ¿Eso es lo que has entendido vos, Delfora? ¡Cómo serán los otros, vos que sos la sacristana! ¡Ay, Brochero, miserable mal pastor, mercenario, lobo rapaz! En vez de explicar el Evangelio, ¡diciendo versitos! Pero por lo menos, ¡oigan! Vamos a acabar la parábola como Dios nos dé a entender… Atención, ¿cuál es la moraleja que podemos sacar de esta parábola? Que en tiempos de Jesucristo, los pastores iban a buscar las ovejas descarriadas, y las traían sobre sus hombros; y ahora… ahora las ovejas van a buscar al pastor ¡y el pastor les encaja una patada!

SERRANOS. —¡Ooooooooooh!

MUJERCITA. —Pagrecito, ¿y eso no será contra el Señor Obispo?

BROCHERO. —¡Santo cielo de Israel! ¡Se me ha refalao la lengua otra vez! ¡Soy yo ése, soy yo mismo! ¡Brochero, hoy te darás tres disciplinas; anote, don Antenor; no, no anote, no precisa! Hijos, ¡por amor de Dios!, ¡a olvidarse todos de todito este sermón desgraciao, hasta

l'última
palabra, y a no decir ni una sola palabra a naides. Otra vez será mejor! ¡o pior! Pero éste me lo olvidan todito…

SERRANOS (*a coro*). —¡Cualquier díiiiia, Pagreciiiiiito!

La Parábola de Caifás

El carácter de Jesucristo visto por los fariseos

No se conservan actas de los conciliábulos en que los fariseos llegaron a la determinación de «hacerlo morir de la peor manera posible». Tenemos solamente la conclusión, expresada por uno de ellos en esta maravillosa frase: «*Callad, no sabéis lo que hay, porque es conveniente que un hombre muera para que se salve el pueblo*». Es un acto de voluntad que corta una discusión; el acto de voluntad de un hombre en posesión del poder que repentinamente se siente Dios, y asume responsabilidades desmesuradas.

Pero podemos buenamente conjeturar cuál hubiera sido el discurso de Caifás de haber querido, intervenir en la discusión la inteligencia y no solamente la voluntad. Dado que sobre los *hechos* faltaba acuerdo, hubiese hecho intervenir «*el carácter*» de Cristo.

Que Dios me perdone y el diablo sea sordo, que me voy a meter adentro de la piel de Caifás por un momento. Yo también crucifiqué al Hijo del Hombre…

> *Sapientismos y santismos*:
>
> No son necesarias tantas palabras. Prestadme brevemente y bravamente vuestra *sapientisma* y *santisma* atención. Lo conocéis todos por haberlo visto, oído y examinado. SE TRATA DE UN HOMBRE PELIGROSO.
>
> En ésta me planto y délla no salgo; porque acerca de esto no cabe discusión. De aquí procederé con toda precaución para llegar a la debida conclusión.
>
> Desde que Él empieza a actuar se establece en el pueblo de Dios una discusión peligrosa. No se trata de una discusión *normal*. No es nuestra vieja discusión con los saduceos, que aunque toca los puntos más graves se desenvuelve dentro del ámbito y la órbita que a todos

los *sapientismos* y *santismos* Hijos de la Ley concede la amplia libertad de opinión y pensamiento y división en partidos, propia de nuestras maravillosas instituciones religiosas, prez inmarcesible de Israel, de las cuales dijo nuestro digno antecesor Merlinfaz-achiz-Behalá: libertad con autoridad: ¡libérrimo moverse de la conciencia dentro del integérrimo odre de nuestras *sapientismas santismas* e inviolables prácticas y de nuestras costumbres aprobadas!

Perdonad este arranque de elocuencia, pues no puedo reprimirme a mí mismo cuando pienso en Israel y la Ley, a los cuales aunque indigno represento. Quedamos pues en que Éste, apenas consurge a predicar, todo comienza a descomponerse. Surge la discusión, una discusión anormal.

Éste discute con todos. ES UN HOMBRE QUE NO COMBINA.

Y como no combina, nos comienza inmediatamente a descomponer el aparato. ¿Se ha descompuesto jamás el aparato en nuestras discusiones normales aun con nuestros adversarios, qué digo, aun con nuestros mortales y malditos enemigos los romanos? Decidlo vosotros. ¡Jamás! Todo marcha, todo rinde, todo combina… Suavemente en la forma, férreamente en el fondo.

Estamos aquí tranquilamente sin hacer daño a nadie, ejerciendo nuestro apostolado, ¡salvando almas! Estudiando y cumpliendo la Ley, enseñando la limosna y la oración, no solamente con palabras (que eso lo hace Él también) sino además y principalmente con el ejemplo ¡con el ejemplo! Le pedimos respetuosamente cuenta de sus prédicas, cumpliendo con el mandato de que nos ha investido contra nuestra voluntad la santa obediencia y la voluntad de Dios. ¿Qué hace Él? Se ofende, ESTE HOMBRE TIENE DEMASIADA SENSIBILIDAD.

Es un poeta, un hombre de imaginación y sensibilidad; hombres que como sabéis no sirven para el gobierno y son impermeables a la prudencia política. Con sus imaginaciones cambian las cosas. Usted le pone delante una cosa y le dice «blanco» y Él le da una vueltita, le hace un giro, inventa una frase, la presenta de nuevo y es negro. Ud. le dice: «¿Es lícito, sí o no, dar tributo al César?». Conste que Él ha enseñado que hay que responder siempre: «Sí» o «No». ¿Qué responde? Responde con una paradoja, que le devuelve a Ud. la pregunta para que la responda Ud.; y eso, enturbiada de tal manera que ya no hay respuesta posible. «Dad a Dios lo que es de Dios y al

César lo que es del César». ¡Patatas! ¿Eso es responder? ES UN HOMBRE QUE CAMBIA LAS COSAS.

Y en consecuencia es un desobediente. A los que preguntaren en qué ha desobedecido (si vuestras *sapientismas* y *santismas* atenciones fueran osadas de tal impertinente pregunta) yo les preguntaría a mi vez en qué ha obedecido: cuándo ha dado muestra plena, clara, explícita, terminante, inequívoca de la reverencia y amor que debe todo Hijo de la Ley a la Ley y a mí, que, aunque indigno, la represento. Prescinde de mí simple y tranquilamente. Yo no soy crítico literario pero tampoco soy (y vosotros me diréis si es verdad o no) tan negado y bozal que no conozca la preceptiva y las reglas de las parábolas; y aun si quisiera, podría sacar de entre mis papeles de juventud, y eso sin la menor vanagloria, más de una parábola y más de un proverbio (y más de dos también) compuesto estrictamente de acuerdo con todas las reglas y que me podrían dar, si yo quisiera, aun ahora, tanta o más gloria que la indigna y plebeya gloria que a Éste se le ha subido evidentemente a la cabeza de una manera estrafalaria y peligrosa para Él y para todos nosotros… ¿Dónde andábamos? ¡Ah! Jamás Éste me ha pedido mi parecer acerca de una parábola; las compone y las echa, pete a quien pete. Le di mi parecer discretamente y con toda loa por cierto, por intermedio de otros. Nada. No recibí la menor respuesta, ESTE HOMBRE ES UN DESOBEDIENTE.

Yo os aseguro que en el fondo de este hombre hay algo arcano, algo profundo y obscuro. Este hombre tiene fatalmente que ser un sedicioso y ya sabéis que todo lo que tiene que ser, es. Este hombre quiere cambiar las cosas, tiene ese inmoderado afán de novedades, condenado tantas veces por nuestra Ley. Queriéndolo él o no queriéndolo (que en eso no me meto, no juzgo las intenciones, Dios las juzga) la gente lo quiere, el pueblo lo escucha, las masas lo siguen; ¡ya sabemos lo que son las masas! Él nada hace para impedirlo, al contrario. Me vienen a contar que huyó una vez que lo querían hacer Rey; yo pregunto si el momento aquel era propicio y la cosa estaba madura. Simplemente el hombre, que no se puede negar es astuto como un chacal, vio más lejos que los siete bobos (¿o es que son doce?) que le sirven de tenientes. La prueba de esto la tenéis en un suceso reciente, que conocéis todos, porque *no pasó en Galilea sino aquí en Jerusalén* en que *ciertamente no huyó las*

aclamaciones y honras de Rey, suceso en el cual no quiero detenerme, porque habla él de por sí solo, y es todo el motivo de esta *sapientisma* reunión. Resumiendo se podría decir que cuando Él niega que es Rey se porta como un Rey; y cuando se porta como un rudo carpintero, y de Nazareth por añadidura (y tampoco quiero detenerme aquí en el horrendo suceso del Pórtico del Templo, que está en la memoria y en la execración de todos), cuando se porta como un carpintero bruto, ¡afirma que es Rey! Otra paradoja, y paradoja sacrilega, por añadidura, pues no ignoráis lo que significa entre nosotros la palabra *Rey*; no el ridículo *Imperátor* de los «romines» sino el sacrosanto, indivisible, tremebundo (que tiemblo sólo al pronunciarlo) de nuestros padres «*Mesiha*». ¡El Mesías!

Paso a otra afirmación, o serie de afirmaciones de Ése.

Yo rehúyo hablar de mí mismo, pero es una cosa que no se oculta a nadie que tenga dos dedos de frente, que yo soy actualmente perseguido. Yo soy, he sido y seré perseguido, lo mismo que los antiguos profetas; perseguido antaño por los obscenos y dementes saduceos, después por lo malditos y borriqueños romines y ahora más peligrosamente por este hombre. Esto en un hombre investido de mi alta investidura es siempre, como sabéis, señal infalible de predilección divina. Yo no soy un hombre de imaginación, *sapientismas* y *santismas* atenciones, como vosotros sabéis; soy un hombre de estricto apego y ceñimiento a los hechos. ¡Voy siempre derecho al corazón, al cogollo, al cohombro de los hechos! Es un hecho que desde el principio este hombre comenzó a perseguirme, primero con sutiles alusiones y gestos torpemente imitativos; después con sus desprecios de palabra y de hecho a la Ley y a mí que aunque indigno la represento; luego con sus exóticas y oscuras parábolas; porque esa nota de oscuridad es innegable (y altamente sospechosa) como se lo hice notar en el sereno juicio crítico que le hice llegar por intermedio de otros; finalmente, como saben vuestras *santismas* atenciones, en esa asquerosa diatriba que me abstengo de calificar, pronunciada en público poco ha, «*ese elenco sobre los fariseos*» (que así lo he bautizado) que no tiene límites en la injuria ni barreras en la contumelia, en que nos llama paladinamente a nosotros los fariseos, empleando ese sacro nombre que significa «separados» o «distinguidos», con nombres que todos sabéis y que la decencia y el respeto que debo a vuestras atenciones y

a mi alta investidura me prohíbe meramente recordar, desde *víboras* hasta *tumbas blanqueadas*, desde *hipócritas* hasta *ciegos*, para que veáis si es cierto lo que yo dije desde el principio que a Ése había absolutamente y por cualquier medio que hacerlo callar. ¡Ese elenco quedará! ¡No penséis que son palabras que se llevó el viento! ¡Lo he mandado registrar cuidadosamente! Y yo no seré profeta, ni pretendo ser el Mesías; pero hablando con la autoridad de Sumo Sacerdote y Jefe religioso de esta noble y elegida nación, yo os pronostico que ese tremendo ex-abrupto contra nosotros será conocido y será comentado hasta el fin de los siglos para que sepa el mundo lo que fue Él ¡y lo que somos nosotros! Él afirma que es profeta; veremos de nosotros dos quién era el profeta, el Pontífice Caifás o el carpintero que osa adjudicarse el tremendo nombre de «*Mesiha*», que tiemblo al pronunciarlo.

De otras afirmaciones suyas en relación con otro nombre más sacrosanto y tremendo todavía, que por simple religiosidad no oso pronunciar, permitidme que las deje temerosamente a un lado, no porque dude de la autencía de ellas, pues tengo dellas información de lo más fidedigno, sino porque simplemente creo que ya invaden el dominio de lo patológico, o de lo demoníaco, que es lo mismo… Ante una afirmación como ésta: «¡*Yo y Él*… (ya sabéis el nombre que omito en estos puntos suspensivos y que la religión que represento me veda pronunciar) *somos una misma cosa*!» no tengo nada que decir sino esto: si vuestras *sapientismas* y *santismas* atenciones se enderezaran ahora todas de golpe y gritaran a coro: «Caifás, ¡eres un chacal!», yo ¿qué diría? Yo sé que no soy un chacal. ¿Tengo buen oído? Sí. ¿Qué diría pues? Nada. Pero procedería en consecuencia. Ahí tenéis una pequeña parábola.

No quiero presumir, pero para que veáis que Él no es el único que sabe hacer parábolas, permitidme que termine con un pequeño y modesto espécimen del género, o por mejor decir, de la especie, que he compuesto anoche en las horas nocturnas, entre la oración del Nisán y el sacrificio del Tosefta.

«*Semejante es este hombre a un labrador, o mejor dicho a un hombre enemigo que tomando una cantidad de semilla de trigo rabión (o candeal, que para el caso es igual) escondió en ella una pequeña semilla, la menor de todas las semillas, enteramente agradable a la vista, de acónito o bien de cicuta. No hablo de la cicuta vulgar, a lo que el vulgo llama cicuta, sino*

de la cicuta científica, que es venenosa. Sembróla, rególa, aróla. Llegó el tiempo de la siega. Sególa. Llegó el tiempo de amasar el pan. Amasóla, cocióla, partióla, comióla; o mejor dicho, comiólo. Comiólo no solamente él sino también su mujer, sus hijos, sus vecinos, sus conciudadanos y poco a poco todo el pueblo. Había veneno para reventar a un hombre, pero no para reventar a todos sino solamente para volverlos locos. Volviéronse locos todos, como es de suponer, empezaron a agarrar el freno con los dientes, a cocear, piafar, a charlar, a hacer corrillos unos con otros y a incendiarse mutuamente. Vino otro pueblo más poderoso y armado, que estaba justamente ocupando este pueblo despreocupado, dócil y sencillo, ¡demasiado sencillo!, y viéndolos a todos enloquecidos, los pasó a cuchillo, arrasando su ciudad a sangre y fuego. Y no quedó de aquellas sencillas gentes, por no hacer caso de sus sapientismos y santismos padres y doctores, piedra sobre piedra…».

Este hombre es soberbio, desobediente, sedicioso, sacrilego, hipersensible, tergiversador, despreciador de la Ley y de sus representantes en la tierra; *poeta* en una palabra, y por consiguiente, *peligroso*, con lo cual volvemos, después de un círculo triunfante, al punto de partida. Vosotros estabais discutiendo los hechos; yo no discuto los hechos: yo voy al carácter ontológico, voy de un golpe a lo más profundo. Vuestras *sapientismas* y *santismas* atenciones no saben de qué se trata: no ven que ES PRECISO QUE MUERA UN HOMBRE.

PARA QUE SE SALVE TODO EL PUEBLO.

Esto es lo que quería y DEBÍA decir. Sin embargo, queda una palabra de apéndice, innocua en el fondo, si me prestáis vuestras *sapientismas* y *santismas* atenciones. Alguien ha dicho, no sé si fue Nicodemo o José de Arimatea (pero lo sabré), en fin, he oído con toda claridad (tengo fino el oído) hace un rato esta frase: «*La clave del carácter de este hombre puede ser muy sencilla: Él es lo que dice ser. Hay que considerar esa posibilidad*».

Señores; honorables miembros del Santo Sanedrín, *sapientismas* y *santismas* personalidades las más grandes que han existido desde Moisés acá: esa frase casi me aniquila; con perdón de la palabra, me despatarró todo el discurso tan cuidadosamente preparado, que esta mañana al repasarlo lo sabía como agüita ¡y de repente no recordé ni fósforo!

Pero una fuerza misteriosa me dio vigor para levantarse y mi ánimo se irguió como un águila poderosa. Y esa fuerza me dictó una palabra, una palabra sola, que está en estos momentos en todos nuestros *sapientismos* y *santismos* labios y en vuestros divinizados corazones.

Esa palabra ya la habéis pronunciado, ya la oigo musitar en torno mío como el bisbiseo del trigo maduro entre amapolas; pero quiero que todos juntos la pronunciéis en voz alta, en una común y tonante aclamación de vuestra religiosidad y vuestro patriotismo intachable.

—Gritad conmigo:

—«¡IMPOSIBLE!».

—«He dicho».

Aplausos, clamores, vivas aprobaciones en los bancos de la mayoría. Algunos sanedritas se levantan y felicitan efusivamente al orador, el cual se seca el sudor y se suena las narices.

Toda la asamblea está de pie poseída de una intensa agitación. Silba afuera la tempestad y en un cuarto vecino aúlla un perro. Parpadearon los candiles como queriéndose apagar.

Salen Nicodemo y José de Arimatea con las cabezas gachas. Dícele éste a aquél:

—¿Qué hacemos?

—No hay nada que hacer.

—Pues habría que hacer algo.

—Despreciarlo. Hay que despreciar la maldad. La ignorancia merece desprecio y la maldad siempre tiene una buena dosis de ignorancia.

—Me pregunto qué habría dicho el Rabbí de Nazareth de hallarse aquí presente.

—Nada.

Parábola del Deudor Desaforado

(Mateo 18, 21-35).

El Rey Ibn Harún. —Jamás en mi vida un súbdito me ha dicho cosas tan descaradas; y menos una esclava. Válgale que estoy en la cama.

Esclava. —Lo que hay es que no aprecio mi vida en un comino.

Primer Eunuco. —Hace rato que estoy viendo que el Sha de Persia está cambiado y es otro; pues no ha mandado todavía decapitar a esta mujer descomedida. Será la enfermedad.

Rey. —Llama de inmediato a los seis hombres de guardia. ¿Estabas impaciente, eh?

Esclava. —¿Me hará decapitar Su Majestad?

Rey. —No se mueva de allí. No te muevas, quiero decir. Ahora vosotros (*a los guardias*) atención: tomad al Primer Eunuco y cortadle la cabeza; y me la traéis de inmediato en un plato.

Eunuco. —¡A mí no! ¡A esa mujer! ¡Se equivocó Su Majestad! ¡Oigame Su Majestad! (*Prosigue gritando mientras lo sacan por fuerza*).

Rey. —Decía que era un deshonor que yo soportara a esta esclava enfermera. Él era el único testigo de ese deshonor. Así que ahora se acabó el deshonor.

Esclava. —Lo mismo que procedió con mi padre. He ahí lo que le dije antes. Es arrebatado, desaforado y exagerado. En el término de una hora pasó de la máxima clemencia al máximo rigor. ¿Así, cómo no va a estar enfermo?

Rey. —Así deben ser los reyes, niña. Por lo menos así fue mi gran antecesor Harún Al Raschid.

Esclava. —Mi padre en la cárcel para toda la vida y ultra, mi madre muerta, mis dos hermanos sirviendo en las minas, todos vendidos como esclavos…

REY. —No sabía que hubieses parado en esclava mía y me alegro de saberlo…

ESCLAVA. —No suya, Majestad. Esclava del cocinero del mayordomo del Primer Eunuco del Gran Vizir de su Majestad. Esclava *médica* o curandera.

REY. —Es lo mismo. Me curarás de todas maneras, y te recompensaré… a mi manera. Estos retorcijones de vientre cada madrugada no serán nada, pero me impiden llevar adelante el Gran Plan Quinquenal.

ESCLAVA. —Mi padre en la cárcel para toda la vida y ultra…

REY. —Ya lo has dicho, niña. Me debía diez mil talentos. No hago más que cobrarlos de acuerdo a la ley. No hay un solo punto ilegal en todo ese episodio. Procedí en mi derecho y en la ley.

ESCLAVA. —Un ataque de ira inconcebible. No es de humanos una ira tan desproporcionada. ¿Qué hizo mi padre? También estaba lo que hizo enteramente en la ley. El episodio es célebre ya en todo el mundo. Los griegos dicen que es falta de «*sofrosyne***[10]**» y sobra de «*hybris***[11]**», que para ellos es el peor pecado. Los hebreos lo saben de memoria, un Rabbí dellos lo ha puesto en estilo y lo recitan, una esclava hebrea que está en la cocina, Raquel, me lo ha recitado. Mi padre no hizo más que cobrar legalmente, lo mismo que hace su Sacra Cesárea Real Majestad…

REY. —Quiso cobrar con violencia y compulsión cien dinares a otro sátrapa, después que yo le había perdonado a él del todo una deuda de diez mil talentos de plata, refrendada por los jueces.

ESCLAVA. —¿Pueden los siervos ser iguales al Rey?

REY. —Sí. Deben imitarme a mí y ser perfectos como yo soy perfecto, y usted es… y tú eres perfecta. Ya saldrá tu padre… cuando haya pagado el último óbolo.

ESCLAVA. —¿Cómo? La venta de sus bienes y toda su familia, no dio más de cuatro talentos.

REY. —Le descuentan un dinar por día de trabajos forzados. Y cuando no quiere trabajar le clavan agujas o le dan de palos, no sé. Es un hombre avaro; y eso es lo más difícil de curar que existe.

ESCLAVA. —Si no mienten estos números que tengo, pagando a un dinar por día, que es efectivamente lo que gana un peón hoy trabajando todo el día, pagará diez mil talentos de plata al cabo de… un millón seiscientos sesenta y siete mil cuatrocientos días.

REY. —Exacto. ¡Cómo se ha reído y esponjado mi pueblo cuando el juez leyó el cálculo! Ha sido un insigne escarmiento de los coimeros. Por su

descuido en la administración de su satrapía y por su angurria de dinero, esa suma enorme debe al Tesoro: todos los funcionarios a coimear y concusionar, y él, el primero. Cuando le perdoné toda la deuda, creí hacer un hecho popularoso, más grande que los de Harún Al Raschid; pero al ver cómo se portó con su consiervo, hice el hecho al revés —y es exactamente igual mi gloria. Pues así se porta Ormuz el Creador, con los hombres, loado sea su nombre.

ESCLAVA. —¿Cómo se porta?

REY. —Si perdonan a sus consiervos, les perdona Él, loado sea su nombre. Y si no, no.

ESCLAVA. —¿Cómo lo sabe Su Majestad?

REY. —Es una impresión que tengo hace tiempo, aunque no está en el Zend-Avesta. Lo debo de haber oído a alguien, no sé.

ESCLAVA. —Curioso. Lo mismo dice la hebrea Raquel, y dice que lo dijo el Rabbí que ahora predica allá, y que es un Rabbí que hace milagros.

REY. —Me alegro, porque así estaré seguro. En mí es una conjetura solamente. He mandado emisarios allá a invitar a ese Rabbí a venir a mis Reinos. Según dicen, es el mejor rimador de «*maschals*» y «*yazidim*» que nunca ha existido; poemas religiosos, parábolas, vamos. Ya recuerdas que mi Gran Plan Quinquenal comprende también la recopilación científica de todo el *folklore* semita.

ESCLAVA. —¿Qué es eso… *folklore*?

REY. —Es el estudio científico de la manera peculiar que tiene cada pueblo de expresar su idiotez. Pero hoy ese estudio está en boga y un Rey moderno debe fomentarlo. Por lo menos, así dicen los letrados.

ESCLAVA. —El sentido común hay que fomentarle a Su Majestad. Oigo los gritos del Primer Eunuco. No hay derecho de matar a un hombre por…

REY. —Es raro que todavía no lo hayan decapitado. Quería él hacerte… haceros… hacerla decapitar a ti… a usted. Estaba celoso de tu privanza, que no derribara la suya; la cual desde mucho ha no existe. Te acusaba… me contó cosas calumniosas.

ESCLAVA. —¿Qué cosa?

REY. —Cosas calumniosas.

ESCLAVA. —Pido a Su Majestad le perdone. Ahora se verá mi privanza, y el poder de la piedra bezoar.

REY. —No cumple a un Rey cambiar de decisión cada momento como taravilla. No es prudencia.

ESCLAVA. —En el caso de mi padre cambió el Rey de decisión en un momento como taravilla.

REY. —Era otro caso. La primer virtud de un gobernante es la prudencia; pero la segunda virtud de un gobernante es la IMPRUDENCIA. En aquel caso, yo podía mostrarme como un dios. Hoy día con esta «democracia» que han inventado, la gente duda que los reyes seamos dioses, y aun que tengamos autoridad venida de Dios. No hay más remedio que proceder así. Yo todo lo que hago, lo hago en orden a mi gloria.

ESCLAVA. —¿Y el amor?

REY. —¿Qué amor?

ESCLAVA. —El amor al pueblo…

REY. —Ésa es la primera de mis glorias: obtener el amor de mi pueblo. Pero ningún Rey puede ser amado del pueblo si primero no es temido…

ESCLAVA. —¿Primero? No puede ser. Del temor nunca nace el amor.

REY. —Al mismo tiempo, quise decir. Tienes razón. Tienen que amarlo y temerlo al mismo tiempo; es decir, amarlo como a un Rey, no como a un cualquiera.

ESCLAVA. —Yo ya no le temo, oh Rey. Ni te amaré si no sueltas a mi padre.

REY. —Primeramente, vamos a ver ese remedio de la piedra bezoar. Primero quiero ser curado.

ESCLAVA. —¿No has pensado, oh Rey, que yo puedo poner en el agua hirviendo la piedra bezoar; o puedo poner cualquier piedra innocua; o poner la hierba *balchith*, que es veneno?

REY. —¿Eso puedes hacer?

ESCLAVA. —Perfectamente.

REY. —Por mucho menos que por decir eso, muchos han perdido la cabeza.

ESCLAVA. —Córtamela, pues. Yo no nací para esclava.

REY. —No me tutees. ¡Eh guardias, aquí! —¿De modo que no temes nada? Eh, capitán ¿dónde está la cabeza del Primer Eunuco, que mandé traer?

ESCLAVA. —Por favor, no entren eso aquí.

REY. —¿Estás temblando, eh, pequeña?

GUARDIA. —Señor, según la Ley tiene un día de tiempo para arreglar sus cuentas con Ormuz. Ahora está con los sacerdotes. Esto lo mandó el Sumo Sacerdote.

REY. —Anuncie al Sumo Sacerdote que perdono la vida al reo, y le doy

la libertad. Así por lo menos no mandará el Sumo Sacerdote más que yo. Denle algo para que viva hasta que encuentre trabajo. Jefe de mi Casa y Corte ya no puede ser. En el nombre de Ormuz.

GUARDIA. —Será cumplido. Loor a Ormuz. Mil años de vida a Su Majestad.

REY. —Y la compañía…

GUARDIA. —¿Majestad?

REY. —Y la compañía, se dice.

GUARDIA. —¡Y la compañía!

REY. —Y la Regia Consorte, se dice.

GUARDIA. —¿Majestad? No entiendo.

REY. —Es mi voluntad contraer bodas el próximo Nisán con la persona aquí presente, a quien desde hoy llamará Ud. Reina… Y hará Ud. proclamar esta decisión mía esta tarde misma.

ESCLAVA. —No me casaré con su Majestad, así me costara la vida, si no se pone en libertad a mi padre.

REY. —Tu padre, Zoraida mía, saldrá libre el día del casamiento. Trampitas, no. Pues no es decente tampoco que el suegro del Sha de Persia esté en la cárcel por deudas… un millón y pico de días.

GUARDIA. —¿Ratificación?

REY. —Todo ratificado, en el nombre de Ormuz. El Canciller que lo ponga por escrito rápido y al galope. ¡Sús! ¿Qué está haciendo allí con la boca abierta, mirando a esta esclava? No es linda, pero yo la quiero.

ESCLAVA. —He aquí la esclava de mi Señor, hágase en mí según tu palabra.

REY. —Por lo menos puede que me cure el dolor de vientre. Que uno es un dios, es cierto, pero tiene tantas cosas de hombre…

Parábola del Hijo Pródigo

(Lucas 15, 11-32).

Mayordomo. —¡Sientensén, por favor, si hacen el servicio! ¡Que estorban todo el servicio!

Tío magañas, Tía Semiramis, Las Tías Hebe, Elvira y Evelina, Las Primas Rosa, Rosina y Rosaura, El Capataz, Los Tres Coristas, y Demás Parientes y Convidados, a coro. —¡No queremos! (*Están en grupos alrededor de la mesa escombrando a los sirvientes que entran con fuentes de asao-con-cuero, fuentones de fruta, empanadas de pollo, chinchulines, pastelitos y alfajores, carretillas de chorizos, soperas de dulceleche, cajones dulcemembrillo, jarrones de tinto, y bateas de buñuelos en almíbar;… pero se van sentando sin querer de a poco*).

Tío Magañas. —¡Éste es un país de porquería, no me digan! ¡Los ingleses son gente, nosotros no somos gente! ¡Éste es un país de basura, sacando esta estancia «La Vernal» y sus dependencias! ¡Éste es un país de miércoles, sacando todos los aquí presentes! ¿Dónde está tu hermano mayor, vamos a ver?

Tía Semiramis. —¿Y dónde está Don Pepe y el chico, a todo esto? ¡Calláte, Rosaura! ¿Qué andás ahí arrastrando sillas?

Mayordomo. —El chico se está dando un baño, que buena falta le hace, *anque* el padre le puso el vestido de gala, las sandalias de cordobán y el anillo al dedo, no está de más un poco de jabón y colonia, digo yo. ¡Cómo que venía! Había que ver.

Capataz. —¡Desastroso! ¡Astroso! ¡Pulguiento! ¡De no *conocélo*! ¡Yo ni de cerca lo conocía más!

Mayordomo. —Y el padre lo conoció a 100 metro. Y desde la torre. Todos los días oteaba desde la torre.

CAPATAZ. —¡Qué cien! ¿Cien metro? ¡Dende cuadra y media lo vio venir y se tiró abajo como rayo! Yo seguí de atrás. Hubo ahí una *ecena* que no te digo. A toda furia me mandó aquí corriendo a disponer la comida y las invitacione.

MAGAÑAS. —¡Qué Hilario éste, el chico! Lo consintió mucho el padre de que nació después de muerta la madre; quiero decir, al mismo tiempo. Al grande, a Severito, meta soba; pero a éste lo consintió. Ansí dicen, almeno. Lo vide pasar por mi rancho, y le hice la cruz, de fierazo que venía; creo que debe de haber agarrao hasta la petiteverole.

TÍA HEBE. —¿Qué ez ezo, tío?

SEMIRAMIS. —La chirlismirlis.

ROSINA. —¿Qué es chirlismirlis, mama?

MAGAÑAS. —¡Nada!

SEMIRAMIS. —Tenías que salir vos con tus zafeos, Magañas.

ROSAURA. —¿Qué es zafeo, tata?

SEMIRAMIS. —¡Una cosa que no deben saber las niñas!

MAGAÑAS. —Como le iba diciendo, en Iglaterra usté deja a la puerta hasta un anillo de diamante y nadie se lo toca; y aquí usté deja una botelleleche, y se la roban, anque sea vacía. ¡País de porquería!

CAPATAZ. —No diga, don. Será en la Capital. Aquí no.

TÍA HEBE. —Raíz de ladronzueloz.

ELVIRA. —País cache y cursi.

EVELINA. —No digas eso, Hebe.

MAYORDOMO. —No es eso. Es la *costumbre*. En Inglaterra están nomás *acostumbraos*. Si aquí agarran al primer *pulítico* que roba y lo cuelgan de un arbo, verán como la gente se *acustumbra* a no robar. Falta escarmiento, hay que volver a los tiempo e Rosas. Allá están ya *acustumbrao*. Si aquí agarran al primer *pulítico*…

MAGAÑAS. —¡Alto! ¡Eso no! ¡Peligra no quedar ningún político!

SEMIRAMIS. —Aquí somo demasiao *güeno*. Pa mí, este Don Pepe es demasiao *güeno*. Mire que *recebilo* al Hilario, *dimpués* lo que hizo, sin un mal reto ni nada. ¡Como si *juera* un rey!

CAPATAZ. —¿Reto? Le echó los brazo al cuello, y no lo dejó tan siquiera arrodillarse. El chango se quería arrollidar. Pobre chango. Ni hablar lo dejó. Y mire que asigún dicen ha andao mal el muchacho ese. ¡Lo que no se ha dicho en el pueblo!

MAYORDOMO. —Ésta es cosa nunca vista, como pa que la cante un bardo.

EVELINA. —¡Qué bardo! Ésta es cosa de Dios. Mi hermano Pepe es un varón de Dios.

MAYORDOMO. —Sindudamente usté le hizo una novena a santa *Nicomedia*, doña Evelina, hablando con respeto.

EVELINA. —No seás pavote. Yo les muestro a los *tiristas* la capilla de santa Nicomedia como sacristana que soy, y les cuento el milagro de los pumas convertidos en bichocanasto, y toda la vida de la santa, pero no creo nada. Aquí no creemos más que en Dios; en la Capital que crean lo que quieran. Hilarito era un muchacho polvorilla, pero creía en Dios.

MAGAÑAS. —¿Y el mayor, ónde anda? ¿En el campo todavía? ¿No le habrán avisao?

SEMIRAMIS. —El mayor sí que es serio.

HEBE. —Zeverito ez un zanto y un encanto.

EVELINA. —No diré tanto; pero por ahí le anda, pa qué vamos a hablar.

ELVIRA. —¡Es un santazo! ¡Es un dotor! ¡Es un hombre cultivao! El otro con sus chistecitos le gana el corazón al padre ¡pero éste trabaja! No me digás que no, Evelina… ¿Eh, Semiramis?

SEMIRAMIS. (*A Rosaura*). —Como te iba diciendo, tuve un perrito que se llamaba Goliat; pero me dijeron que en la Capital hoyendía les ponían a los perritos nombres ingleses; y entonces yo le puse «Píquilis Mánguilis»…

ROSAURA. —¿Y?

SEMIRAMIS. —Y resulta que después el perrito, lo llamabas, y no venía ni de una ni de otra forma…

ROSAURA. —¿Y?

SEMIRAMIS. —Y esto es lo que ha pasao aquí con estos dos hermanachos, y con este Pepe mi cuñao que se cae de güeno, o lo que va a pasar, que me la güelo. El otro anda enrritao. Ésta es mi *maschal*.

ELVIRA. —Y en este país cache pasa lo mismo.

ROSAURA. —¿Y?

MAGAÑAS. —Semiramita, siempre te he de decir que no saques «*maschales*» incomprensibles.

ROSAURA. —¿Qué son *maschales*, tata? ¿Lo pueden saber las niñas?

MAGAÑAS. —*Maschales* son parangüenes, o sea, comparanzas o semejanzas. Como los que hace el Bardo.

HEBE. —Ahí anda fuera. No hay fiezta zin bardo. ¿Porqué no lo hacen dentrar?

ROSAURA. —Primero que dentre el bardo, que anda esperando al patrón y al otro… ni digan nada, le he puesto al Dóminus Vicente Alonso

la silla con la pata suelta…

HEBE, ELVIRA Y EVELINA. —¡Rosaura!

ROSAURA. —¡Dejelón! ¡Me debe una!

ROSINA. —¡Y a mí otra! ¡El pajarón! Se cree porque es autoridá…

BARDO. —(*Entrando*) Salud a la estancia «La Vernal» y toda la compaña. Ya viene Don Pepe con la autoridá.

MAYORDOMO. —No anden pellizcando las cosas, hasta que no dentre la superioridá no toquen nada.

TODOS. —(*De pie*) Salud al ilustre bardo. Bienvenido. Menos mal que lo llegaron a encontrar. ¿Por qué no nos recita una *maschal* pa pasar el rato? ¡Eche! El Patrón se demora de más. Son como las dos. No damos más.

BARDO. —Es mejor al final de la comida, cuando estén todos. Disculpen. Yo quiero comer.

TODOS. —¡Eche! ¡Una al final y otra ahora!

BARDO. —¿Qué quieren oír? Al fin uno está pa servir a la ciudadanía.

EVELINA. —Una comparanza de Dios.

MAGAÑAS. —Una historia de chiste.

SEMIRAMIS. —Un cuento de amor.

ROSAURA. —Un sucedido de ladrones.

HEBE. —Un zucezo de *espeutroz*.

BARDO. —Los voy a decir una *hestoria* que acabo de inventar sobre la virtú de la envidia.

CAPATAZ. —Centinela alerta, que llega el Patrón con el Hilario.

MAGAÑAS. —¡Sollevátevi fermi, ferm! (*Todos de pie*).

TODOS. —¡Viva Don Pepe! ¡Viva el Hilario! ¡Viva la patria!

DON PEPE. —¡Sedétevi súbito víprego! (*Se sientan*). A comer, caros parientes, que es tarde. Sin cumplimientos, caduno coma lo que más le guste, y como en el banquete del Rey Asuero, hasta que no de más. Hijo Hilario, aquí a mi lado.

DOMINUS ALONSO. —Ta pesao el día. ¡La pucha, que pesao anda! (*no se hubo sentado que se le da vuelta la silla y se va patasarriba*).

TODOS. —(*Levantándose y cantando*) Alonso, Alonso, Alonso. —Cuanto más grande, más sonso…

HILARIO. —Déjen, no sean bárbaros. ¿No ha sido nada, Don Vicente? Las sillas, que andan mal. Como yo no más.

DOMINUS ALONSO. —El mate de algunas que yo me sé, que anda pior. Me voy, Hilarito. Mate rajao son tus primitas.

HILARIO. —Por favor, comesario, siéntese al lao de padre. Yo me voy al último lugar. Dejen esa silla pa Severo, no, la rota no. Yo me voy al fondo, al lao de tía Hebe.

ROSA. —Al lado mío.

ROSAURA. —Me desprecia.

ROSINA. —Me sentaré al frente dél. Quién sabe.

MAGAÑAS. —Parece mentira que te veo de nuevo, Hilarito. Tantos años. Ya voy pa viejo. Por supuesto que no fue tanto como contaron, jamás creí lo que dijeron.

HILARIO. —Fue mucho pior, tío. Pequé contra el cielo y contra mi padre; y no soy digno más de llamarme su hijo.

DON PEPE. —Hijo, te he dicho que eso está dicho y no se repite… Asunto terminado. Lo pasado, pisado.

HILARIO. —Por última vez, Padre, pero en voz baja y para mí, lo diré siempre. Lo peor de todo que hice fue no considerarlo a usté. Ceguera. Yo no sé qué me dio.

SEMIRAMIS. —Todo es bien lo que acaba bien, Hilarito. ¿Y será cierto lo que dicen? ¿Qué te juiste hasta el Brasil, te hicieron cuidar chancho los cambá, y te mataban de hambre, que ni de las algarrobas de los chancho te podías enyenar?

MAGAÑAS. —Eso yo no lo creo, porque ¿quién te privaba de robarlas de la ración dellos?

HILARIO. —Aunque no lo crea, ansí fue, tío. El hambre no era lo pior, lo pior fue mi conducta. Y el Cambá Grande no era pior que yo. Cómo fui a parar a ese punto, ni lo sé. Poco a poco me fui refalando y ensuciando, como gallina en barrial.

MAYORDOMO. —Pero sírvase nomás, Don Hilario. No me va a decir que no va a comer más que eso. Un plato de carbonada.

HILARIO. —Y una empanada y un durazno, nada más.

MAYORDOMO. —¡Pero… aquí hay de todo! ¡Y ésa es la comida de un pión! ¡El patrón noj ha dicho que usté vuelve a ser patrón!

HILARIO. —El estómago…

MAGAÑAS. —(La atrapó no más, ya lo dije). Y a todo esto *¿onde* anda Severito?

DON PEPE. —Ya vendrá si quiere. Y si no, lo iré a buscar. Viene en camino.

CAPATAZ. —Lo dejé hablando con el Ñato ahí ajuera, al lao la banda… ¿No está tocando demasiado juerte la banda? Pa mí, que ya viene.

SEMIRAMIS. —Paren la banda, que el bardo aquí nos estaba por cantar una *maschal*; si lo permitís, Hilarito. Ya sabemo la gracia deste Leopoldo Bard: se hace de rogar, pero hace reír. Y entretanto, comemo. Despué, charlamo.

BARDO. —Es medio largona. Silencio entonces. ¿O no queréis que vos recite?

TODOS. —*Vos* escuchamos con la atención que vos *queristeis*.

BARDO.

—«Medio muerto,
Un caminante andaba por el desierto,
Sin sombra, sin hierba, sin agua,
Ardiente la arena como fragua.
Se topó con otro caminante
Y le preguntó anhelante:…».

CAPATAZ. —¡Lindo va! Conozco el disierto la Puna…

BARDO. —No interrumpir ustedes, que estoy enayuna. Ahora ¿sigo sin rima o nada? Que no tuve tiempo *entavía* de ponerlo en cadencia…

TODOS. —¡Como sea!

BARDO.

—Un caminante andaba por el desierto, sin sombra, sin agua y medio muerto, se topó con otro caminante, y le preguntó anhelante: «¿Qué anda haciendo un hombre por aquí?», y el otro le dijo: «No puedo soportar la vista de los hombres, y no porque me hayan hecho ningún mal, sino simplemente por los bienes que se hacen unos a otros…». «Lo mismo me pasa a mí», dijo el uno, y siguiendo su errabundia toparon a un tercer que les dijo él era peor que ambos juntos, y así decidieron caminar juntos y se juraron eterna unión.

Héte aquí que andando y andando se toparon con un gato lleno de oro, o sea billetes de a mil que Dio sabe qué Cajero de Banco se había olvidado; y decidieron hacerse tres partes, y volver a la ciudad a darse buena vida. Pero en ésas dijo el primero: «Este dinero no hay que dividirlo, porque si no lo gastamos, no sirve de nada; y si lo gastamos, después nos hallamos igual o peor que antes», y éste se llamaba Nyagarasa; mas el segundo, que se llamaba Kruppas, les dijo: «No hay que dividir este dinero, porque así como está es algo; pero en tres partes se vuelve nada». Y el tercero asintió y dijo: «Mejor se vuelven ustedes dos a la Ciudad, y se traen unos dados

para jugarlo, y yo me quedo aquí cuidándolo, que al fin yo fui el primero que vido la bolsa».

Se pusieron a discutir quién cuidaba el dinero, y se pasaron así tres días y tres noches sin comer ni dormir, hasta que sobrevino el Rey de aquella Ciudad que andaba a caza con cazadores y criados, y oyendo el caso no lo creyó, y dijo: «Esto no puede acontecer». A lo que repuso el tercero, que se llamaba Cayetano: «Sacra Cesárea Real Majestad, lo que pasa es que estamos enfermos de Envidia». «¿Qué es Envidia?», preguntó el Rey. «Es una enfermedad que ve lo que no hay, y no ve lo que hay», repuso Cayetano, y el Rey se rió no poco de la definición, y les dijo: «Ahora bien, yo quiero ser el doctor de esta enfermedad; pero para eso necesito que se declare el grado en cada uno, délla, para emproporcionar el remedio».

Forzados a ello, se adelantó Nyagarasa y dijo: «Yo, Majestad, soy tan envidioso que me da rabia hacer bien a otro». Y Kruppas dijo: «Yo, Majestad, soy tan envidioso que me da rabia que otro haga bien a cualquiera». Mas Cayetano dijo: «Majestad, yo les llevo quinto y tercio a los dos; pues soy tan envidioso que me da rabia incluso que me hagan bien a mí mismo».

Reflexionó el Rey y sentenció diciendo: «A este primero que no puede dar, se le cortarán las dos manos; y a este segundo, que no puede ni ver dar, se le sacarán los dos ojos; mas al tercero, no sé que remedio darle». Reflexionó otra vez, y dijo: «No hay castigo en todo el mundo universo proporcionado a esta envidia, por lo cual dispongo que ella mesma sea su propio castigo».

Y así mandó desterrar a Cayetano a otra Ciudad, donde eran los habitantes tan corteses, generosos, dadivosos, abiertos y nobles, que lo colmaron de dones, dádivas y presentes, con lo cual se murió de rabia, porque se le reventó la yel.

Ésta es la fábula que le contó a la Leona su Hijo; y ella dijo: «¿Qué saben ustedes de las costumbres de los hombres?». Respondió el Leoncito: «Es que cuando estás fuera a buscar presa, inventamos cuentos imaginarios que nos dan excitación, y nos ponen los pelos de punta». Dijo la madre: «No me gusta nada que los chicos anden con cuentos, y menos de aparecidos y fantasmas». Dijo el Cachorro: «Peor es contar historias verdaderas; y así nosotros inventamos fábulas». Dijo la Leona: «No me parece ocupación para chicos bien educados: la fábula es un género prosaico y pueril». Dijo el Chico:

«Peor es nada». Mas la Leona les prohibió que de aquí en adelante inventaran fábulas…

TODOS. —¿Y así acaba?

SEMIRAMIS. —No entiendo el final.

ELVIRA. —¡Yo no entiendo nada!

CORISTA. —Cuentos de envidias, mejor aquí ni mentarlos.

CORISTA 2º. —Lo ha hecho adrede.

EVELINA. —Callar ustedes, no sean malignos; hoy es un día de Dios; ruindades afuera; verán que el Severo se conduce bien.

CAPATAZ. —Ahí está el Severo su hijo, Patrón. A la puerta.

DON PEPE. —¿Por qué no dentra? Lo voy a buscar. Sigan ustedes.

CORISTA. —¿Cantamos el canto del tío Patruelo cuando fue a su viña? Es de los Cantares.

DON PEPE. —Aguarden que dentre mi hijo el mayor. ¿Por qué no quedrá dentrar?

ROSAURA. —Para decir la verdad, este padrazo es buenazo por demás. Es padrazo. No me gusta el varón demasiado bueno, ¿eh Comesario? No se vaya ahora, Comesario.

ALONSO. —¿No va a venir el Sacerdote? Yo me tengo que ir. Quería hablarle al cura. De no venir el cura, me voy yendo.

EVELINA. —No se vaya, Comisario. No va a pasar más. Fui yo que me descuidé. No le miento.

HILARIO. —Pa mí, que me habían puesto la silla chueca contra de mí, dejuro. Son tremendas estas primitas.

LAS TRES. —¡Hilarito! ¡Eso ni sueñes! ¡Qué decís! ¡A vos!

HILARIO. —Yo lo merezco por bellaco, prima Rosa. La pagó usted esta vez, Comisario.

ALONSO. —¿Y el cantito, eh? ¿El cantito, para quién era, eh? *A mí* me han puesto la silla renga, y yo sé por qué; y no se la van a llevar de arriba, no. La silla renga. No.

DON PEPE. —(*Entrando, trae abrazado por la cintura Severo, el mayor*) Todo esto es tuyo, hijo, y aquí sos el patrón.

SEVERO. —No parece. Aquí el patrón es otro. Ése es el de la boda, que duerme con la novia.

ROSAURA. —Sentáte aquí a mi vera, Severito. A la cabecera.

SEVERO. —Aquí no más *mei* sentar, y la cabecera que quede vacía.

SEMIRAMIS. —Te han cansao en el campo, sobrino.

SEVERO. —Y si no me canso yo, ¿quién lleva adelante todo esto, tía?

Diga que a uno no lo consideran.

DON PEPE. —Siéntate, hijo, y descansa. Siéntate donde quieras. Hoy es día de gran alegría, que no hay muchos en la vida. Cuando te oferten la vaquita, corre con la soguita.

SEVERO. —Es día de gran alegría. Para usté, ya se ve. Para todos los parientes, no lo niego. Para mí, la alegría es el trabajo.

EVELINA. —Tu padre quiere parecerse a Dios, Severito. Así hace Dios cuando un pecador se arrepiente. Sentáte.

SEVERO. —No comience a endiosarse, tía Evelina, que me da en los nervios. Sé quién es Dios. Dios es justo. Aquí se ha matado la becerra gorda, que me daban seis sueldos por ella, y tal vez más. ¿Es justo eso?

DON PEPE. —Un día al año, no hace daño. Dios nos ha dado abundancia, hijo, y es justo agradecer. El dar es un modo de agradecer a Dios. Sino, el dinero se amontona de balde. No lo vamos a llevar a la otra vida.

SEVERO. —Usté da, señor, y yo acreciento. Dar así, es lindo. Todo lo que yo trabajo va a los ajenos. Si no fuera por eso, en estos tres años que faltó

Ése-ahí,

hubiera triplicado la hacienda. El dinero no viene solo.

DON PEPE. —No, hijo, ahí te equivocas. Viene solo. Cuando hay dinero, viene no sé por qué más dinero a juntarse al otro casi solo: y esa plata, es de los pobres.

SEVERO. —Puede que así se vuelva aquí sólita la mitá de la hacienda que se ha gastado

Este-otro

retozando con… cualesquiera.

HILARIO. —¡Cualesquiera! No, eso no es verdad, hermano.

ROSITA. —(¿Qué son cualesquiera, mama?).

SEMIRAMIS. —(¡Son colifatas!).

ROSA. —(¿Qué son colifatas, tío?).

MAGAÑAS. —(¡Lo que no deben saber las niñas!).

HILARIO. —Hermano, ya se lo dije a nuestro padre, y ahora lo repito: gasté todo lo mío, que no era mío, la mitá *elo* que dejó mi madre, viviendo alocadamente; ahora no quiero nada más, y he renunciado a toda herencia. Yo aquí ya no soy hijo, sino jornalero —el último dellos. Si me lo permiten.

SEVERO. —(*Sin oírlo al padre*) ¡Jamás me has dado ni un cabrito para merendar con mis amigos!

DON PEPE. —Nunca te ofrecí, porque aquí todo es tuyo, hijo Severo; y los compañeros con que te juntas, no son amigos de merendolas ni de cabriolas. Por eso.

SEVERO. —Señor, son amigos del trabajo y del ahorro. No, no son amigos de burdeles. Ni yo tampoco. Jamás he transgredido ni uno sólo de sus mandatos, señor, y no hay nada que puedan echarme en cara.

SEMIRAMIS. —(Aquí exagera).

MAGAÑAS. —(Si yo quisiera hablar…).

EVELINA. —(El padre se ha callado).

ROSAURA. —(Me gusta porque es justo. Es un hombre serio).

ROSITA. —Hablen. Nadie habla. Ha pasao un ángel.

CORISTA. —(*Por desviar la conversación… o reanudarla*) Es cierto, Don Magañas, es un páis muy atrasao. Mire lo que le pasó al Chango Armesto, el amigo de éste.

CORISTA 2º. —No me hagan acordar. El Chango tuvo un accidente de moto, y lo yevaron al Hospital Melitar, no por nada, y solamente porque estaba más cerca. ¿Quedrán creer que dos horas estuvo traspuesto abajo una manta, y porque era cevil y no melitar, y había que firmar no sé qué papeles? Y a las dos hora güelve en sí mesmo, y encomienza a llamar al sacerdote, y para que lo saquen de ayí. ¿Quedrán creer que otras dos hora tardó la ambulancia, y a causa de otros papeles? Bueno, pudo perder la vida: no perdió más que una pierna. Y se los juro por esta cruz. Que me caiga muerto.

MAGAÑAS. —En Inglaterra nunca pasa eso. Yo no he estao allá, pero aquí les voy a decir lo que hay: falta de educación, educación moderna de ésa de ahora. Se acabaron los tiempos viejos y de toda la buena crianza.

SEVERO. —Lo que falta aquí es hombría, varonía y virilidad. Y sobran borracheras y concubinas.

HILARIO. —En eso yo no falté, hermano, en todo lo demás, sí. Tengo una mujer pobrecita en Río. Se quedó sola. Me curó cuando… bueno, una vez me dieron una puñalada. Bueno, la voy a traer cuando pueda, la pobre, ahora que para mí amanece.

SEVERO. —Lo que nos faltaba: una *cambá*… y una manga de tapecitos para devorarlo todo, como langosta.

HILARIO. —Uno solo, hermano; y yo trabajaré por los tres, en lo que pueda. Con poco nos basta. Hemos pasao hambre.

DON PEPE. —Es una buena noticia para mí: un nietito.

SEVERO. —Para usté, sí. Yo, señor padre, he llegado a una

determinación.

SEMIRAMIS. —¡Ni lo cuentes, Severito! Ya sé. ¿El asunto de los dos linyeras que les metiste cepo, y están en la tapera engrillados?

HILARIO. —Yo no haré nada aquí sin beneplácito de mi hermano. Está jurao. Yo ¿quién soy?

DON PEPE. —Yo, hijo Hilario, he pensao habilitarte en el puesto «El Ombú», que domina el ejido. Trabajo no te va a faltar allí. Y como te descuidés, puñaladas tampoco.

SEVERO. —Eso refirma mi determinación. Señor padre, deseo me entregue lo que me corresponde de la herencia. En la nación del Norte hay de sobra demanda de buenos peritos granjeros y algodoneros. Allá es gente seria, no como este desgraciado país. Yo aquí no puedo trabajar ya en estas condiciones. Se me cae

l'alma

a los pies.

DON PEPE. —¡Hijo, nos quieres dejar, no me digas! ¡Y hoy me lo dices, en el día más feliz de mi vida! De sopetón, cayó Ramón.

SEVERO. —No seré el primero que lo deja, señor. Y no lo dejo para correr la garufa. Con mis conocimientos, yo puedo hacer una fortuna en donde raye, y aquí solamente alimentar ajenos.

HILARIO. —No lo creas, hermano. La propia tierra es la mejor, al final. Afuera uno es guacho. No te vayas, hermano.

ELVIRA. —(¡Qué estampido!)

HEBE. —(Ezte quiere hacer lo del otro).

ROSA. —(Mejor que se vaya).

ROSAURA. —(¡Se me va!).

MAGAÑAS. —(Se va con los puritanos de allá, sus iguales).

EVELINA. —(¡Que Dios nos proteja! Se nos aguó la fiesta. Se va a morir Pepet. Yo sé lo que sufrió la otra vez).

SEMIRAMIS. —Opóngase, Don Pepe. No le dé nada.

ALONSO. —No tiene derecho a un cobre… *nisi mortuo testators*. De la herencia, digo. Legalmente, quiero decir.

SEVERO. —El procurador Oreste vendrá por acá. Yo no quiero discusiones. Preparé el sulky antes de entrar aquí. Para llegar a la Capital me alcanza la plata: don Oreste me alcanzará allá. Y después… veremos.

DON PEPE. —Te pido reflexiones, hijo. No te vayas precipitadamente.

SEVERO. —¿Y el otro se fue reflexivamente, no es cierto?

HILARIO. —Hermano, cualquier cosa que pidas, nos entenderemos. No

quiero el puesto del Ombú. No quiero nada. Si quieres que me vaya, me voy. Yo aquí no merezco nada. Me basta el perdón de mi padre.

DON PEPE. —Yo no fuerzo a nadie.

HILARIO. —Por el amor de nuestra finada madre…

DON PEPE. —Yo no tengo carácter para forzar a nadie. Yo propongo y callo, dijo Bergallo. Tu finada madre te podría detener, yo no. Jamás he tenido con tu madre una palabra sobre otra. Una vez partí mi hacienda, la partiré otra vez.

SEVERO. —(Desde la puerta) Es lo justo.

ROSA. —(Se fue… ¡Mejor!).

ROSAURA. —(¡Y este otro aquí está casado!).

ROSINA. —(¡Voy que tener que aceptar al Comesario!).

EVELINA. —(Pepet calla, pero tiene el corazón partido…).

ELVIRA. —(Tiene lágrimaj en loj ojo).

DON PEPE. —Vaya con él, capataz, mi amigo. Ayúdelo, por si necesita algo. Es mi hijo.

CAPATAZ. —¡Se hizo jumo! ¡Una polvadera! ¡Tenía el sulky a la puerta! ¡Por el camino real, como remolino!

SEMIRAMIS. —Se nos aguó la fiesta, Don Pepe. Lo siento. ¡Quién había de *pensalo*! ¿Se va usté, don Pepe?

DON PEPE. —Vuelvo al instante. No se aguó la fiesta. No vengas, quedáte a atender, Evelina. ¡Coro! ¡La canción del patruelo! Siga la fiesta, yo lo mando. Vuelvo ya.

HILARIO. —Voy con usté, padre. Puede que esté por áhi todavía.

EVELINA. —Así es, Pepet querido. Y el otro volverá también. (*Salen Hilario y Don Pepe*).

MAGAÑAS. —No lo creo.

EVELINA. —¿Cree usté que va a hacer lo del Hilario, tío Magañas, que se va a dar a la farra —y quiere repetir el caso, fumarse la plata, y después arrepentirse?

MAGAÑAS. —No. Lo que creo es que éste no se puede arrepentir.

EVELINA. —¿Por qué?

MAGAÑAS. —Porque nunca peca. A éste no lo vemos más.

SEMIRAMIS. —No digas eso, viejo, que si te oye el Patrón, se muere. Mi cuñado es muy sensible. Dejále la esperanza.

MAGAÑAS. —Es el padre más bueno que se ha visto en el mundo, desde Noé. De la alegría de haber recobrao el hijo malo…

ROSA. —No, tata, no diga eso. No es ansí…

MAGAÑAS. —No digo nada. Al otro lo quiere igual. Pero el otro es demasiado justo.

EVELINA. —Nadie es demasiado justo, tío Magañas. No se puede ser demasiado justo.

MAGAÑAS. —Te digo, Evelina, que Severo es demasiado justo. Pero eso que hemos visto hoy no se ha visto en el mundo. Ni en Inglaterra.

HEBE. —¿Por qué no hace una *maschal* con ezte cazo, Bardo, que no abre la boca uzté?

BARDO. —No hago otra cosa, señora. Tres días hace que no comía… como hoy, quiero decir.

EVELINA. —No, esta *maschal* no se puede hacer, no la puede hacer Leopoldo. Le voy a contar el caso al Nazareo. Sólo Él la puede hacer.

BARDO. —¿El Nazareo?

EVELINA. —Tiene un toldito allí, contra el río, Leopoldo, a la vera la rada el Cañaveral. Anda por acá, camina y predica el Reino. Es el mejor que hace *maschales* en todo el mundo, con perdón de Leopoldo, digo *maschales* de esta laya, *maschales* de Dios; Leopoldo es de otra laya. ¡Lo oí! ¡Lo voy a oír siempre! ¡No me cansaré! ¡Algunos hasta dicen que es uno de los profetas que resucitó, que sería un milagro más grande que el de nuestra santa Nicodemia! Le voy a contar este caso al Rabbí Nazareo: este caso tiene misterio. Si le puedo hablar. No me he animao hasta ahora. Le voy a contar el caso del hijo… del Hijo…

LOS OTROS. —Digamos del Hijo Pródigo. Cierto que es un caso (*De pie todos*). ¡Viva Don Hilario! ¡Viva «La Vernal»! (*Entran de nuevo el Padre y el Pródigo*).

Parábola del Capataz Camandulero

(Lucas 16, 1-13).

Dan. —¡Hola mi capataz! ¡Tanto bueno por aquí! ¡Dichosos los ojos que lo ven!

Capataz. —Metámonos, que anda por aquí el amadísimo… adentro.

Dan. —¿El cuñado del Patrón? No quiero ni verlos más. El Patrón es un sinvergüenza…

Capataz. —No crea. El Patrón es muy inteligente. Sólo que es medio *sorpresivo*… caprichoso, bueno.

Dan. —Sólo que a Ud. lo echó y a mí también; y a Leví y a Efraím, aunque ésos lo merecían. ¿Y que andará haciendo éste en el pueblo?

Capataz. —Buscando trabajadores seguro. Lo vi entrar en lo de Efraím.

Dan. —Le vía avisar a Leví, que vive al lado. ¡Eh, Leví! ¿Sabés quién está aquí? Vení. ¡El capataz!

Capataz. —No grites. Ya no soy capataz tuyo, ni de nadie.

Dan. —¡Más capataz que nunca! Aquí todo esto es suyo, capataz, desde la cama al candil. Jamás me olvidaré cuando me dijo: «¿Cuánto debes? ¿Cien jehís de trigo? Escribe cincuenta…» y plantó el sello. Cincuenta yo podía pagar, a pesar de la crisis. Y después me independicé, y trabajar por su cuenta es mucho más alegre… Aunque duro al principio. ¡Leví! ¡Está el Capataz! ¿Qué quiere, capataz? ¿Necesita dinero? ¿Qué necesita? Aquí tengo licor de algarrobo, y bollos.

Capataz. —Al contrario, te tengo que dar dinero. Vendí muy bien las dos lanudas y las fanegas. Aquí está la menega, menos mi comisión, uno por seis.

Dan. —¡Pero eso no lo recibo, capataz, no tiene importancia, se queda usted con eso! Jamás me olvidaré… ¿Cómo se atrevió a hacer esa operación

con nosotros?

CAPATAZ. —Cuando supe que me iban a echar por ladrón, pruebas o no pruebas, porque no podía dar cuentas cabales, de papeles yo no sé, recobré la libertad de hacer lo que me parecía, que era lo mejor, y no lo que pensaba el otro, que parece mujer; ¡lo que a él se lé antoja, es lo mejor! La crisis apretaba, y todos los arrendatarios, aun los que podían, se habían retrancado. Con las quitas pagaron; y eso es dinero en mano. Me acordé que tenía el poder de hacer quitas; y si no lo tenía, me lo tomé.

LEVÍ. —(*Sobreviniendo*) ¡Señor Capataz! ¡Viva los hombres gauchos! ¡A sus plantas rendido un león! La tuve que parar a mi mujer que quería venir a conocerlo. «¿Cuánto debes? ¿Sesenta barriles? Toma la pluma y escribe cuarenta». Jamás se ha visto en el mundo caso igual. Nosotros queríamos volvernos locos… Justo cuando teníamos el agua al cuello.

DAN. —No grites, que está el Cuñado por ahí.

LEVÍ. —Ya lo sé.

CAPATAZ. —Ustedes exageran la gratitud. Yo fui generoso con lo ajeno. Y calculador además. Me dije: «¿Ahora qué hago? Estoy embromado. Para peón soy viejo, mendigar a mi edad, primero me muero. Bueno, me haré de amigos…». Pero nunca pensé que ustedes… Bueno, los pobres son los agradecidos, ya se sabe. Aunque algunos me han dado con la puerta en los hocicos. ¿Qué importa?

DAN. —Malos israelitas, seguro. Lo que es yo, éste y Efraím… Ayer mismo le decía a Efraím…

LEVÍ. —El Cuñado entró en lo de Efraím. Vean.

CAPATAZ. —Anda conchabando.

DAN. —Pues lo que es como dentre aquí…

CAPATAZ. —Entrará. Agricultor como vos, Dan, no hay en toda Galilea. Y pisador. Y *sinjertador*. Y para sunchar barriles y componer mampostas…

LEVÍ. —¡Este capataz! Nos conocía a todos uno a uno…

CAPATAZ. —Pero el Patrón no me conocía a mí. Bueno. ¡Me hice conocer! Desde joven me han gustado los golpes de efecto, vamos, jugar el todo por el todo. Cuentas de tu administración, ¿eh? Bien, aquí están las cuentas: todo el obraje contento, esta suma a la caja y yo me marcho: si quiere más detalles, al Ángel Azrael, que lleva las cuentas de los robos en el Juicio Final.

DAN. —¡Qué robos! ¡Son los patrones los que lo hacen robar a uno! Sin querer decir con eso…

LEVÍ. —No me hables de Efraím, que fue el más favorecido y ahí está con el cuñado, pico a pico, déle palique, déle refranes seguro…

DAN. —¡Atención! ¡Vienen acá! Atención, los tres sentados, un vaso cada uno, y el tatetí delante. La puerta no tiene cerradura. Ustedes callados, yo llevo la voz cantante… Háganse los indios.

CUÑADO. —(Desde la puerta) Salud a Dan, su casa y toda su compaña.

EFRAÍM. —Salud al Capataz y a los dos grandes del aldea; y el que no te conozca que te crea.

LOS TRES. —(Solemnemente) La paz de Yahwé sea con *bostedes*.

CUÑADO. —La paz de Yahwé retorne a los iraelitas de corazón.

DAN. —Loado Yahwé en sus obras.

CUÑADO. —Loado el Reino de Yahwé.

DAN. —Loado Él que ha de venir.

CUÑADO. —Para eneterno, amén. ¿Qué se hace por aquí? Hola Dan. Veo que te has echado un ranchito, un huertito, una colmena, un parralito y un corralito…

DAN. —La tapera es de mi hermana Miriam; el parral lo plantó mi padre que es muerto; el resto es de Yahwé, que quiera haber acogido al viejo magañoso que fue mi padre.

CUÑADO. —Todo está en benas manos y es bien merecido, así Yahwé lo medre. Sabíamos de la muerte; y él mandó un sacrificio en el Templo por el alma del finado.

DAN. —¿Quién mandó?

CUÑADO. —El Patrón, por supuesto. Yo allí no pincho ni corto.

EFRAÍM. —Donde manda capitán no manda marinero.

DAN. —Aquí no hay trabajadores que conchabar.

CUÑADO. —Puede que no. Andaba por ahí dando vueltas, y viendo a los conocidos.

DAN. —Aquí cada uno se arregla como Dios lo ayuda. Aquí cada uno tiene su alma en su almario y su libre albedrío como el más pintado. Aquí cada cual es cada cual. Aquí…

EFRAÍM. —Aquí debajo de mi capa, al rey mato.

CUÑADO. —¿Conocen la oración que el patrón ha compuesto pidiendo a Dios lo proteja de sus riquezas?

LEVÍ. —(*Sin poderse contener ya*) Que lo proteja… ¿de sus riquezas?

DAN. —Callao, Leví.

CUÑADO. —Oyó una prédica de ese Rabbí galileo. Allí en los Cuernos de Hattín, el

Ussu-un
Hattín, que dicen ustedes. Por casualidad.

CAPATAZ. —¿Usté es el capataz ahora?

CUÑADO. —No. No hay capataz. Él mismo hace de capataz… Le dio por ahí.

LEVÍ. —Así andan la viñas. Pasé el otro día y…

EFRAÍM. —Si cuando Tomico a todo me aplico, cuando Tomé, qué no haré.

CUÑADO. —Por ahora hace eso. Lea la oración, ché Dan. Véla aquí.

DAN. —No sé leer hebreo…

CUÑADO. —Está en arameo.

DAN. —No sé leer hebreo, no sé leer arameo, no sé leer griego, no sé leer romano: y me importa un bledo.

EFRAÍM. —Al burro ledo, no le importa lo negro.

CUÑADO. —Leeré yo. Dice así, fíjense:

«Oh Yahwé, creador de todo, gobernador del mundo y esposo de Israel,
Me has dado abundancia desde mi niñez.
Para mí ha sido la lluvia del cielo y el cogollo de la tierra.
Mi padre me dejó heredades y yo aumenté mis rentas…
Yo dormía y las cosas crecían para mí.
Compré tierras en la escasez y en el auge las revendí.
Compré los papeles en baja de los publicanos arruinados
Y los cobré por su valor nominal cuadruplicado.
Mis rebaños y mis sembrados aumentaban solos.
Yo pagaba al Templo y no hacía dolos.
Hice galpones y cobertizos hasta perder la cuenta,
Hasta enredarme todo el día en cuentas y ventas.
Mi mujer viste púrpura y mis hijos cazan en el Líbano,
Y aventé a mis enemigos como la llama en el clíbano.
Hasta que oí a un hombre Tuyo sentado en el farallón:
"¡Ay de vosotros los ricos que tenéis aquí vuestra consolación!"
¿Qué consolación yo tengo? ¿Qué tengo yo en resumen?
Tengo dinero; y esa consolación me consume.
Hundí mis manos en el oro exangüe.
¿Qué es el oro? El trabajo del pobre, es decir, la sangre.
No me consuela, no sé que hacer, me embarulla.

El Hombre hablaba en el Monte, de la Ley tuya,
Y no sé qué hacer y mis oros me dan un vago miedo.
Señor, dime lo que he de hacer con este recelo,
Porque yo no pequé contra Ti, hice lo que todos.
Pero no estoy contento de mí de todos modos. Amén».

Es una especie de salmo. Lo lee todos los días.

EFRAÍM. —Si el gato come miel, aquí no andamos bien.

DAN. —Jamás en el mundo se vio un salmo de esa guisa. No lo puedo creer. Ese Rabbí hace milagros.

CAPATAZ. —Algo le ha pasado al Patrón.

CUÑADO. —Estaba cazando lobos y raposas con los perros, y ese griego que se le ha hecho ahora tan amigo. Había una muchedumbre en el ribazo, no junta, sino salpicada en manchas, y un hombre blanco sentado sobre uno de los cuernos. No lo van a creer, pero estaba allí recitando tres días, todo de memoria, todo nuevo. Tiene meturguemanes que repiten todo por orden, cantando. Mi hermano escuchó todo, y como es letrado, dijo: «Éste es un salmista más grande que David. Pero ¿quién puede ser más grande que David?». Volvió a casa y se puso a leer la Thorah: tres días seguidos también. Después compuso ese salmo, juntó a toda su casa y lo leyó.

LEVÍ. —Bien. Eso puede pasarle a un hombre. Me acuerdo cuando al podador Baruc se le murió la mujer de golpe en la cama… Bueno, no quiero decir… Pero somos mortales. Perder la razón no siempre es pecado… No quiero ofender. Yo mismo cuando la seca…

CUÑADO. —Tiene más razón que nunca. La prueba está que hoy se dio una palmada en el muslo y me dijo: «¿Por qué me voy a privar de un hombre inteligente? Ese capataz era un hombre inteligente».

CAPATAZ. —¿Por mí lo dijo?

CUÑADO. —Por vosé.

EFRAÍM. —Si me quieres, Juan, tus obras me lo dirán.

CUÑADO. —Y me dijo: «Si quiere volver a su puesto, yo le pediré disculpa de mi sospecha».

EFRAÍM. —Una y no más, señor San Blas.

CUÑADO. —Y me dijo: «Y los otros que eché, ¿qué habían hecho? Nada».

DAN. —Eso sí que es verdá.

LEVÍ. —Claro que yo no digo que esté loco, Dios me libre… Yo digo así por decir…

EFRAÍM. —Si te quieres bien vengar, has de callar.

CAPATAZ. —Yo vuelvo. Claro que vuelvo. Siempre vi que era un tipo inteligente… Vuelvo.

DAN. —Aunque sea para ver qué ha pasado, yo me presento así como quien no quiere, pero bien entendido que…

LEVÍ. —¡Yo vuelvo, Dan, yo vuelvo! ¡Yo vuelvo también!

CUÑADO. —¿Y vosé, Efraím?

EFRAÍM. —Si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo; a perro viejo no hay tustús; por un perro que maté me llamaron mataperros; tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe; se tapaba Maricuela, y dejaba el c… afuera; al lobo con piel de oveja, se le ve la oreja; y a caso nuevo, nuevo consejo; vos seréis bueno cuando la rana críe pelo; la viña y el potro, hágalo otro; el viento que corre, muda la veleta mas no la torre; nadie vende miel al colmenero del rey; del fuego y del sol, distancia entre los dos; y en fin, señor mío, lo que le dije en el camino, cada uno en su casa, y el verdugo en Cantillana…

CUÑADO. —O sea que...

EFRAÍM. —Que no vuelvo; y pelillos a la mar, y el bien en mi lugar, y el mal para quien lo fuere a buscar…

Jorge Luis y el Epulón

Borges. —¡Epulón! ¡Usted aquí!

Epulón. —No me llames así: ése es el nombre estúpido que me pusieron los Padres Latinos, mi nombre real fue Ephraím ben Dan, nombres de dos hijos de Jacob. Epulón significa tragón, o algo así, cosa que yo no fui. Quisiera haber sido tragón. Ahora soy tragón, eso es otra cosa; tragón para *in aeternum*, y no hay qué comer.

Borges. —¿Estás en el infierno?

Epulón. —¿Y no? ¿Cómo, si no, podría estar aquí?

Borges. —¿Por qué no te arrepientes y sales del infierno? ¿No es libre el hombre?

Epulón. —El hombre es libre hasta para destruir su libertad.

Borges. —¿Qué estás haciendo aquí entonces?

Epulón. —Has pensado tan fuerte en mí que me has traído. ¡Qué imaginación exquisita tienes! Me tirabas peor que un par de bueyes. Más tiran dos tetas que dos carretas.

Borges. —¿Hay infierno?

Epulón. —Vos sabrás. ¿No escribiste vos que no hay?

Borges. —No estoy seguro. Lo escribí para averiguarlo. «*Mi verso es de interrogación y de prueba. Para obedecer lo imprevisto*». Es un bordoneo perplejo y eólico, como todos mis versos. Averiguar es mi hipo.

Epulón. —Pues sigue escribiendo y puede que averigües algo; pues veo que ahora no haces nada.

Borges. —¿Qué voy a hacer en este puerco de país? ¿Para qué sirve un artista como yo en esta beocia vertiginosa y amonedada?

Epulón. —La estabilización de la triangulación del sistema inflatorioeconómico financiero titivante salta el báratro rosado de toda pantorrilla de perro (Ingeniero Constantini).

Borges. —¿Qué es eso, espectro?

Epulón. —Nada. Se me escapa la mente a veces. No hagas caso. Todo

lo que no entiendas de este coloquio, no hagas caso. Bueno fuera que nos entendieran del todo los escritores a «nos-altres» —palabra hebrea— nosotros. ¡Malditos sean todos los otros! El chiste que les hace el diablo a los escritores, es hacerles creer que no existe.

BORGES. —No te creo. No creo lo que estoy viendo, como está dicho en mi cuento *Orbis Tertius*. Soy más apóstol que santo Tomás, pues el intelecto supera la vista. Santo Tomás debió pedirle a Cristo una demostración geométrica de la cuarta dimensión; dado eso, creería yo en Cristo. Tú aquí eres como la jirafa del gallego: «Ese animal no existe».

EPULÓN. —Y bien, ¿no has escrito toda tu vida ficciones? ¿Qué mejor ficción quieres? Yo soy solamente una ficción del Rabbí ese. ¡No cierres los ojos, hombre! No puedes cerrarlos más que los tienes.

BORGES. —Es para inteligenciar mejor. Quiero averiguarlo todo. Es una ocasión única. Ya me parecía a mí que había algo en el espiritismo. José Hernández fue espiritista.

EPULÓN. —Para eso he venido del báratro, sin permiso de Monseñor Satán, del báratro rosado de la titivación. Discriminado podemos decir que oscila entre 100 millones de pesos y 378 mil millones de dólares solamente para derivar suburbanamente nada más que el 118 por ciento de los rieles retrospectivos de Bioy Casares.

BORGES. —¡Maldición! ¿Cómo quieres que pregunte si me contestas precario en el idioma de Uqbar, que yo inventé, pero no lo entiendo?

EPULÓN. —Haré un esfuerzo para hablar en humano y no en la lengua del Averno. Perdóname los errores de lingüística.

BORGES. —¿hay o no hay infierno?

EPULÓN. —Tus argumentos en contra son muy hermosos. ¿Cómo eran?

BORGES. —¿Cómo quieres que te lea el artículo *Discusión* desde la cama? Te diré la nota al poema «*Paseo de Julio*». Añado a título de espantosa curiosidad que una de las razones invocadas para la duración eterna de los infernales castigos es el libre albedrío. Se nos concede el derecho atroz de perdernos, de obstinarnos en el mal, de rechazar las operaciones de la gracia, de ser alimento del fuego que no acaba, de hacer fracasar a Dios en nuestro destino; y del *detestábile cum cacodemónibus consortium*… ¿Qué tal mi latín?

EPULÓN. —Espléndido. Hay más filosofía en esa nota que en todos los libros del Padre Quiles.

BORGES. —Pero yo quiero saber si hay o no hay infierno…

EPULÓN. —Pasar. Lo verás al final.

BORGES. —Dado que no lo haya, que es mi infinito y religioso deseo, ¿cómo es el infierno?

EPULÓN. —Pues aquí lo tienes presente. Yo hice francachelas y borrachías en grande, con dignidad, eso sí, y todo lo demás que dice el verso… ¿Cómo dice? ¡Ah!, no está mal del todo el verso que le hiciste al Ángel de la Guarda de Bernárdez. Yo me aproveché del Pobre Lázaro que resultaba en mis porticados de un efecto ornamental fabuloso, como Bernárdez en el verso: no me burlé de él, no: simplemente lo dejé allí con los perros a sus plantas, lúgubre y decorativo. Hace poco (poco para mí, poco o mucho para ti no sé) le pedí a Abraham que me mandara al monstruo con una gota de agua en la punta del dedo para mi lengua: «*negative, secundum Pandectas*». Eso es el infierno. ¿Por ventura no lo has leído? ¡Mira que has leído cosas!

BORGES. —Y mi felicidad sería leer hasta después de la muerte, y ya no puedo. Pero pienso, recuerdo e imagino. El haber escrito cosas perfectas es un recuerdo glorioso. Soy con mucho el mejor escritor de Sudamérica, lo cual no es mucho decir: como si dijéramos, «*the best dago writer*».

EPULÓN. —Te comprendo: eres un soberano artista. Lo reconozcan o no lo reconozcan, eres un rey. Desprecias los ataques de la envidia y la política y haces bien… *fino a un certo punto*. Te achacan que escribes mal los que escriben peor. Te voy a leer la última crítica de Jáuregui.

BORGES. —¡Por favor, no! No seas molesto.

EPULÓN. —No hay tutía ni tuprima. Dice:

> Encontré tres o cuatro poemas y mucho fárrago, he dicho en una crítica. ¿No fui injusto?
>
> No. No digo que sea fárrago vulgar, es fárrago distinguido. Pero fárrago.
>
> Leídos los poemas en prosa cortada de Borges, no queda en la mente ni su contenido, ni una imagen, ni un verso, ni una frase, ni una idea, ni un sentimiento neto. Es palabrería ingeniosa o aguada, cháchara sin conocimiento ni definiciones poéticas, sin decisión alguna, rumias vagas dirigidas al calculado efecto de la *sorpresa*. En suma, falta de Forma, esa forma intrínseca que da la inteligencia y no la imaginación sola, la forma que no es figura sino núcleo y nudo.
>
> Todo lo contrario del «tallar un diamante» que anuncia la tapa. Falta el diamante. Es modelado en humo…

Hasta aquí tu amigo, el politiquero tanguista.

BORGES. —Maldito seas, es falso. Es injusto lo de «dos o tres poemas». Hay siete poemas inmortales, y los demás acompañan como un bordoneo perplejo y eólico.

EPULÓN. —Claro que es falso: gusto impecable, impasibilidad y mistificación, las tres cualidades más humanas resplandecen en tus escritos, las tres preseas que nosotros más preciamos. Es un escritor plebeyo. Despréciale.

BORGES. —Siempre lo hice. El desprecio discreto y disimulado es mi fuerte. El verdadero contento del artista (casi siempre intotal y mútilo) es el contento de la obra bien hecha, el «*pleroma*», su propia aprobación. «*Y vio Dios que estaba bien hecho*». Dios mismo se autoaprobó.

EPULÓN. —El chancho triangular del aeropuerto — Rompe el fuego cuadrado del cuadrante — Para tragarse el roedor concierto — Pues como dice idiotamente el Dante…

BORGES. —¿Despruebas lo que he dicho?

EPULÓN. —Ni me nuembres ese bicho. Perdona, se me escapó la manija de nuevo. De ninguna manera desapruebo ni tampoco apruebo. En mi tiempo hubo un gran creador de ficciones, o sea parábolas, llamado Johanan ben Zakkai, cultor del intelecto puro; el cual te sobrepasó, aunque no lo creas. Y eso que dijiste, lo expresó él en la parábola «*El momento y la Rosa Inevitable*».

BORGES. —Lindo título. ¿Dejó algo?

EPULÓN. —Nada. Lo mataron. A los 45 años. Sus parábolas fueron cubiertas por las de un oscuro plebeyo de Galilea, un Rabbí de Galilea su contemporáneo sin educación estética alguna, maldito sea (¡no lo nombres, ese impostor!). Dejó una sola parábola, que está en la *Mischnah* y es muy mala. Allá está conmigo y rechina los dientes cada vez que la citan. Hasta el nombre le han cambiado al pobreto.

BORGES. —¿No tienen consuelos allá abajo, ni siquiera el recuerdo de la gloria? La gloria es una incomprensión; pero es dulce ser incomprendido por los gansos. Para mí, si en el infierno está Gerchunoff, Barbieri y Macedonio Fernández, y el cielo lleno de gansos, prefiero ir al infierno.

EPULÓN. —Lindo no más, como dijo Carriego. Es claro que tenemos consuelos. ¿Y no? Yo le pedí dos consuelos a Lázaro y me los negaron. Pero mi consuelo y aun mi felicidad era que yo ya sabía. Tenemos lo que los Santos Padres antiguos llamaron (y San Agustín no se atrevió a reprobar) «*refrigeria*».

BORGES. —Siempre me ha intringulado lo segundo que pediste, eso de que viniera Lázaro a la tierra a aparecerse a tus cinco hermanos y declararles que había otro mundo muy diferente de lo que ellos pensaban. Luego según eso ¿aman en el infierno a sus hermanos?

EPULÓN. —Siempre has sido escudriñador, y me extraña no hayas desentrañado eso. Por supuesto que ya sabía yo lo que dijo el imbécil Abraham de que «*aunque uno resucitara de entre los muertos, ellos igual no creerían*»; pues éste fue exacto mi caso; yo tuve noticia del maldito Rabbí de Nazareth, que sea aniquilado. Pero si mis hermanos eran avisados por Dios, —cosa que *no* fue el despreciable Rabbí de Nazareth; ¡no fue Dios, digan lo que digan!— su culpa después era mayor, y así eran arrojados al Séptimo Círculo; y yo, que no podía soportarlos en vida, no tenía que soportarlos en muerte, como me pasa ahora, los imbéciles se iban más al hondo que yo mismo.

BORGES. —Bien contestado. No se me había ocurrido. Déjame anotarlo. ¿Y qué es eso de «*refrigeria*»? ¿Tienen alivios allá?

EPULÓN. —El cogote escarlata del carancho metaboliza la sinfonización debussiana de las alas de las chinches pirrónicas con la rosa inevitable…

BORGES. —¿No dicen que en el infierno se pena sin cesar?

EPULÓN. —Burro, ¿no duermes tú?

BORGES. —Sí, pero yo tengo cuerpo.

EPULÓN. —¿Crees que puede persistir la natura humana sin dormir?

BORGES. —Teniendo cuerpo, no, en buena filosofía.

EPULÓN. —No es diferente del todo sin cuerpo: el alma contiene y exige el cuerpo. Hay una manera de éxtasis o sueño o sopor o desvanecimiento que pertenece al alma. ¿No has escrito tú mismo que un ermitaño en Paflagonia oyó cantar a un ruiseñor celeste la noche entera, y creyó era una noche, y eran 300 años? ¿No has escrito que ésa es la condición del «Tiempo humano»?

BORGES. —Dígame, espectro, ahora que estamos: ¿qué era lo que himnodió el ruiseñor aquel, que era un ángel?

EPULÓN. —Según nuestras noticias, cantó solamente la palabra «amén».

BORGES. —Me está engañando vosé. No creo nada. No creo en los «*refrigeria*» de San Agustín y todos esos Santos Padres que trae Petavius, traducido por Budley, que he leído.

EPULÓN. —Bien. Estás en regla con la Iglesia. La Iglesia española hoy

día no lo cree. ¿Qué demonios quieres que diga?

BORGES. —Es falso, digo. ¿Cómo podrían dormir en el fuego? ¿Cómo se unen comburente y sopitante? ¿Y hay fuego, por si acaso?

EPULÓN. —La retrocapasturcanzolamento — No es verdad que sea hijo del metrónomo — Serálo en todo caso del astrónomo — Al cual lo entiendo pero no lo siento.

BORGES. —Siento tu prosa límpida y serena, como la de Samuel Butler. Ya veo cuál es tu sistema de castañetear los dientes que yo en un trabajito que estoy preparando demuestro es diferente del rechinar los dientes.

EPULÓN. —Exacto. Pero esa pregunta que has hecho es demasiada para oídos humanos.

BORGES. —¡Eche, maestro, y no se derrame! ¡Coraje! Yo soy corajudo y malevo, como el hombre de la esquina rosada. Más que morir no me puede suceder. Además, estoy en los corredores perplejos y bifurcados del sueño.

EPULÓN. —Bien. Al fin y al cabo eres de sangre y alma noble. Tienes tradición, cosa que a mí me falta, que soy de perdido linaje sirio. Fuego material no hay por supuesto, si lo quieres saber.

BORGES. —Jai, jai, te tengo. Ahí te quería. ¿De modo que hay fuego espiritual? Eso es «*contradictio in términis*», como dice el teólogo danés Plö Byorson.

EPULÓN. —No te encarmes. Hay una cosa creada que el Rabbiquemalditoycrucificadosea no halló en término mejor para nombrarla que el fuego; y eso es todo. Los predicadores son bestiones por supuesto: pintan llamas, brasas, azufre, pólvora, aceite hirviendo, plomo derretido, horcas, horquillas, mierda y el Santísimo Sacramento, con perdón de la palabra. ¡Los quiero ver todos allí! Quiero decir, aquí.

BORGES. —No te enristres. ¿Qué es ESA «cosa creada», vamos a ver?

EPULÓN. —No puedes entenderla. Es la trabazón intangible del orden creado, en la cual nosotros libremente nos hemos atravesado. ¿No es creado eso? ¿No es fuego eso? Eso es distinto de la privación eterna de la vista de Igorrotais Mencacrujía Retorcuo Melenhóussay Catromenju.

BORGES. —Eso lo puse yo en una poesía, el retorno cíclico, pero no pude sospechar que era fuego. El orden, ¿cómo puede quemar? Agarráte Catalina que vamos a galopar, como dijo Carriego.

EPULÓN. —El orden puede quemar. ¿Conoces la neurastenia?

BORGES. —La neura, ¿cómo?

EPULÓN. —La neurastenia que le dicen.

BORGES. —No la conozco.

EPULÓN. —Dichoso de ti. Es una enfermedad que no se ve, ninguna lesión orgánica, ningún síntoma somático, y el que la pilló se quema por dentro sin cesar, día y noche. Lo cuenta y no se lo creen; y se quema más. Se quema real y verdaderamente. No es una cosa espiritual. Es un orden transgredido.

BORGES. —El orden no puede quemar porque si no, el desorden congelaría.

EPULÓN. —No seas testarudo. Figúrate un loco que está en un ejército (pero ¿para qué gasto aliento con estos mortales estúpidos cabeza de roña?) en tiempo de guerra. El loco se sale de las filas, le tira la oreja al cabo, pierde el fusil, habla fuerte en los reconocimientos… y lo cascan. Su vida es una tortura. ¿Y quién lo tortura? El orden del ejército. Lo quema literalmente. La sola idea del orden que lo arrodea, al cual no puede entrar y existe, lo quema día y noche. Y no puede dejar de salirse del orden.

BORGES. —No veo la aplicación. Y además, está mal. Y además quiero dormir. Me quema el solo verte.

EPULÓN. —Si me da por quedarme aquí, te quemarás interminablemente. Llevamos dondequiera vamos… lo que ya sabes.

BORGES. —No me has contestado una sola palabra derecha, maldito. Has venido aquí para engañarme y torturarme; pero son los dos huevos fritos de anoche, y en cuanto dosificadamente obren las dos pastillas de Metionine que tomé, me libro de ti. Por lo menos contéstame decorosamente antes de irte: ¿hay infierno o no hay infierno?

EPULÓN. —Con sólo no irme de aquí, quedarías contestado arraplezanca miscraico demurgas redopendolastia canturidóron pí pí. Mira: a Ugolozo Mastrazzi florentino se le apareció un ánima, pues él negaba la existencia del Purgatorio, y él le exigió se la probase cueste lo que cueste, y ella le tomó una mano y la mano desapareció, dio un alarido y se despertó con los huesitos de los dedos sin carne. Y esto está pintado en un cuadro en el Museo del Purgatorio de Roma, que es un museo inventado por los curachos; pero esto que te conté está bien inventado. ¡Dame tu mano derecha!

BORGES. —Piteograntis recadnossi pelakruntos macartiflis recánchigo.

EPULÓN. —¿No quieres darme la mano? ¿No quieres cerciorarte si hay infierno o no?

BORGES. —Andate a la… ¡a los mismísimos infiernos! ¡Déjame dormir que mañana tengo *muchismo* que hacer! ¡Cruz diablo! ¡Agua bendita! ¡Toco fierro! ¡El sello de Salomón! ¡El pentáculo con los dos cuernos para abajo!

¡In nómine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amen!

Viaje a Jerusalén

(He hecho una parábola con el fin de terminar en la gloria, que es el verdadero término de la vida humana, de la religión y del Universo. Es una imagen solamente: el que no esté conforme con ella, que se fabrique una mejor: pues las imágenes son el sostén de la Esperanza. Me da grima meter mi grosera pluma junto a las imágenes hechas por Cristo; pero no hay que olvidar que las parábolas del Evangelio son el principio y la raíz de la poesía «ficcional» cristiana; la cual dijo Hegel «está abierta el Infinito», y dijo Stanislas Fumet que es una poesía «traspasada» o vulnerada, y por eso siempre insatisfecha, y así diferente del arte pagano).

La viejita solitaria salió de su casa, arrecida como todas las mañanas, a una hermosa mañana de sol; y apoyada en el palenque oteó el horizonte de su isla, la gran sabana triste del Paraná. Lo que tanto había temido estaba sobre ella, la invalidez: el reuma le atenazaba los dos brazos, más el izquierdo. Suspiró un rezo a la Virgen en contra de su angustia. Quería morir. Varias veces le había parecido que perdía la cabeza: la última vez cuando fue al rancho del arrendatario Grotze y él no le abrió.

El sol de frente le hizo cerrar los ojos. Recordó entonces la gran cruz de fuego que vio en el cielo (¿cuánto tiempo hacía?, una eternidad) que parecía más luminosa que el sol, y no ofendía los ojos. Desde esa noche memorable comenzó a bajar la inundación: «el Suceso», le llamaba la gente. Pero también desde entonces la gente comenzó a perderse, a irse —y ella no sabía salir de allí. La misma tierra quedó como quemada, tan fértil que era antes, después de la guerra: «*rayostividá*», decían sacudiendo la testa los paisanos, y se embarcaban y se marchaban.

La isla desolada que fue de su familia yacía como un gran yacaré dormido entre Reconquista y Goya, dos ciudades de las cuales nada sabía ya, adonde ya no podía remar. La gran inundación la había barrido, los arrendatarios se habían marchado o perecido por la guerra o la persecución religiosa: menos tres, que moraban en la punta sur, donde aun crecía el maíz… y no pagaban, ni la querían ver. La viejita comenzó su interminable «novena de la gracia» a San Javier, pidiendo «la salud o una buena muerte

presta», no el noveno día sino el 999º día. Falta de su último hijo, su vida no era ya sino una tremenda amenaza de dolores y desesperación. «Todo me lo quitaron con él», gimió.

Y de repente vio venir a lo lejos por el sendero del norte, que llevaba a la rada con su inútil canoa, a su hijo menor, el muerto, ¡el finado Hilario! Tan natural venía como en los tiempos de antes que al principio ella ni reparó; y de repente realizó el hecho, y atrapó el resuello con un gemido. Creyó que iba a caer, el desmayo le detuvo un momento el corazón: «¡la locura!».

Mas el fantasma hizo en ese momento el gesto de saludo habitual, y su voz alegre llegó desde lejos, como enantes. Era él.

Nada en él indicaba un fantasma. Y ella lo había visto muerto, cosido a balas de metra.

Venía despacio, como para darle tiempo de tranquilizarse. Nada había en él de intranquilizador; pero a la madre le temblaban las manos y todo el cuerpo: la misma cara alargada y fina, afinada hacia la barbilla; los párpados y la cabeza inclinados, mostrando el casco de cabellos negros ondulado en crestones. Se detuvo a unos metros del palenque, y le dijo la antigua contraseña: «Mamá, ánimo, esto cada día va a ir mejor». Y después avanzó y la abrazó delicadamente, como a una cosa rompediza. Ella no podía moverse.

Era él mismo. Preparó la comida sin hablar, como siempre, y ella comenzó a poner maquinalmente la mesa, mientras su temor bajaba rápido, como la marejada de la gran inundación. Al fin dijo él sin volverse:

—Mama, no tengás miedo. Estoy vivo.

—Yo te he visto muerto.

—He resucitado. Hace pocos días.

—¿Resucitado?

—¿No sabés el final del Credo?

—¿Es ese tiempo ahora?

—Sí. ¿No lo sabías?

—Creí que iba a ser de otro modo. ¿Y tu hermano?

—Está en una aldea de Salta. Vivo. Viador. Hoy lo veremos.

—¿Y tu padre?

—Está en Jerusalén. Lo mataron en la persecución. Resucitó.

—¿No será que he muerto yo, como le pedía a San Javier, y estoy en el otro mundo?

—No, mama —rió el joven. ¿Ves esa galleta? Aunque no necesito comer, la voy a comer. ¿No ves que estás en la tierra? El tordito aquí no

estaría en el otro mundo, me parece. Es la vieja tierra, mama.

—Estás igual igual…

—Por fuera. Pero de hecho estoy mucho mejor. Infinitamente. Mama, ánimo, cada día irá mejor.

—No me duelen más los brazos.

—No te dolerán más. Te traje la gracia de San Javier. La primera.

—Es demasiada alegría.

—Comé, mama. Ya te irás acostumbrando, «*sy-mí*».

La llevó del brazo despacito hasta la rada, explicándole iban a ir a Salta. Todo había cambiado. Los sauces decían: «Estamos aquí. Somos verdetierno. Estamos hermosos». Los pájaros cantaban: «Estamos alegres». La tierra cantaba: «Estoy aquí. Soy callada y tranquila. Doy a luz todo. Nadie me mira». El Río-como-mar, que se doraba con los rayos del oriente, susurraba: «Estoy aquí para siempre». Ella, que oía todo eso, reconoció de golpe al lado de la canoa un bulto chispeante: una gran avioneta.

—No, allí no subiré jamás. Así no. Por el aire, no.

—No vas a sentir que estás en el aire, *sy-mí* (mamita). No puede fallar, mama. Si falla el motor, se despliegan estos dos alerones, y planean; si llegaran a fallar los dos alerones, que es imposible, se despliega el paracaídas de arriba, y podemos aterrizar hasta en un garabatal de espinacorona…

—¿Y si cae al agua?

—Flota, y en una hora viene auxilio de Buenos Aires, tengo radiotransmisor; o de Pernambuco, o de Lisboa, o Génova, o Ravena, o Chipre, o Jaifa, si estamos volando hacia Jerusalén. Ahora vamos a Salta, después a Buenos Aires, después a Jerusalén, *sy-mí*. ¿No quieres ver al Tata? Muchas cosas hay que ver ahora. Tenés que acostumbrarte al progreso moderno, doña Electa. ¿Ves? Hay cabinas con cama y todo, si quieres ni sentirás que viajas tan siquiera…

La conversación siguió a seiscientos metros de altura, sin ruidos, en una deslizada como vuelo de ave; pero la viejita miraba con sorpresa por la ventanilla abombada la tierra argentina nueva.

—¿Qué es aquello?

—Ciudad en reconstrucción. La Rioja.

—La guerra… Las bombas… Todo destruido…

—La guerra y la persecución. Se está reconstruyendo todo.

—¿Los resucitados —no lo puedo creer todavía— usan máquinas?

—¿Por qué no? Usamos todo. Reconquistamos todo. Es decir, ayudamos a los viadores. Para nosotros, de nada necesitamos.

Hablaba con un tonito nuevo, decidido y seco, definitivo, él que sabía ser tan tímido y vacilante que lo embromaban llamándolo «piojito».

—Yo creía que las máquinas eran del diablo y no de Dios —agregó ella.

—Eran del hombre, mama. Sólo que estaban dedicadas al diablo. Ahora los hombres están ocupados en dedicarlas a Dios. Ya verás.

Ella dijo, después de vacilar:

—Hijo, ¿ahora ves a Dios?

Él enrojeció levemente:

—Mama, de lo que es del otro mundo, no te hablaré nunca.

—¿Qué pasó en el mundo, hijo? Sé que hubo una guerra inmensa en la cual desapareció tu hermano; después un Rey del Mundo, el que ganó la guerra; después persecución a los cristianos, te fusilaron en Goya y tu padre murió no sé dónde. Después el Suceso: terremotos en todas partes, y en la Isla, inundación. Después comencé a morirme. No sé más.

—Mi hermano Ciro tiene un enorme legajo donde ha contado todo lo que él pasó, creo que hasta versos tiene. Lo leerás en el viaje, mama. Sencillamente, se cumplieron las Escrituras. Volvió Cristo.

—¿Cómo decía el Ramón, el que vendía Biblias y folletos?

—Sí.

—¿No era protestante?

—Sí.

—¿Dijo verdad, hijo, idiotita como era?

—Sí, mama. Y murió por la Verdad, idiotita como era.

—¿Es el fin del mundo?

—Sí. El juicio final.

—No entiendo nada.

—Ya irás viendo, *sy-mí*. No se puede entender sin ver.

—No puedo creer que estés conmigo. Creo que estoy soñando.

—Todo el que vive sueña, mama, hasta despertar. Pero yo que voy manejando, no estoy dormido, ¿eh?

—Me da vuelta la cabeza. No quiero saber más.

—Dormí, mama, hasta que lleguemos. Te vas a despertar sanita del todo.

El segundo encuentro fue tan suave y natural como el primero, o más. Doña Electa de Soria y Barrientos parecía rejuvenecida diez años entre sus dos hijos. Cachi era una aldea aislada y tranquila, muy alta, contra la falda del gran monte, del cual no se veía el nevado por estar demasiado contra; mucho menos se veía el Huanacato detrás. La Precordillera se perfilaba en

el confín azulino claro, como la línea suavemente aserrada del dibujo de un niño. No podía llamarse aldea ya, con esos edificios espléndidos y extraños; pero por las calles pasaba perezosamente un colla, llevando del bocado un potro, jugaban, chillaban y peleaban una manga de negritos, y pasaban obreros vestidos de nylonazul. Había una fábrica de Cementplaste al borde la barranca. El pájaro de duralumín se posó tan suave como un matico en el Erosdromo, y quedó fijo en su lugar. Ciro estaba esperándolos, «el capataz Don Ciro».

—Aquí está la mama al fin. Ya andaba por ir a buscarte, Ña Electa. Pero la pierna… Al fin cayó éste aquí… y me asustó un poco. Te iba a traer, me dijo. Mandato de Dios, según él. Y lo hizo, *Sy-mí*. Bueno, el que tiene de estas bicicletas…

—Llegó muy a punto —dijo ella— que si no…

Empezaron a conversar con efusión los tres. El Ciro era familiar y alegre lo mismo que antes, aunque dondoleaba al andar, quemaduras graves en las piernas todavía sentidas, «como pata e loro», dijo: y unos mechones grises en la cabeza. El otro, aunque también igual que antes, les imponía un poco, no sabían por qué. A media tarde desapareció, después de hacerles un breve saludo con la diestra.

—Así es él, mama: tiene eso ahora, ese truco de hacerse humo, que impresiona un poco. Aparece y desaparece, como chingolo entre hojas. Pero ha de volver enseguida, nos ha dicho que viajamos al anochecer. Ya dejé todo arreglado aquí. ¡Qué contento estoy de verte, mama vieja, después de todo esto!

—¿Qué fue todo esto que pasó, hijo Ciro? Yo no sé nada.

La viejita, que se movía ahora como una joven, no quería leer el pesado libro que había escrito el mocetón: quería hablar.

—Bueno, estalló la guerra continental, como sabes, y me agarraron, mi hermano se escondió…

La viejita había «oído» la guerra, había visto el hongo enorme de la bomba sobre Corrientes, había sentido sobre su rancho el ventarrón caliente de cenizas. Los asiáticos habían arrasado Buenos Aires, bombardeado dieciocho capitales de provincias, y ocupado las demás con la infantería. Comenzaron las masacres, el pillaje, las tropelías y la destrucción. El ejército (el país todo en realidad) quedó totalmente desorganizado: grupos aislados de soldados y civiles peleaban por doquiera con sus armas atrasadas, como trozos de culebra partida. Se hizo el caos, y los mismos nativos, acosados por el hambre, empezaron a saquear. La desesperación, el terror y

la crueldad por todas partes.

—A mí me pilló una bomba en Salta. Me dejaron por muerto. Estaba con el General Achával. Todo el ejército del Litoral, despedazado en San Nicolás, se había replegado en desorden hacia Cuyo y Salta. No había nada que hacer. Las armas de los amarillos eran infernales. Me curaron en una familia al lao de Salta, en una aldea llamada Chicoana. No me quiero ni acordar. Vivían en el llanto y el terror, nadie sabía nada, de cuando en cuando venían noticias de horrores reales o imaginados; y los reales eran pior que los imaginados. Cuando ya no dábamos más, vino la nueva del triunfo (¡Triunfo!) de los nuestros (¡nuestros!) de las dos Américas; pero de *nuestra* América, ¿qué quedaba? Después ya sabes: el Rey del Mundo, órdenes y mandatos a trochemoche, leyes nuevas cada día, comenzó la reconstrucción, exhortos y arengas optimistas por Radio… persecución…

—Oí hablar al Rey del Mundo por radio, y rompí la radio —interrumpió ella. No me bastó cortarla.

—Hiciste bien, Ña Electa. Era un monstruo. ¡Qué tres años de pesadilla! Enseguida comenzó aquí la persecución de los que ellos llamaban «cristóbales»: a los cristianos, que quedamos pocos; dirigida por los jefes yanquis que habían venido para la «Reconstrucción», y algunos de los antiguos politiqueros. Ellos decían «la Religión». Era en contra de la religión.

—Fusilaron a tu hermano en Goya, ya sabes, por «resertor» dijeron, pero en verdad, porque no quiso adorar…

—Milagro fue. Todos adoraban. Válgale que siempre fue cabezudo. A mí no me agarraron las leyes. Me escondí aquí, que a un correntino que quiere esconderse, así no más no lo pillan… Y eso es todo, *Sy-mí*. No sé más… ni me quiero acordar… El otro nos va a contar, el Resucitao. ¿Te parece cierto a vos?

—No. ¿Y el Suceso?

—Yo vi la Cruz luminosa en el cielo, enorme y alargada de punta a punta, como todos, sentí el terremoto, en esa noche terrible, que parece fue noche en todo el mundo, se ñubló del todo el sol, y sólo se veía una hoz color de sangre. Parece que bajó Cristo…

—¿Bajó Cristo?

—Yo estaba en cama y enyesao… ¡Si pudiera resucitarme estas dos patas de loro, malaño! Allá en Jerusalén, o en Roma, o no sé dónde bajó: yo no lo vi. Lo vieron millones y millones en todo el mundo, parecería que primero dio una vuelta al mundo, no, todos los vieron inmóvil en el cielo, algunos

dicen que fue un ángel, vaya. Bueno: mató al Monstruo con un grito, y enseguida empezaron a resucitar gente, creo que al mismo tiempo: aquí resucitaron tres. Los vemos de vez en cuando que aparecen, igualitos que antes. Como mi hermano. Pero éstos con nosotros no hablan.

—Cosa de no creer. Pero todo estaba escrito. Yo lo leí.

—Yo no, mamá. Ya sabés que no me daba por esas cosas. Si me habré réido del taradito Ramón. Si a mí me aprietan aquí, a lo mejor adoraba.

—No, hijo, no lo habrías hecho. Sos un Barrientos.

—¡Quién sabe, mama! No daba más con tantos horrores. Y apareció la paz, y un progreso enorme: en tres años y medio, mirá que he visto transformación aquí. Ahora continúa, menos rápido; pero todo esto que ves ahora, comenzó antes del Suceso, durante la Persecución.

—Es hora de que viniera tu hermano, hijo. ¿Qué hacemos?

—Es temprano todavía, mama.

Apareció el joven de golpe en el cuarto. Don Ciro se levantó sonriendo de la mesa a probar la puerta que estaba con llave.

—Ésta brujería no te conocía —le dijo. ¡Si yo pudiese hacer igual! ¡Fantasmón! ¡Por las *paderes*!

Se fueron a la avioneta en silencio. Al rato estaban suspendidos en el aire transparente, los tres sentados junto a la dirección.

—Manejá vos —dijo el Resucitado. Conviene que te acostumbrés. Yo te miro.

Los motores zumbaban suavemente.

—¡Qué invento! —dijo Ciro tomando la rueda. ¿Y cuándo me vas a mandar una a mí?

—Te dejaré ésta… en Jerusalén.

—¡Uá estos muchachos ricos de ahora, que regalan velimotores! —gritó Ciro.

—¡Y flores! —dijo el mozo; y les señaló los enormes ramos que había traído, flores hasta por el suelo, de todas clases— para Doña Electa, que siempre le han gustado.

Ña Electa cantaba. Parecía un poco borracha. Entendía las voces de todas las cosas, según ella. El motor decía: «Rumbo a la vida, rumbo a la muerte, rumbo a la vida…». El viento decía: «Aquí estoy yo que puedo más, no me desafíen, cuidao conmigo». Un cóndor que pasó decía: «Serenito y tranquilo, pero no puedo volar patasarriba». Las flores decían: «Doña Electa ¡eh!». Cantaba ella viejas coplas correntinas o toscos villancicos guaraníes:

Te quiero más que a mi vida
Y más que a mi corazón,
Más que a mi padre y mi madre
¡Mirá que comparación!
Madr'e Dios dame tu hijo,
Te lo robo *pa ypahú*,
Pa yevámelo al Calvario
Y ponélo en una Crú…
De que me limpió,
Mi alma decía:
Sangre que nutrió
La dulce María…

—¡Córdoba! —dijo el Resucitado. Hay que verla. Girá en círculos bajos muy despacio, Ciro. No, es esa palanquita izquierda. Hay que ver una ciudad de antes para compararla después con Buenos Aires. Te vas a asustar de Buenos Aires, mama.

La luz era dorada y disminuía, en un crepúsculo sin nubes. La vieja Córdoba estaba igual, desdentada de algunas casas en cada manzana, que se habían destinado ahora a plazoletas; y hacia el Oeste comenzaban las nuevas casas, esas masas armoniosas y macizas «en forma de budín cuadrado», que asombraban a la mujer. «¡Qué hermosura! —dijo—. ¿No fue destruida?».

—Aquí pusieron los rusos su cuartel general —explicó Ciro, que giraba lentamente la rueda. En las puertas de la ciudad perdió la batalla Guevara hijo, murieron allí hasta el último hombre, mama.

Dentro de la ciudad lucharon los habitantes como en las invasiones inglesas. No quedó piante ni mamante, salvo algunas mujeres… jóvenes: hay que ver lo que eran esos mongoles. Parte de la población había huido a las sierras. Pero los rusos sufrieron hambre. Y el que se aventuraba a las sierras a buscar comida, moría.

—¡Cuántos desastres! —dijo ella.

—Para bien de todos, mama —dijo el joven. Aquí han resucitado muchos… con tonada y todo.

—¿Resucitan así… al rumbo?

—No, mama. «Y *los que no adoraron la Bestia ni su imagen, ni recibieron su marca, y fueron degollados, ésos revivieron y reinaron con Cristo mil años: ésta es la resurrección primera*[12]». Así está escrito, mama.

—Malaño, ¿por qué no me habrán degollao a mí también? —dijo Ciro. ¿No hay ahora guerra en algún lao, pa ir a hacerse degollar?

—No hay más guerras, Ciro. No hay más naciones. Todo el mundo habla una misma lengua, o comienza a hablarla, además de los dialectos de las Regiones.

—Ya sé. En la escuela de Cachi enseñan. «Neohebreo». Yo no aprendo eso: es pior que el guaraní. ¡Qué enredo! ¿No hay más Presidentes, che Resucitao? ¡Cuándo me acuerdo que te decíamos Piojo Resucitao! Pero habrá Presidente, digo yo.

—Cada Región del mundo de igual «dialecto» está gobernada (bueno, digamos así, pero no es como el gobierno de antes, es dirección más vale) por siete ancianos, que son Presidentes por turno. El Estado de antes era una invención creada por la necesidad de la guerra: no hay más guerras. La propiedad es hoy casi común: no hay más pleitos. Las enfermedades disminuyen rápidamente: no hay más médicos, los sacerdotes se ocupan de eso. El mundo ha cambiado, doña *Sy-mí*, no abra así los ojos. Buenos, están todavía los Sacerdotes y los Jueces… y los Regidores… y los Cristóbales, que les llamamos, los Nobles, como si dijéramos, vamos. No hay ejércitos ni policías. El mundo se ha vuelto cristiano… o si quieres, «cristófilo».

—¿Todo el mundo, hermano?

—Casi todo. Hay cinco naciones —les dicen «manchas»— donde se han ido los que no aceptan. No podemos forzarlos a aceptar. Hay una en Europa, dos en Asia, y dos en América: una dellas comprende cuatro antiguos «Estados» de Estados Unidos, desde el Pacífico al Lago Salado: está en comunicación continua con Peiping, la capital de otra, la mayor. La más cerca nuestro toma parte de Bolivia y el Brasil, enorme región boscosa, de límites indefinidos, en las fuentes del Amazonas; y su capital es Riberalta.

—¿Son naciones normales ésas?

—Naciones socialistas, como enantes. Preocupan a los viadores esas *manchas*. A nosotros no, por supuesto.

—¿Son perversos?

—No. Viven, o quieren vivir, «la vida natural». Creo que en todo caso más perversos hay entre nosotros (sin quitar que entre ellos haya también demoníacos); entre nosotros, los que apostatan y se quedan adentro, simulando la fe. El hombre es libre, *Sy-mí*; aunque la fe con tremendo peso se haya impuesto; peso de evidencia, quiero decir. Los que hay entre

nosotros son demoníacos, los que no creen y simulan.

—¿Por qué no avisan ustedes a los… cómo nos llaman a nosotros… *viadores*, dónde se halla uno desos orejanos?

—No se puede. No quiere Dios. La ciencia sobrenatural que tenemos perturbaría todo el mundo si la comunicáramos. ¿O es que querés vos que andemos de alcahuetes?

—Bueno, cierto que el mundo así nomás anda… hasta demasiao bien. Es de no creer. En Cachi soy el dueño. Me basta disponer algo para que se haga. Si me equivoco, me avisan, y bajo velas. Somos como hermanos. Cada uno hace lo que quiere… y todo sale bien al final.

—Hijo, ¿qué nos importa el gobierno del mundo? —dijo la mujer. Hablemos de la Isla, y de cuando ustedes eran chicos… del Tata.

Los otros rieron. La noche había caído, tupida de estrellas. Hablaron de cuando eran chicos, que el joven no recordaba mucho, y la madre interrumpía con risadas de gozo.

Buenos Aires en lontananza…

—Yo la he visto —dijo Ciro. Pero a la mama aquí le va a dar un pasmo. ¿Qué son esos grandes globos de luz en los aires?

—Velimotores faros, hermano. Un pequeño motorcito basta para mantenerlos fijos. Claro que los pamperos fuertes los desplazan, a veces lejos; pero el guadián los retorna a su sitio con toda facilidad. Hay un tráfico aéreo enorme de todo el mundo.

—Decime ¿quién gobierna todo el mundo?

—El Gran Sofón de Jerusalén dirime las cuestiones más generales… ¡Se puede decir que nosotros los resucitados! —añadió riendo.

—¿No hay crímenes?

—Pocos hay. Hay cuatro crímenes penados pena capital. No se aplica: los culpables huyen en velimotor a las *manchas* casi siempre; los que se arrepienten, o dan muestras al menos, son internados por vida en las Casas de Penitencia, algo así como los antiguos monasterios, las cartujas. Eso sí, el que huye *de allí*, debe ser ajusticiado si lo pescan. Ni un solo caso en la Argentina hasta ahora.

—Decíme ¿esto no es ya el Paraíso Terrenal, *cherubichá*?

—La tierra evoluciona lentamente, y siempre para mejor. No es el Paraíso todavía. Es la crisálida de la mariposa.

—¿Vos sos la mariposa, hijo?

—Podés decir así, mama, si querés.

—¿Lo viste a Cristo?

El muchacho no respondió. La Capital de la Región Subcontinental estaba debajo dellos en un dibujo sorprendente. La madre se inclinó sobre el mirador. Era un estrellerío de luces suaves en la noche, un ejército de tacurúes en orden abajo, iluminados los ojos como tucos, y todos tenían muchos ojos. Una luz dorada bañaba la ciudad, amontonada contra el Río. Sobre él había otros tucos negros, en forma de bateas elípticas… «¡Barcos!».

—Sí, barcos de todo el mundo. Bichos del agua. ¿Te acordás desas catanguitas de las charcas, que caminan sobre el agua con patitas largas en paleta, y también se hunden y nadan? Así mismamente son. Estos corren a dos metros sobre el agua, y pueden elevarse más sobre las olas altas. Se hunden y navegan por debajo también, si a mano viene, a una velocidad que no me preguntes. Grandes cargas de máquinas y cosas ¿ves el tamaño? Son enormes. Nosotros mandamos trigo, minerales, metales, frutas y cosas de cuero, y también algunas máquinas… «catanguitas», se hacen aquí, autitos eléctricos. De afuera viene todo lo que produce el mundo entero.

Dijo el mozo, y tomó el volante: de abajo había venido una bengala que se abrió junto a ellos en florones de luz verdes y rojos. El aparato desplegó los alerones y quedó inmóvil en el aire. El piloto corrigió algunos metros la posición, y comenzó a bajar lentamente, como un ascensor de carga o como un chimango que se asienta.

La viejita ya no vieja despertó a primera luz, como solía, y estiró los brazos buscando sus antiguos dolores; y no estaban. Movió el cuerpo con felicidad. En el ventanal estaba la aurora cantando: «Yo soy la luz, yo soy la vida».

Se vistió despacio, respirando a grandes resuellos, y fue a la ventana. Un espectáculo de sueño: pintado parecía, no real.

Estaba en un quinto piso: abajo un jardín, una calle celeste-gris, otro jardín y enfrente un grandioso palacio como el suyo, el cual no había podido ver anoche al entrar. La casa era como esos antiguos «*palazzi*» romanos, pero todas sus líneas eran levemente curvas, las cuatro aristas esquineras se torcían hacia arriba, «budín cuadrado», como la base de una pirámide curva muy suave y trunca, aovadas o achaflanadas las antiguas duras rectas; las ventanas eran parecidas, forma de leves ojivas truncas. La armonía de las líneas era asombrosa; el color era dorado pálido, miel, marfil viejo, trigo maduro. Conocía el material, lo había visto ya: duro como piedra, liso como estuco, suave al tacto como caucho o seda. «Cementplaste», recordó, se hace con roca, madera y hojas, hay por todo, invento yanqui —había dicho Ciro. Palpó incrédulamente la pared mórbida como un cutis, los cristales, la

española de duralumín…

La ciudad se extendía al sur, con esas casas macizas y gráciles rodeadas de jardín, majestuosas, no todas iguales, todas parejas. Divisó a lo lejos una plaza con árboles grandes, pájaros que volaban entorno, y abajo en la calle, vehículos chicos redondeados que andaban en dos filas contrarias y a veces salían y zigzagueaban entre los otros con la agilidad de huasunchos triscando. Oyó el ruido detrás della y allí estaba el resucitado sonriendo, con su mano en alto.

—¡Buena mañana, mama!

—Me quedaría mirando esto siempre. ¿Onde está Ciro?

—Duerme. Nos quedamos hablando hasta tarde. Quiere saber montones de cosas. «No entiendo nada» —dice. En Jerusalén entenderá… casi todo.

—¿Nos vamos ya, hijo?

—Mañana. Tienes que ver Buenos Aires. ¿No te criaste aquí cuando chica, en las Adoratrices?

—¡Esto no es Buenos Aires! —dijo ella. Y yo… no soy yo.

Un rumor inmenso la interrumpió, surgió como una música de órgano de toda la casa, un coro, apoyando en una marejada de armonía concertante que venía de afuera. Era como una orquesta, y un vasto zumbido, y el ronco ruido del mar.

—La oración de la mañana, mama —dijo el muchacho, y se puso a cantar a media voz. Ella entendía palabras sueltas, fuertemente acentuadas: «Dios

qu'eres…

Bondad Belleza; Misericordia y Piedad…». Jamás había oído nada comparable a eso: parecía el cántico de toda la tierra, cántico que se levantó a un punto que parecía hacer temblar la casa, y cesó. El muchacho se santiguó. Entró Ciro.

Bajaron los tres a una catanga désas, diferente un poco, con ruedas altas; y empezaron a circular despacio por la ciudad luciente: cosas increíbles pasaban delante de la carrocería de cristal bombeado, que se abovedaba arriba. Estaban los tres delante, Ciro al volante, y el vehículo se estrechaba hacia atrás, con dos asientos más. El mozo tomó un auricular, giró un disco numerado, y dijo: Por donde quieras, Beltrán. Queremos ver el Puerto, el Gnostón, y los jardines de Palermo. —¿Con quién hablas, hijo? —Ese ratoncito que va delante ¿ves? Con el hombre de uniforme rojo y negro. Nos abre camino: Yo no conozco bien. Transmisor manual. En un

momento puede uno ponerse al habla con ellos, cuando los necesita, por radio.

—¿Qué son? He visto varios con ese penacho rojo…

—Federales o Cristóbales. Hay por todo, madre. Lo arreglan todo —dijo Ciro.

—¿Policía?

El Resucitado rió.

—Gente que ayuda, que trabaja por los demás. Sí, policía, vamos al decir, nobles, diría yo. Se organizaron después del Suceso, y comenzaron a poner orden por todo. Una especie de congregación o cofradía, más bien. Ponen orden en todo, simplemente. Son todos célibes jurados.

—¿Algo así como las antiguas órdenes religiosomilitares entonces?

Rió de nuevo el Resucitado y dijo:

—Nada de militar, mama. Llevan sin embargo un arma, que inmoviliza a un hombre a los 25 metros; va, lo hace dormir tres horas. No hay ya otra clase de armas… Ahí queda el Puerto ya.

—¡Yo quiero ver primero las iglesias! —rió ella.

—No hay más iglesias, madre.

—¿No hay más iglesias?

—No. Figuras de la Virgen María sí, por todas partes. Ya las verás. La Virgen María es el templo vivo de Dios. Y además el Templo de Jerusalén recién acabado, que también verás.

—¿Me vas a decir que Cristo al volver suprimió las iglesias?

—Fueron hechas polvo a su venida. Todas habían sido profanadas por el culto del Maligno.

—¿Dónde se bautiza la gente… y comulga?

—Los sacerdotes hacen la Eucaristía en la Cena, en casas de familia o en sus casas. Bautizan los padres de familia. Se casa la gente ante el Anciano del barrio. No hay Obispos, hay sacerdotes «inspectores» que visitan a los otros. No hay funerales: los sacerdotes estudian, curan o enseñan.

—¡Santo cielo! ¿Han cambiado toda la religión de antes?

—No, madre. Se ha completado más bien. Se ha simplificado o subsumido. Es la Iglesia del Espíritu Santo, después de la del Padre y la del Hijo. Es ahora más o menos como en la primitiva Iglesia.

—¡Se ha borrado el pecado original!

—No. Se han atenuado enormemente sus efectos. En mí, sí, por suerte… —rió. Confiesan en público sus faltas, en la Cena, menos las

graves. El que tiene faltas graves, va al sacerdote en particular. ¿Bajamos al Puerto, o quieren verlo desde aquí?

—Desde aquí nomás —dijeron los otros dos.

Enormes transatlánticos de forma elíptica se amontonaban blandamente asentados en ringle entre los dos malecones, con planchas de metal arriba como biplanos y unos cuatro o cinco árboles torcidos hacia atrás, sobre y entre los cuales hervía un hormiguero de hombres de azul, descargando bultos por medio de máquinas que se movían como insectos fantásticamente elegantes. Algunos capataces con el traje crema de Ciro y botas vagaban entre ellos.

—¡Bien organizado! —exclamó Ciro. ¡Qué enormidá de gente!

—¿No envidian más a los patrones? —preguntó Na Electa. Digo, los obreros…

—Casi no hay patrones, madre, la propiedad está comunicada. Y el trabajo es alegre, trabaja más que todo la inteligencia, la máquina hace todo lo bruto. Cada uno aprende y elige lo que quiere hacer. Se sortean los capataces cada seis meses. Algunas rencillas hay, es claro, de vez en cuando: odios, no. Fíjense, entra un barco: ahora van a verlo entrar.

Venía a lo lejos un cisne désos, agrandándose por momentos, hasta hacerse enorme a la vista, con la suavidad de un vuelo de gaviota; pues efectivamente vieron que no tocaba el agua, y era impulsado por filas de remos que eran chorros de vapor, los cuales hacían hervir y bullir la superficie al herirla al sesgo. Silbó la sirena, relentó la marcha, y se acomodó delicadamente como un pájaro en un vacío del malecón entre otros dos. Inmediatamente bulló el obreraje entorno.

—El Cargocorreo de las Antillas, creo —explicó el muchachito.

—¡Qué cosa! —exclamó Ciro, con los ojos rasgados. ¡Me gustaría andar en uno désos! ¡Por todos los mares del mundo! ¡Nunca he visto el Mar!

El muchacho no respondió hasta que estuvieron otra vez en marcha.

—Es fácil, Ciro. Cuesta poco. Yo te puedo atender por un tiempo la fábrica. Podés volver por mar de Jerusalén… pero solo.

—¿Y la madre?

—Ella se queda allá.

—¿Por qué? Yo quiero que viva conmigo.

Se hizo silencio. Calló el uno y los otros dos callaron meditabundos, hasta que:

—El Gnostón, mama. La principal casa de estudios —dijo el guía.

Estaban ante el jardín de un inmenso edificio en cinco cuerpos, el

central más alto que los otros, como una especie de estrella o corola; y realmente parecía una flor de colores vivos, con arabescos sencillos de diferentes tonos como marqueteados en las paredes; donde entraban y salían gentes de ropajes largos y birretes, o se paseaban por los jardines. Del macizo frente venía son de música.

—¿Qué estudian? ¿Música?

—Religión, historia, poesía, matemáticas y metafísica. Las escuelas técnicas están en otro lado, hay muchas. Esos grandes edificios blancos, ¿no has visto?

—¿Son todos sacerdotes?

—No. Visten así. El que quiera puede estudiar aquí. Son los federales los que manejan la escuela. Sabios de todo el mundo vienen aquí. Por supuesto, se habla neohebreo. Casi toda la población ya lo habla.

—¡Cómo me gustaría aprender! —dijo Ciro. Yo, fuera de la química…

—Vos, esto veo y esto quiero —sonrió el hermano menor. ¿Querés hacerte doctor también?

—¡He escrito un libro de versos! —protestó el otro. De por mí nomás y sin estudios. No soy tan…

—Serán en guaraní —dijo el muchacho, mientras la carrocita enfilaba al Oeste, deslizándose suave.

La viejita se había dormido sobre su asiento.

—Vamos al Cangrejal, para que tengan una idea del mundo de antes.

Iban por una avenida, donde circulaban máquinas grandísimas, vehículos como camiones, vehículos como grúas y trilladoras. La edificación, tan sorprendente como siempre, comenzó a ralear; y aparecían las fábricas, cuadradas ellas, relumbrantes al sol, de cristal semilúcido azulino, con sus perezosos penachos de humo, como cortaderas.

—Hay que comer —dijo el muchacho, y despertó a la madre. Paráte allá, Ciro, en aquel porticado. —El catanguita guardia había parado allí; cuando ellos bajaron, el uniformado saludó, y desapareció por un corredor, después de decir unas palabras al portero; el portero los llevó a un gran comedor, tapizado de raso amarillo con flores verdes, en cuya puerta rezaba: «Comedor San Blas». A Ña Electa le pareció de un lujo extraordinario. Había muchas mesas ocupadas por gentes que charlaban bajo; y en un estrado, tres hombres con unos instrumentos como arpas, de donde venía una música rara. La mesa tenía un jarrón con clematites, cristalería y plata que parecía fina, pan y vino. Ciro sacó del bolsillo un disquito de plata que tenía a un lado en relieve el número 5 y en el reverso con letras neohebreas y

latinas «Región subcontinental», y se lo pasó a su madre:

—Moneda válida en todo el mundo, Doña —dijo— moneda internacional sistema Agustín María Trucco.

Después sacó un bolsillo de gamuza lleno de monedas y se lo pasó a la madre:

—Pague usté como antes, mama.

Y se pusieron a hablar de los tiempos de mucho antes. Aquí estaba prohibido hablar de la guerra. Por lo menos, los cantores no podían cantar los romances que por todas partes el pueblo había hecho acerca de las hazañas «de los nuestros». Los cantores decían unos cantos actuales, con una dicción sumamente clara y lenta, temas religiosos algunos, que parecían gregorianos, y una melodía nueva y extraña; y también viejas melodías nativas, llenas de alegría y olvido:

—¿Qué guitarras son ésas? —preguntó la mujer.

—Instrumentos nuevos, mama.

«Con una bolsit'e máis
Que le llaman zaratata
Y dos vicuñas en pelo
Para tejer una manta.
No te olvidés compañero
Si vas pal Norte,
Yegáte hasta Tucumán,
Así comemos un bote…
La mula pisa blandito
El tero pisa con plante…»

Ciro le dijo al garzón que los servía con ceremonia:

—Dígales que canten correntino, pa.

El otro se fue a los cantores, y volvió sonriendo:

—No saben —dijo. Son tucumanos.

Ciro se puso a cantar:

Ha upe-í yahiope
Opibo berá
Tupasi poraicha
O mano mbiyá

—¿Cuánto tiempo hace del suceso, hijo celestial?

—Por favor, no digan que soy resucitado. Diez años, mama.

—Con razón me pareció un siglo, sobre todo cuando se me murió la huaynita Ulogia, que estaba conmigo, la huachita, que le dio una pulmonía ¡y sin un médico allí! Con razón envejecí…

—Está jovencísima, mama. Está linda. Está como cuando eras muchacha.

—Ya sé, Ciro. Me he visto en el espejo. Pero estoy vieja. No tengo fuerzas. Me canso enseguida. Me duermo. ¡Y ahora tanto pensar de golpe! Todo cambiado.

—Por suerte, mama. Ya aquí no se podía tirar más. Cuando me engancharon, pensé que por suerte al fin venía un cambio, vino pa pior digo, pa mejor, si miramos lo de ahora. No había gobierno, eran gavillas de ladrones… internacionales. Nos hacían elegir presidente entre dos o tres degradados —o desconocidos— a cual pior, farsantes. Dijo un santo muy antiguo, que se casó tres veces, que escoger mujer era como elegir metiendo la mano en una bolsa donde hay una paloma y nueve culebras…

El Resucitado rió:

—Ése fue el inglés Tomás Moro. No es antiguo, Ciro. Lo conozco.

—Bueno, aquí nos hacían elegir metiendo la mano en una bolsa donde había tres culebras sin paloma. Elegíamos cualquiera, porque nos obligaban a votar. Suerte que acabó todo. ¡Qué farsa!

—Vamos a ver cómo era antes, y cómo acabó todo —dijo el muchacho levantándose. Vamos al Cangrejal.

A poco andar llegaron a aquel paraje pavoroso, que parecía un mar de tierra removida, con olas a veces grandes como una casa: una laguna infernal que se perdía de vista, llena de pozos, ruinas, escombros, charcos, y aun lienzos de pared quebrados. Parecía los volcanes de la luna, o esos paisajes yermos de San Juan, yendo hacia Ullún.

—Los efectos de la bomba atómica —dijo el guía. Lo que queda del viejo Buenos Aires. Todavía no se ha podido arreglar.

—Se me hace que antes era así en lo moral —dijo Ciro. Un caos. Tenía que venir la guerra… y vino.

El muchacho había entrado el vehículo en la infernal bufera. —Con esto podemos trepar por todo —dijo— es una Caterpillar, un oruga. Empezó a zigzaguear entre las ruinas, arrojando cascotes a los lados, y a veces desenterrando huesos. El piloto había hundido una palanca, y las ruedas se habían erizado de una cadena de cuchillas o paletas. El aspecto se

hacía cada vez más desolado y horripilante.

—Todo fue arrasado e incendiado con tres bombas. La Alianza Asiática arrasó seis capitales mundiales a la vez, sin declarar la guerra, en una noche. Hemos retirado todos los muertos al alcance, pero todos todos no hemos podido… Ese olor…

La viejita dijo:

—Volvamos, hijo. De horrores yo tengo basta. Esto es insoportable para mí. No puedo mirar. El infierno, el lugar sin orden, donde todo es confusión.

Cayeron de repente en un hoyo profundo, inundado de barro en el fondo. Cayeron de cabeza y el golpetón los aturdió.

—¡Malaño! —dijo Ciro— un sótano. ¿Estás golpeada, mama? Vamos a tener que salir, y trepar de a pie, malaño.

—No —corrigió el otro— nos quedaríamos en el barro. Tomó el volante y maniobró con rapidez. El escarabajo de metal hocicó para arriba, y comenzó a prenderse medio patinando en la pared casi a pico que se desmoronaba. La posición era incomodísima. «Agarrate fuerte mama desta barra». Ella dijo:

—Cosa del diablo.

—Dentro de poco estará todo emparejado y comenzará la edificación, mama. ¿Ves allá a la izquierda? Una grúa excavadora.

Volvieron a la casa ya anochecido, después de haber paseado por los antiguos jardines de Juan Manuel de Rosas, ampliados con los terrenos ganados al río, y cenado en un mirador.

—Yo me quedaría aquí —dijo Ciro— pero esta mujercita quiere ir a Jerusalén.

—Yo quisiera quedarme —dijo ella— esto es muy lindo, pero quiero ver al Tata.

—La oración de la noche —avisó el joven.

De nuevo se alzó y cayó tupidamente sobre la urbe el himno de colmena y mar.

—Esta línea es el trayecto más corto —dijo el Resucitado a su hermano, habiendo hecho girar una serie de mapitas espesos de nombres geográficos por un cuadriángulo iluminado 7 200 millas marinas, sobre Portoalegre, Isla de la Ascensión, Guinea, Sahara, Libia, Egipto e Israel: llegaremos después de comer. Yo por mí me hubiese ido hasta Spitzbegen en el Polo Norte, y después bajado por Escandinavia, Varsovia, Turquía y Siria, doce horas, pero la mama aquí está apurada…

—No estoy apurada, no estoy cansada ni estoy dormida tampoco.

Habían partido a media mañana en un helicóptero más grande, que tenía comedor y cabinas, cocina y biblioteca. Los tres estaban en la dirección, mas el «piloto automático» los llevaba él solo.

—Nunca había visto el mar —agregó ella. Bah, es como el Paraná. Dios es grande.

—¿Qué canta el mar, *Sy-mí*?

—Canta: «Grande es Dios».

—No has visto aun Jerusalén, mama. Es más grande que toda la Natura. Allí reina Dios. Ustedes cumplen ahora con el Precepto.

—¿Qué precepto, hijo?

—Hay obligación de peregrinar a Jerusalén una vez por año, al Templo. Eso sustituye a todas las antiguos ceremonias rituales. Los adultos no impedidos solamente; pero van todos, incluso enfermos, niños y ancianos, el viaje es fácil. De Europa y Asia muchos va a pie o a caballo —o camello— hay hospitalidad por todas partes. En todo momento Jerusalén está atestada de peregrinos; dentro de poco será la ciudad mayor del mundo.

—¡Qué negocio para los judíos! —dijo Ciro.

—Trabajo mucho y negocio poco, malicioso. Jerusalén se ha vuelto el laboratorio religioso del mundo. Allí elaboraron el neohebreo, lingüistas de todas las naciones; y siguen vigilándolo desde la Academia. Cuando vean a Jerusalén, no van a querer salir. La vida allí es activa, piadosa y plácida. No todos van, sin embargo: hay tibios entre los hombres, que no cumplen el Precepto.

—¿Los castigan? —dijo Ciro.

—Se considera bastante castigo el privarse de lo que allí se ve. No. Se considera pecado interno: nadie los molesta. El Pontífice lo ordenó así.

—¿Qué es lo que se ve allí, hijo?

—Ya lo verá, *Sy-mí*. El Templo ha sido terminado, sobre el Monte Calvario, no sobre el emplazamiento Antiguo: donde la Bestia estaba reedificándolo para hacerse adorar allí, como de hecho se hizo adorar en San Pedro de Roma. Ese Templo inconcluso fue pulverizado, y el sitio se conserva baldío. Este otro Templo es la maravilla de la arquitectura de hoy, digno de Dios, si Dios pudiese habitar en obra de manos, digno del mundo ya regenerado. Pero el verdadero Templo y la verdadera Jerusalén somos… los Resucitados. Y no digo «somos», porque yo, por ahora, soy el hijo menor de Ña Soria y Barrientos, ni más ni menos. Me hago el hijito menor, mama. Pero vivo en otra esfera.

La viejita ahogó un leve sollozo.

—¿Hay muchos? —inquirió Ciro.

—Pocos relativamente, pero en continuo aumento. El proceso sigue…

—Increíble y no creíble —dijo Ciro. ¡Que yo llegase a ver todo esto! ¿Y en qué acabará todo? Resucitao ¡Demasiao bueno pa ser verdá!

—¿Se aparece Jesucristo en el Templo? —dijo Ña Electa.

—Creemos que algún día aparecerá.

—¿Adónde va todo esto? —reiteró Ciro.

El muchacho calló un momento.

—Creemos… según las profecías… que después de largo tiempo resucitarán también todos los condenados, de una vez, en toda la tierra, como un volcán.

—¡Zambomba! ¡No! Eso sería espantoso. Sin duda pueden mucho. ¿No están bien dónde están?

—Una convulsión pasajera. Y después se harán «nuevos cielos y nueva tierra», como está escrito. El Dragón ahora está encadenado, pero tiene que ser soltado «por breve tiempo».

—¿Por qué, m'hijo?

—No sé —musitó el joven. No lo sé… para decirlo, madre. La Visión de Dios, madre, lo que llaman…

—¿No tienes ya la Visión Beatificante?

—Se retira detrás, como si dijéramos, cuando aparecemos. Tenemos entonces la ciencia humana, *nos volvemos hombres*, así como un hombre sabio que anduviera por la tierra.

—¿Cómo Jesucristo cuando andaba por la tierra?

—Más o menos. «De aquel día y aquella hora nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo del Hombre, sino solamente el Padre». Por supuesto que Cristo sabía perfectamente la Hora, pero la sabía en un plano diferente, del todo indecible: por eso dice: «el Hijo del Hombre». Más cosas sabrás en Jerusalén, madre, en la Escuela de la Profecía.

—Yo tengo que dar la vuelta pronto —dijo Ciro— por mis obligaciones… Lástima… bueno, allá está África… (¡Qué calor no vamos a tener ahora! Bueno, volaré alto). Me espera una morochita en Cachi: tengo que casarme… ¿Por qué no puede volver la mama conmigo?

—Hoy día muchísima gente no se casa —evadió el otro. Miles y miles.

—¿Por qué?

—Imitación de Cristo. Vida mística. No viven en conventos como enantes, no. A ellos solamente nos aparecemos los resucitados —quiero

decir, hablamos con ellos.

—¿Y yo entonces? —dijo la madre.

—Privilegio, mama. Yo lo pedí. Dios juzgó que lo merecías.

Ella se puso a llorar.

—Yo creía que Dios me había abandonado —confesó suavemente— allá en aquella soledad de enloquecer.

—¡Israel allá! —anunció el piloto después de un silencio. Hemos salido de Egipto. El Sinaí allí abajo.

—«Hemos salido de Egipto», canta el aire —dijo la señora.

Cohetes señaleros estallaban no muy lejos.

—¡Jerusalén! —exclamó Ciro, señalando allá en frente como un almenado promontorio de oro.

—Dirigí derecho al pelotón de humo blanco, el último cohete —dijo reposadamente su hermano.

El templo se destacó de golpe por encima del Monte Sión, tan enorme que parecía una colina sobre otra colina, color de oro mate, recortado netamente por el sol de mediodía, un altísimo pináculo formado por cuatro espolones remataba en una cruz. «La Ciudad sobre el Monte» —dijo Ciro. Su madre se había alzado toda temblorosa.

—Allí te volveré a ver —le dijo el hijo joven. Un poquito me veréis y otro poquito no me veréis.

—¿Cuánto tiempo quedaré allí?

—Morirás allí, mama. La segunda gracia.

—¿Y resucitaré?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Pronto.

Ciro había atrapado de golpe el aliento.

—Si es así, yo me quedaré con madre mientras ella viva.

—Eso está bien —dijo el otro.

—Y que mi novia venga aquí.

—También está en el orden.

Las bengalas dieron dos veces la orden de «Deténte». Ciro, desplegó los alerones y suspendió el pajarón en el aire, meciéndose suave en la cálida brisa del desierto. ¿Qué pasa, malaño? —dijo—. Cuestión de protocolo —dijo la voz a su lado.

De allá abajo se desprendió una avioneta, seguida, a la cola, a ambos lados, de otras dos más pequeñas, hacia ellos.

—El Tata nos esperaba.

El avión israelita se agrandó rápidamente hacia ellos, como a embestirlos. Cuando estuvo bien enfrente, levantó el hocico a pocos metros, y lo bajó profundamente, como en una reverencia. Doña Electa extendió la mano izquierda, para apoyarse en el brazo de su hijo menor. No estaba más allí, había desaparecido. Entonces se puso de pie como enloquecida, con un grito: ¡Tata Gregorio! ¡Y Ramoncito con él, el huaynito idiota que vendía Biblias!

Contra el cristal frontero del avión israelí se veía la cabeza de un correntino enjuto de rostro alargado, cabello gris, y dos mostachos tumbados casi en la comisura de los labios; y al lado, al volante, la porra greñuda como un gran camoatí de una cara de luna llena, ya no idiota.

El avión recepcionario giró lentamente sobre sí mismo y sesgó hacia el Erosdromo en una suave oblicua de hamaca. Ciro lo siguió, y la escolta se situó a sus flancos. El bravo sol de Oriente envolvió en reflejos a los tenues y firmes aparatos, que hendían el aire como si fuese blando aceite. Estaban en la Nueva Jerusalén. Todo cantaba en torno de ellos.

El muchacho que pasó raspando sudoroso examen,
La sirvienta fea y seca que se casó,
El huérfano que encontró dos almas que lo amen
No saben lo que yo.

Ni el poeta que atrapó la rima alucinante
Ni el incurable que en Lourdes se curó
Ni el novio que escucha el sí, ni en ese instante,
Saben lo que sé yo.

Ni en el Dus que jugó la vida y alzó la banca
Ni en el Rey a quien todo el mundo obedeció
Ni en Blanca Flor ni en la Princesa Blanca
Ni en Rizosmil ni en Cenicienta, no,
No me trocara yo.

Ni el Mariscal que ganó la guerra, ni el ingeniero
Que hizo la torre Eiffel, ni el que inventó
La luz eléctrica y el acero.
No digo que yo soy más que todos, pero

Ninguno es como yo.

Por lo tanto, cantemos un canto interminable
Que nadie sabe más que yo,
El canto de diana del dulzor interminable,
Reventado en el pecho en surtidor interminable,
En verso dedicado a la Vida interminable
Y a la Muerte que para siempre terminó…

APÉNDICE
EL ARTE DE LAS PARÁBOLAS

Las parábolas de Cristo son pequeñas obras de arte, indudablemente: arte elemental, todo lo que quieran. Este simple hecho, conocido hace veinte siglos, dirime por sola presencia tres difíciles problemas de Estética, a saber: 1º, el proceso al Arte; 2º, el Arte y la Moral; 3º, esencia de la Belleza.

Pueden ser dirimidos de otro modo, por raciocinio abstracto, por supuesto: aunque dese modo existe una discusión secular. Pero el hecho del «Arte de Cristo» los dirime autoritativamente. Voy a mentarlos en forma breve y sencilla.

EL PROCESO AL ARTE. —Es conocida la frase de León Bloy: «*El Arte es un parásito aborigen de la antigua serpiente*. Deste origen deriva su inmenso orgullo y su potencia de sugestión. Se basta a sí misma como un dios; y las coronas floronadas de los Príncipes, comparadas a su tocado de centellas, parecen yugos o cepos. Es tan refractaria a la adoración como a la obediencia; y la voluntad de nadie la doblega ante ningún altar. Puede consentir en hacer limosna de lo superfluo de su fasto a Templos o Palacios, cuando eso le trae cuenta, pero no hay que pedirle ni una guiñada supererogatoria… Se podrá encontrar excepcionales desdichados que sean a la vez artistas y cristianos, pero no se encontrará un arte cristiana…». (*Belluaires et Porchers*).

Esta afirmación-límite, hecha para marcar una profunda antinomia (que es el problema) es repetida muchas veces por el Tertuliano francés:

«Helio se persuadió, en la demencia de su celo, que podía haber *un arte cristiano*, sin sospechar un instante la experimentable cizaña evocada por esta expresión, y sin oír los aullidos simultáneos destos dos vocablos incompatibles…». (*Un brelan d'excommuniés*).

«Yo no soy un artista, soy un peregrino del Absoluto…» aunque al final (*La femme pauvre*) puesto que indudablemente *era* un artista, admite a regañadientes al Arte en función de puro y simple vehículo.

«Entonces ¿qué quieren que les diga?, si el arte está en mi bagaje, ¡tanto peor para mí! No me queda más remedio que poner al servicio de la Verdad *lo que me ha sido donado por el Error*. Recurso precario y peligroso, porque lo propio del Arte es amañar ídolos…».

Para mejor apareció después un degenerado (literalmente) que, apoyándose en las proposiciones extremosas y relativas a su tiempo, de León Bloy, salió diciendo que «el demonio colabora en toda verdadera obra de arte», y que «el motor universal del Arte es el Pecado», y *ainda mais* que «con los buenos sentimientos es con que se hace la mala literatura». Lo curioso es que las obras de él que son pasablemente buenas, están hechas con buenos sentimientos; y las perversas son aburridas y gélidas, cerebrales. Mas no era el problema de la literatura perversa (que no es problema) el que inquietaba a León Bloy.

Era el mismo problema que en el mismo tiempo o poco antes inquietaba a un jorobadillo que él no conoció, Soeren Kierkegaard, (Suren Kirkegord) temeroso siempre de ser solamente «un poeta religioso» en vez de un varón religioso y un «Caballero de la Fe». Nadie ha planteado el problema con tanta acuidad (y no olvidemos que el problema remonta a Platón) como el danés, en su caractología o etopeya de los poetas. Resumiré, o indicaré solamente esa requisitoria contenida en su tesis doctoral juvenil *El concepto de la ironía en Sócrates*.

El poeta vive en el plano estético (el plano de la sensación y la impresión), más aún, tiene el poder de hacer bajar lo ético y lo religioso al plano estético, labrando dello imitaciones o imágenes («mimesis») que pueden tomarse por lo real, no siéndolo.

El poeta es aquél que sueña con un acto, el cual no llega jamás a realizar: esencialmente es aquél que no cumple jamás la reafirmación de sí mismo.

Ser poeta es tener su vida personal en categorías radicalmente otras que las que se exponen poéticamente… Lope de Vega vive en concubinatos incesantes y en adulterios sacrilegos (siendo ya sacerdote) y al mismo tiempo escribe purísimos sonetos a Jesucristo y «Autos sacramentales».

Una existencia de poeta es una existencia infeliz; su vida pierde la continuidad; su alma hace movimientos momentáneos y desordenados como la rana galvanizada: muchas veces entre sí contrarios.

Es que el instante estético es lo que hay más lejano en el mundo del instante de la eternidad.

El esteta adopta una relación falsa con el tiempo: busca invertir su curso, transformar la esperanza en recuerdo. Eso es sin duda lo que expresa la música de Mozart, esa nostalgia del recuerdo, esa aspiración melancólica hacia el pasado. El esteta vive en lo posible y lo pasado, no en lo presente.

El que vive estéticamente lo espera todo de afuera; su vida es excéntrica.

Kirkegord ha pasado por esa vida «estética» de que habla; aunque el estado estético puro, que es la inmediatez misma —la pérdida del hombre en las sensaciones sucesivas— es casi irrealizable, es más propio del animal. Pero la persecución directa y continua de lo bello, lo pintoresco, lo interesante… acaba por deshacer la vida, y lo que es más curioso, el Arte misma —decía Baudelaire.

Mucho más larga es la diatriba. En realidad, Kirkegord piensa en los poetas románticos de su tiempo, a los cuales conocía… y a los cuales perteneció: en un Víctor Hugo, por ejemplo, o en su desdichado amigo y maestro Paul Moeller.

Rechaza a Schelling, y su pretensión de que el artista es el paradigma del hombre, y el verdadero HOMBRE; y todas esas pamplinas del «sacerdocio del Arte», «el valor sacramental de la Belleza», «la Poesía es Religión», que badalacaban los románticos. «La poesía es la ilusión antes del entendimiento; la religión es la ilusión después del entendimiento» —responde Kirkegord. En efecto, la poesía y la religión se tocan en un punto: pero también los extremos se tocan.

«El esteta es el que vive poéticamente: el que no sufre ningún yugo, busca el goce, disuelve toda realidad en posibilidades y sueños, crea una ringla de humores entreverados, y va sin cesar hacia nuevos deseos… todo lo contrario de la Eternidad…». No es el retrato de algunos (muy pocos) grandes poetas, pero es retrato de todos los menores… y de algunos mayores.

Platón los expulsaba de su «*república*», incluso al viejo Homero (del cual toma versos sin embargo) incriminándole su descripción complaciente y desedificante de las torpezas morales del Olimpo; aunque no a todos, sino a los existentes entonces, pues postula la aparición de una nueva poesía purificada. Lo mismo hace San Agustín con respecto a Virgilio, al cual condena, y sin embargo… se lo sabe de memoria. Adora sin embargo el Hiponense a los profetas hebreos; y él mismo es poeta. Casi todos los que han hecho el «proceso del Arte» fueron grandes artistas —incluso

Savonarola.

¿Habrá que decir pues que el Arte es lícito y decente sólo cuando es *docente*; cuando se vuelve un mero vehículo de una enseñanza, una edificación o una moralización: «fermosa cobertura de cosas útiles», como definió a la Poesía el Marqués de Santillana? Ése es el segundo problema. Y que el Arte PUEDE hacer eso sin dejar de ser artístico lo dirimen, contra los exageradores del «arte puro», las parábolas de Cristo.

EL ARTE Y LA MORAL. —Los artistas siempre se han sentido independientes de la Moral. El artista en cuanto artista (no en cuanto hombre) es perfectamente amoral. Su plano de actividad no es el de las costumbres, sino el de la contemplación. ¿Qué contemplación? Contemplación de las formas sensibles, que él maneja y combina como un mago. Por lo sensible llegamos al primer conocimiento de Dios; y en el último conocimiento de Dios todo lo sensible se transfigura en Eternidad, cierto; pero la *magia* es peligrosa, porque de blanca puede volverse negra.

«¡El Arte por el Arte!» —gritó Teófilo Gautier. El artista ni necesita ni debe someterse a un fin útil. La obra de arte tiene su finalidad en sí misma. Si es verdadera obra de arte, es moral —mejor dicho *supermoral*. La esfera del arte es superior a la de las costumbres. Si el espectador de una obra de arte es incitado al mal por ella, la culpa no es del artista sino del espectador. El artista se lava las manos: su ley es la obediencia al Objeto: no hay objetos «malos» para la inteligencia…

Ésta fue la teoría de los «estetas» del siglo pasado y la práctica de casi todos los artistas de casi todos los siglos. Frente al Moralista que les grita (con cierta razón): «¡Es imposible que una obra inmoral sea bella!», contestan simplemente (y con cierta razón): «¡Es imposible que una obra bella sea inmoral!». —Véase la ilustración desta paradoja en la gran polémica que hubo en Francia allá cuando yo era muchacho, alrededor de 1923, a causa de *Le Jardín sur*
l'Oronte
de Barres, en que vocearon desde el abbé Vincent, que la provocó, hasta Maritain, que la cerró, con *Art et Scholastique* quizás la mejor de sus obras.

Baudelaire les hace eco (a los «estetas») en uno de sus admirables ensayos (*Drames et Romans Honnêtes*)… Verdad que escribe allí contra «la escuela burguesa y la escuela socialista»… «Naturalmente —dice— una predica la moral burguesa y la otra la moral socialista; y entonces el arte se convierte en una cuestión de propaganda» —deja de ser arte.

«El Arte ¿es útil? Sí. ¿Porqué? Porque es Arte. ¿Hay un Arte pernicioso? Sí. Es el que desconcierta las condiciones de la vida. El vicio es seductor, hay que pintarlo seductor; pero el vicio trae tras de sí enfermedades y dolores morales singulares: hay que describirlos. ("Es feo en Arte todo lo que miente"). Estudiad todas las llagas como un médico que hace su guardia en un hospital; y la escuela del buen sentido, la escuela moral a secas, no hallará nada donde morder. ¿El crimen es siempre castigado, la virtud siempre recompensada? No, mas sin embargo, si vuestra novela o vuestro drama está bien hecho, no dará a nadie ganas de transgredir las leyes de la natura. Desafío a que se me halle una sola obra de ficción que reúna todas las cualidades de lo bello y que sin embargo sea perniciosa…».

Hasta aquí el Baudelaire esteta. Pero el mayor artista de los tiempos modernos no va a caer en los sofismas simplistas del «Arte por el Arte». Escribiendo después sobre la «Escuela pagana». (*Païenne*
L'Ecole
) dice —coincidiendo sin saberlo con su contemporáneo Kierkegaard:

> Despedir a la razón es matar la literatura. Renegar los esfuerzos de la sociedad precedente, cristiana y filosófica, es rehusar la fuerza y los medios de perfeccionamiento. Rodearse exclusivamente de las seducciones de la belleza física, es crear grandes lazos de perdición. Durante mucho mucho tiempo no podréis ver ni amar ni sentir nada más que lo bello, lo bello solamente —y tomo esta palabra en sentido restringido. El mundo os aparecerá solamente bajo su aspecto material, y los resortes que lo mueven se os esconderán…
>
> El gusto inmoderado de la forma impele a desórdenes monstruosos y arcanos. Absorbidos por la pasión feroz de lo bello, lo picante, lo lindo, lo pintoresco (pues hay muchas variedades), las nociones de lo verdadero y lo justo desaparecen. La pasión frenética del Arte es un cáncer que devora el resto; y como la ausencia neta de lo justo y lo verdadero en Arte equivale a la ausencia de Arte, he aquí que el hombre entero se hace humo: la especialización excesiva de una facultad termina en la nada. Comprendo los furores de los iconoclastas y los musulmanes contra las imágenes. Admito todos los remordimientos de San Agustín por el excesivo placer de los ojos. El peligro es tan grande que excuso hasta el aniquilamiento de su ocasión. La locura del Arte es igual al abuso del ingenio: la erección de una destas dos supremacías engendra la bobería, la

dureza de corazón y una montaña de orgullo y egoísmo…

Habrá que decir pues que:

1º, el artista como artista no está sometido a las leyes de la Moral común sino a las del objeto, a la producción de una forma bella; pero como hombre, naturalmente debe evitar hacer daño a nadie, ni a sí mismo. El asunto se vuelve complejo en la práctica.

2º, una obra de arte perfectamente realizada no puede ser inmoral *en sí misma*: es un objeto de contemplación intelectual, pero por las circunstancias puede hacer daño a cierta gente; y cuando se da ese caso, aunque el artista no haya faltado en hacerla, el Príncipe debe suprimirla —o reservarla; dice Santo Tomás de Aquino. Más complejidad. No lo vemos a Frondizi haciendo destruir (después de pagarlo) los dibujos lúbricos de Alejandro Sirio.

3º, cuando una intención o una pasión torcida del artista penetra en la obra, ella falla no solamente como Moral, sino como Arte. Eso por lo general le pasa solamente a los artistas medianos: el gran poeta, absorbido por la intuición de una idea que es mayor que él, suele ordenar al menos momentáneamente sus pasiones al imperativo del orden estético. No obstante esto, Ricardo Wagner dijo una vez: «Si los Gobiernos supieran el veneno que hay en mi música, la harían quemar…». Es verdad en cuanto al *Tristán* y al *Holandés errante*, pero no respecto al *Parsifal* o a los *Maestros cantores*: Wagner se calumnió un poco.

4º, cuanto más noble y elevada sea el alma del artista al crear, alcanza esferas más altas de belleza. Los santos que han sido artistas (pocos) y que han «ejercido» su arte (más pocos aún) son la cumbre de la Humanidad.

Y eso fueron las parábolas de Cristo, malgrado la tenuidad y sencillez de su materia y de su formalidad artística.

La razón de la antinomia del Arte reside en la natura caída del hombre: el Arte es algo que tiene que ver con lo divino por una parte, y por otra, está alojada en un sujeto corruptible, fácil al descarrío. «Yo, sin mis defectos», definía a la oratoria un gran orador (P. Ravignan). Pero el artista suele pasar

su alma a su obra con todos sus defectos, o por lo menos, puede fácilmente hacerlo. Digamos un poco inexactamente que para que haya creación artística tiene que haber un matrimonio del cielo con la tierra; y según el uno o la otra sea el Varón (o la Mujer, «el que manda», quiero decir), la obra es medicinal o ponzoñosa; mas siempre o casi siempre, un poco de ponzoña hay.

La Belleza, que es el objeto del Arte, tiene que ver con la Verdad y el Bien ontológicos, que son dos nombres de Dios, y cuya búsqueda no es peligrosa, al contrario; pero la Belleza es el resplandor desos Transcendentales a través o por medio de las cosas sensibles; y el Hombre está demasiado apegado a lo sensible, y sus sentidos están desordenados: «concupiscencia» llaman los teólogos no solamente al desequilibrio más notorio respecto a la lujuria, sino respecto a todas las cosas creadas, incluido el propio yo. Kant afirmó o implicó que la belleza corporal humana *depende* esencialmente del apetito sexual o concupiscencia, y Freud que es el apetito sexual pura y simplemente, lo cual es manifiestamente falso.

Pero que hay relación es cierto: de ahí que el Arte se convierta tan fácil en fautor de disipación (lo que notó Kirkegord), de disolución, e incluso de idolatría, por así decirlo; y en el que lo crea, en fómite de soberbia o de borrachera intelectual. Esta cuitada gente que aquí en la Argentina se ha entregado al culto del ídolo «Literatura» o «Cultura» o «Arte» como si fuesen valores absolutos, no sabe adónde va, y ordinariamente arruina su vida.

El Arte sirve al lujo; y el lujo y la lujuria están cerca. El Arte es un lujo intelectual, un lujo del alma; y el alma lujosa orilla el orgullo. El Arte juega, es un juego, pero juega a la creación, como Dios, y por eso está cerca de la idolatría. El Arte tiene que ver con lo divino: mas el fin último del hombre no es lo divino sino Dios mismo, personal, infinito e inaccesible, anoser por la Gracia.

Esto explica las inmensas desviaciones o aberraciones que hallamos en su historia; la desconfianza que han nutrido hacia él muchos hombres religiosos, e incluso las monstruosidades en que se ha precipitado en nuestros días al llamado «Arte Moderno».

Una sección del Arte de hoy ha seguido la correntada de su época, y se ha vuelto «hereje», no ya solamente respecto a la religión, mas respecto a la razón: se ha sublevado incluso contra la misma natura: hacen poemas «sin sentido», es decir, insensatos; quieren pintar cuadros «sin objetos», como si el ojo, sujeto de la pintura, pudiese ver la luz en sí misma y no refractada en

las cosas, digamos. Blasfema contra el Creador, pretende *descrear*; busca la fealdad por ejemplo, lo inarmónico, lo disonante, lo antirracional, lo imposible, incluso lo monstruoso. Hacer Madonas que eran sólo hermosas mujeres o San Sebastianes que eran bellos mancebos desnudos fue una leve blasfemia del Renacimiento contra Cristo; mas hoy el arte blasfema contra el Padre, cuando, presa de extraño furor intenta demoler las formas naturales, y proyectar del fondo del alma lo deforme; e incluso blasfema contra el Espíritu Santo, cuando pretende encerrar en la poesía o en la plástica la desesperación o la negación satánica; cuando usa los mágicos instrumentos de la expresión para aniquilar en los pechos no solamente la religión, mas aun la esperanza natural, el equilibrio, el entendimiento y la cordura. Signo de nuestro tiempo, el Arte caótico y degenerado no hace más que expresar en sus extravíos a la época atea y convulsa, y en justo castigo, es herido de esterilidad. No se puede ya hablar solamente de inmoralidad o corrupción, directamente, degeneración. «*Y tomé la vara llamada Belleza, dijo Dios, y la rompí; para volver nulo mi pacto con todos los pueblos*» (Zac. X, 11).

Los comunistas destruyen este Arte «Moderno», y a veces todo Arte, movidos de un furor rudo, que (hemos visto) el mismo Baudelaire «excusaba» en los antiguos iconoclastas, tocado el mismo gran artista del furor teológico contra el «Arte Puro», que se vuelve extrañamente impuro. Su gesto dellos es más sano (o menos insano) que el de la burguesía europea que se adentra en esta degeneración.

Pero el Arte, dicen las maestras normales, ELEVA el alma. Sí, y a veces la deseleva. Ciertamente, el gozar placeres espirituales eleva el espíritu, o al menos lo despierta, poniéndolo en ejercicio. Por eso la Iglesia nunca reprobó el arte, más aún, le pidió su ayuda para enseñar sus verdades invisibles por el aliciente de los sentidos —como cebando una celada o agitando un señuelo. Llegando a lo intelectual (pues el placer estético es esencialmente intelectual) por medio de lo sensible material, el Arte puede suscitar una exigencia o nostalgia de lo puro inmaterial— ese mago con sus brillazones y espejismos, con su poder de producir la «ilusión» de que habla Kirkegor. Por de pronto, el Arte enseña al artista este axioma tan antiargentino. «En este mundo, ningún placer verdadero —puede comprarse con dinero».

Pero el Arte no puede hacer más que señalar, indicar, o dar la sed o la nostalgia de las realidades espirituales, que son nuestro último fin. Ciertamente, Dios no nos prohibe contemplar un cuadro, pero su deseo es

meternos adentro del cuadro… aunque sea rompiendo el cuadro, «YO… soy la Puerta», dijo Cristo. La misma belleza humana de Cristo es para ser trascendida hacia su Divinidad.

Con Cristo comienza el arte cristiano, el cual *sí* existe, a pesar de Bloy… como lo prueban las mismas obras de Bloy: inmensamente imperfecto y siempre descontento y decepcionante. Hegel anotó la diferencia esencial del Arte Cristiano (que él llama «Romántico») con el Arte Oriental simbólico, y el Arte Griego apolíneo. Es «abierto al infinito», es decir, es desgarrado, traspasado. Las parábolas de Cristo parten del Arte Oriental, religioso y simbólico, mas no paran en el Arte clásico, apolíneo y perfecto —limitado. Rompen la simetría apolínea, contienen «exageraciones», es decir, fracturas de líneas y módulos, desarmonías, movimiento —hacia arriba. Esa característica del Arte Cristiano llega a su exasperación en el barroco, que es justamente el vicio de sus virtudes. El Arte Cristiano quiere indicar, guiar, mover, más que definir o apaciguar en lo terreno. Es un Arte vulnerado, que sangra de manos, pies y costado. La muerte ha entrado solemnemente en él, la muerte y la vida futura. Lo inefable lo obsede; y por eso no puede cerrarse elegantemente sobre sí misma, en la curva perfecta del Arte Griego, contenta con el mundo de acá. Ningún griego hubiese podido escribir la *Divina Commedia*; hubiese escrito solamente el *Inferno*, o solamente el *Paradiso*; mas Dante intenta fundir en una sola visión (sin conseguirlo del todo) sus tres orbes inquietantes.

LA BELLEZA no es el fin del Arte: es en realidad el fin de la vida; y en esta sola frase, bien mirada, se contiene la solución de los dos problemas anteriores, *mon Dieu*. Pero en esta vida, la Belleza cojea. Está mordida en el talón por el Universal Pecado, lleva el veneno de la antigua Sierpe, desciende de Eva. En esta vida, el Nombre de Dios para nosotros es Bondad, no Belleza. De la exageración desta verdad vino el que algunos Santos Padres sostuvieran que Cristo, el Hijo de Dios, *fue feo*: bondadoso y *feo*… (Justino Mártir, Ireneo, Orígenes, y sobre todo, Commodiano). No fue feo; pero durante su vida mortal, avanzó su bondad, y puso más atrás su belleza.

La Belleza es un Trascendental, uno de los nombres de Dios y de las propiedades del Ser: no se puede definir. Las «definiciones» de los filósofos son simples indicaciones della, como quien señala solamente: «La unidad de la variedad», dice Platón; «el esplendor de la verdad», dice Plotino; es verdad, pero qué poco dice. Las «definiciones» de Aristóteles designan más

bien que la Belleza ontológica, la belleza realizada en la obra artística: «el esplendor de una forma — la fuerza en el orden» —«la grandeza del orden»; y la modesta definición de Santo Tomás: «Bellas son las cosas que, vistas, gustan» (*«pulchra, quae visa placent»*), no es por su esencia sino por su efecto; y luego «belleza es orden, proporción y lucidez», repite con Aristóteles… Mas ¿dónde cabe aquí la originalidad, tan importante en el arte? Quizás en la Lucidez, ya que la originalidad es una especie de frescura, la marca de la sinceridad del alma. Mas Kant cuando se pone a definirla dice varias insulseces: «la conmesuración teleológica ("*Zweckmaessigkeit*") de una cosa contemplada con su fin natural». Para mí, la definición preferida es la de Baudelaire:

> *LÀ, TOUT N'EST QU'ORDRE ET BEAUTÉ,*
> *luxe, calme et volupté…*

La Belleza es el Ser envuelto en luz intelectual, de donde atrae la voluntad con el amor desinteresado, siendo de notar que si la luz revela la forma bella («el esplendor de una forma»), el amor tiende hacia el objeto mismo, y no hacia la luz que solamente lo vehicula; de donde la Belleza es más vale «una especie de Bien», que no una especie de Verdad, como bien notaron los platónicos; mientras Aristóteles tiende a poner el acento casi con exclusión en la Verdad —de la obra o del objeto bello.

Pero la luz intelectual no se nos da a nosotros sino por medio de los sentidos corporales, y ése es nuestro modo connatural de conocer; de donde en esta vida la Belleza nos llega por un canal inferior, y por medio de (digamos) una alcahuetería o tercería peligrosa. Y encima, el artista pervertido intenta hacernos amable un objeto en sí mismo malo. ¿Puede ser malo moralmente un Objeto? *Per se*, no: lo que es malo o bueno moralmente *per se* es la voluntad, pero un objeto artísticamente realizado o «recreado» puede ser *mentido* y *mentiroso*.

Después de la resurrección de la carne (¡tan largo me lo fiáis!), la Belleza será el Nombre de Dios para nosotros: la Bondad, la Indulgencia y la Misericordia no serán ya necesarias, y la Verdad resplandecerá sin velos, no ya en agrietados espejos o en adivinanzas: así como una estrella no ya reflejada en charcos. Dios reinará entonces como Belleza soberana, en nuestro ser y en nuestra actividad primero de todo; porque «*seremos semejantes a Él cuando Le veamos como Él es*». Él es Belleza antes que Misericordia, oso decir con Platón; es misericordioso porque (y hasta dónde) la Misericordia es bella.

Mas en esta vida, Dios nos exige a veces el sacrificio incluso de la Belleza —parcial y finita: ídolo el más peligroso, sobre todo para las almas altas. Su celoso amor quiere ser reconocido sobre todas las cosas, incluso las cosas que están tan cerca de Él, las cosas divinas. Bien lo supieron Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco; bien lo supo Santo Tomás cuando decía: «Todas estas cosas que he escrito, hermano Reginaldo, me parece un montón de paja». De suyo, incluso el artista sacro debe verse como un siervo inútil, y todas sus obras, por excelsas que sean, como algo efímero y aun falaz, algo que debe ser trascendido, e incluso destruido si es necesario, si apezga el ánimo, como dijo el Beato Angélico. «Toda esta luz tan pura puede escondernos la tiniebla divina» —dijo el Areopagita. Todos éstos son «frailecitos y monjitas tan rústicos como fanáticos», dice Antonio Machado; y el fanático es él.

(Por supuesto que todo esto no reza con la inmensa falange de los mediocres, diletantes y chambones, para los cuales no hay peligro de idolatría en la Belleza, a la cual no conocen la vista; y mientras escriben o pintan, por lo menos no molestan al prójimo; aunque suelen molestar inmediatamente después, pues quieren publicar todo lo que han escrito, que los amigos se los alaben, y ganar «premios literarios» del Gobierno, que para eso está, todo lo cual suelen conseguir por desgracia —incluso para ellos. Casi todo el «Arte Argentino», *hélas*, y la famosa «Cultura Argentina» [de la cual ya hasta han escrito una «Historia»] se compone de estos cuitadillos).

En suma, el Arte es un reflejo de Dios, de la imagen de Dios en el alma del hombre, y la actividad intelectual más connatural al hombre; y si viviésemos en pura natural, sería la actividad más alta del hombre. Pero el Arte ni nadie tiene derechos contra Dios; de donde la severa monición de Santo Tomás de que una obra de arte que hace o puede hacer daño a muchos, por causa de nuestra natura aflojada, debe ser suprimida, por artística que sea. Y los artistas cristianos no esperan para eso al «Príncipe».

No sabemos cómo serán nuestros cuerpos resucitados, pero sabemos que no serán como ahora, como no lo fue el de Cristo. Dios no resucitará un instante sólo de nuestro vivido, sino toda nuestra niñez, nuestra adolescencia, nuestra juventud y nuestra madurez transfiguradas en gloria, pues no hay un solo punto de la vida en que Dios no pueda integrar una plenitud: a semejanza de la eternidad de Dios que es la fruición simultánea de toda una vida infinita. Y al modo que un buen drama o una buena sinfonía están todo presentes aunque en vario modo en cada una de sus

partes, así, con todo nuestro pasado edificaremos en cada instante gozosamente todo nuestro porvenir. Si podemos leer una partitura de Bach, y ver toda junta inmovilizada en este instante su armoniosa arquitectura, sin esperar su ejecución sucesiva (que es lo que puede un director de orquesta), así podremos hacer con nosotros y todas las criaturas en una interminable creación de Belleza libre y personal: que no será otra cosa que el «*gaudium de Veritate*», el gozo de la Verdad. Seremos, me figuro, grandes edificadores de catedrales góticas etéreas y sucesivas con nuestro cuerpo y nuestra alma: como si dijéramos, grandes bailarines delante del Eterno.

Dios será entonces para nosotros literalmente la Belleza, y dejará de ser el andamiaje rudo que sostiene nuestra vida moral. *Fiat*.

Las parábolas de Cristo son pequeñas creaciones de belleza artística adaptadas humildemente al auditorio; de belleza secreta contenida y modesta, que por su contenido trascendental se elevan sobre todas las creaciones más complicadas del arte humano.

Cuando éramos muchachos, había un compañero de estudios muy listo, con el cual corría una discusión interminable. «Que no me digan que la Biblia es el libro más hermoso —decía él— más arte hay en Rubén Darío. Será el más útil o más necesario, por contener la Revelación, pero no tiene por qué ser el más hermoso ¿por qué? El tema no tiene nada que ver con la obra de arte…».

Yo decía: «El fondo o contenido es esencial en la obra de arte, ella es como la encarnación de una idea, y cuanto más alta sea la idea, mayor es la obra de arte».

Los dos errábamos. Si yo dijera verdad, entonces el más chapucero libro de devoción del más ramplón de los devotos, era superior artísticamente a Homero. Si él estaba en lo cierto, y el asunto no tenía nada que ver con la obra de arte (como dicen hoy), el arte queda reducido a la habilidad formal, a la «técnica», la manera; y todos los artistas son saltimbanquis: como sin duda hoy día lo son muchos, los «aduladores» del público, los sicofantes, bufones o prostitutas de las masas… o de los que pagan.

La verdad es ésta: la obra de arte *sí* es la encarnación de una idea, y mayor por tanto cuánto mayor lo encarnado, pero es menester que se encarne de veras, que alcance perfecto su cuerpo visible; y cuanto más alta es la idea, más difícil se vuelve eso. No es indiferente el «asunto», pero en su «expresión» está todo el punto.

Concretando pues:

1º. Un libro de asunto sacro mal escrito es inferior a un libro profano bien escrito, pese a su asunto: e incluso en este caso, el asunto más bien lo empeora en vez de aventajar, pues campea más lo negro sobre lo blanco; y Dios merece (y quiere) ser servido con lo mejor; y que no le ofrezcamos en sacrificio cabras tofas y purulentas, como reprocha él a sus sacerdotes… del siglo V, a. C. por boca del profeta Malaquías. Que las almas sencillas y fervientes puedan orar lo mismo «delante de la fealdad artística» (como dijo San Pío Sarto) es otra historia.

Por esto se escribió el soneto que dice:

Un libro malo para mí es terrible,
Y no puedo impedir que en este caso
El hígado se me alce con el bazo
Y la concupiscible y la irascible.

¡Ay, el libro devoto aborrecible.
El libro santulón y devotazo,
Vidas de santos por algún payaso
Místico, que hace al Místico risible!

No puedes zaherir, pues la materia
Es sacra, y hay que respetar el Templo
Y a Éste que escribe sin que Dios lo quiera…

«Ya servirá… para la GENTE SERIA,
Cálla y dá buen ejemplo
O muere… ¡Muere!»

No. Yo no. Que muera
Primero estotro malhechor, si quiere.

(Por causa desto, en la primera Compañía de Jesús, que tenía por intento formar doctores sacros [que parece hoy un tanto descuidado], se imponían al candidato fuertes y sólidos estudios de Humanidades [cosa que parece hoy algo deteriorada] si acaso no los tenía ya**[13]**. De hecho, el soneto

laudado vino a luz ante una vida de San Ignacio de un padrecito muy devoto que era un manifiesto bodrio, y hacía más bien deshonor al santo vizcaíno. Atención, sin embargo: puede que esta opinión mía sea «*biased*[14]», como dice el inglés).

2º. Un libro sacro que es una obra de arte, es superior a todo otro libro profano por excelente que sea. Entonces «el arte consiste en pedir limosna al cielo en la puerta de la Iglesia» (Valle Inclán).

3º. Un libro sacro pasable, que al menos no desdiga, es superior por la utilidad e inferior por la belleza a otra obra maestra de arte profano. De ninguno de los dos se puede decir *simplemente* que es superior al otro.

4º. Un libro sacro mediocre es superior a otro libro profano mediocre, por razón del asunto…

De todo esto se sigue que una parábola de Cristo es superior en su sencillez que *La Ilíada* y *La Odisea*.

Parecerá mentira al esteta puro; pues una parábola es tan sencilla que, al *Quijote*, a *La Divina Commedia*, a una novela de Dostoiewsky o un drama de Paul Claudel se ha como una simple palanca a un «cerebro electrónico…» o a una bomba atómica; pero un cerebro electrónico (esos ingeniosísimos y complicadísimos «*automationes*» que pergeñan ahora) no es sino una combinación de muchísimas palancas movibles por el fluido; de donde sin la palanca no existiría el *automation*; y el que inventó la palanca de primero, segundo y tercer grado (que fue nuestro padre Adán, y no el griego Arquímedes, como se dice) hizo algo más importante (y benéfico) que el que inventó (o los que inventaron en equipo) el *automation* y la bendita bomba. La comparación cojea, ya lo sé, pero no importa, cojea en mi favor.

Todas esas obras de arte refinadas que mencioné no existirían sin el desarrollo durante siglos de la literatura cristiana, cuyo origen está en ese «*nabí*» de Nazareth, que resultó ser el Cristo o Mesías. Aquellas otras son como parábolas-rascacielos, en donde una idea de Cristo está contenida… y disuelta, pues las cosas que se desarrollan, también se desconcentran.

Una canción con guitarra de Eduardo Falú o Buenaventura Dojorti

expresa mejor el amor de un hombre común (no digo *vulgar*) que el concierto de Schumann a Clara Kreisler —aunque haya en éste más ciencia, más técnica y aun filosofía si quieren, que en esa otra creación elemental, directa y palpitante. Así una parábola de Cristo expresa mejor a Dios que la *Mesíada* de Klopstock.

Yo que soy del siglo XX (y ojalá fuera de cualquier otro) me entusiasmo o me arrobo más leyendo una novela de Pereda que una parábola de Cristo; pero si me pongo a estudiar o meditar la parábola chica, la parábola larga desaparece, o desciende a un plano inferior; aunque sea un plano en el cual yo me muevo más fácil o estoy más naturalmente —por desgracia.

P. S. —Un Ejemplo de Todo Esto: para volver de mi nuevo oficio a mi viejo oficio de crítico literario, pondré aquí una observación sobre Chesterton, tan discutido como «artista». Como ensayista, polemista y apologeta no se dan dudas; es el mayor que ha tenido Inglaterra, y aun el mundo entero si se lo considera como prolongación de Inglaterra. Pero acerca de sus novelas y cuentos, se lude el fierro, o sea, se cruzan las espadas: unos dicen que son pueriles, inverosímiles, artificiosos y deleznables; otros se embelesan con ellos, como con «creaciones», y nadie los apea. Y nadie dice lo que son en puridad: son parábolas. Chesterton es un parabolero mucho más que un paradojero. Tiene en él lo que se necesita para hacer parábolas: un poeta y un retórico; y la tacha de «retórico» que le arrojan no es mengua, porque es un BUEN retórico; por lo menos cuando acierta. No tiene un *novelista* adentro (como él mismo reconoció sencillamente) en el sentido estricto de narrador verista, o costumbrista o naturalista, pero tiene algo mejor.

Tan es así que él ha rehecho algunas de las parábolas de Cristo en moderno —y al revés, naturalmente; y añadiéndoles el inevitable (en Inglaterra) «idilio», en que la muchacha hermosa pobre y rara encuentra en el curso de una aventura policial, con un abracadabrante asesinato, a su Príncipe Azul; o la Bella Durmiente del Bosque es desencantada por algún Florizel. Por ejemplo, ese logrado cuento del *Ladrón distraído* (el 3º de *Four Faultless Felons*, o sea *Cuatro Canonizables Criminales*) que es el Hijo Pródigo al revés: que cuando anduvo entre extraños y entre pecadores no fue condenado por ser desdichado ni apaleado por pedir ayuda; y eso le sucede cuando vuelve a casa de su Padre. Cuando a Chesterton le sale bien un cuento (como éste), crea una joya bizantina o barroca; cuando yerra, como a todos nosotros, le sale rotundamente mal; como en el anterior a éste

(*El Fullero Honrado*) que es tan inverosímil y retorcido como el árbol que está en el medio de él; y sin embargo es el autor tan buen retórico que puede sostener el argumento imposible («Tente hasta que paguen», dicen los españoles) hasta que la idea que quiere enunciar se forme en la mente del lector. Después no importa que el lector recapacite y se le venga abajo el argumento y la imposible imagen.

Chesterton quiere enseñar una idea. «Yo lo que quiero es enseñar, no divertir ni conmover; pero resulta que a la gente de aquí no se le puede enseñar si no es divirtiéndola o conmoviéndola primero, o al mismo tiempo» —me dijo Don Pío Ducadelia. «Ha enunciado Ud. la regla suprema del Arte, Don Pío de mis pecados —le dije— del Arte Cristiano por lo menos».

Las ideas que vehículo artísticamente es lo que da a GKC su importancia entre todos los escritores sus coetáneos: puso su arte al servicio de la verdad religiosa. Me dicen: «Bernard Shaw fue más *artista* que Chesterton». ¿Qué me importa —suponiendo que sea exacto? Chesterton dice la verdad, y Shaw está al yugo del error y la sofística; tanto peor si es más *hábil* que su amigo. Pero si me dicen que fue «más gran escritor» que Chesterton, yo lo niego: la categoría «gran escritor» tiene una referencia esencial al contenido abstracto de los escritos: no se es gran escritor por la sóla «forma». Si el artista más grande del mundo (Premio Nobel) escribe el libro más artístico del mundo (*Corydon*) en defensa de la homosexualidad… para mí, ése NO es un GRAN escritor; para ser lo cual siempre es necesario ser (o tener algo de) GRAN HOMBRE.

> «*Grand homme si l'on veut; mais poète non pas*»
> (Gran hombre si se quiere; pero poeta, nones…),
> dijo Alfred de Musset de Víctor Hugo.
>
> «*Poete si l'on veut; mais grand homme non pas*»,
> podía haber dicho Víctor Hugo de Musset.

Ninguno de los dos, gran escritor. Hay que ser poeta y gran hombre a la vez para ser gran escritor.

LEONARDO LUIS CASTELLANI CONTEPOMI (Reconquista, Argentina, 1899 - Buenos Aires, 1981). Nació el 16 de noviembre de 1899. Sus padres fueron Luís Héctor Castellani, florentino naturalizado argentino, llegado al país a los cinco años de edad, y Catalina Contepomi, argentina nativa, mujer muy inteligente según su hijo y de familia friulana y condal. Es el mayor de cuatro hermanos. María Magdalena, Luís Oscar y Arnaldo Néstor le siguieron en este orden.

Su abuelo paterno, don Leonardo, fue un arquitecto italiano que arribó a la Argentina en 1872 en una de las inmigraciones sarmientinas. Se afincó en el norte santafesino. Fundó con otras trece familias la reducción de San Antonio de Obligado. Construyó en la zona once iglesias o capillas.

Su padre, maestro normal y periodista, fundó y dirigió «El Independiente», primer periódico del Chaco santafesino. Militó en el radicalismo de Além. Murió asesinado de un pistoletazo —en 1906— por la policía del régimen.

Leonardo nieto estudia las primeras letras y lo que es hoy el ciclo primario en la escuela particular de don José Parodi, en su pueblo natal. En 1913 ingresa como alumno pupilo en el célebre colegio

«La Inmaculada», de los padres jesuitas, en la ciudad de Santa Fe. Durante su pupilaje anuda una amistad de por toda la vida con dos condiscípulos: el egregio poeta santafesino, Horacio Caillet Bois, y el político y hombre de pro de San Juan, Dr. Alberto L. Graffigna.

Bachiller en 1917, el 27 de julio de 1918 ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Córdoba, donde rehace, además, sus estudios en letras. En 1924, y durante cuatro años en el ciclo secundario del Colegio del Salvador, de Buenos Aires, enseña castellano, literatura, historia e italiano. Por esa época aparecen en la revista del Colegio del Salvador, las fábulas que más tarde conformarán su primer libro. En 1928 inicia los estudios de teología en el Seminario Metropolitano de Villa Devoto. Al promediar sus estudios, lo envían a proseguirlos en la Universidad Gregoriana. Parte para Europa en la segunda mitad de 1929.

En Roma aprendió teología y filosofía con grandes maestros: el cardenal Luis Billot S. J. y el R. P. Charles Boyer S. J., entre otros. El 31 de julio de 1930 el cardenal Marchetti Selvaggiani lo ordena sacerdote en Roma.

El 8 de julio de 1932 parte para Francia, donde permanecerá tres años, el primero de ellos, en Amienssur Marne, en la Picardía. Pasa luego a París: allí vivirá los otros dos años franceses. Asiste a la Facultad de Filosofía de la Sorbona como alumno regular. Emile Brehier fue su profesor de Historia de la Filosofía. Concurre a cursos libres: al de George Dumas sobre examen clínico de enfermos mentales en
«L'Asyle
Sainte Anne» (años 1932/1933); al de George Wallon sobre la escuela nueva (años 1932/1933); y a los del R. P. Marcel Jousse S. J. —de cuyas ideas fue introductor en la Argentina en
«L'Ecole
d'Antropologie»
(años 1932/1933) y en
«L'Ecole
Practique des Hautes Etudes» (años 1933/1934). Al finalizar el curso de 1934 se le otorga el diploma de «Etudes Superieurs en Philosophie, Section Psychologie».

En julio de 1934 va a Alemania y Austria con el patrocinio del embajador argentino en Francia, Dr. Tomás Le Breton, para profundizar sus estudios acerca de lo que juzgó su vocación en el primer tramo de su vida intelectual: psicología y problemas educacionales. Visita escuela de retardados y reformatorios infantiles en Milán, Munich, Innsbruck y Viena. A principios de 1935 pone fin a su formación intelectual y regresa a su patria. Durante su estadía en Europa había comenzado a colaborar en Criterio, lo cual sigue haciendo hasta 1942. Apareció, además, en Buenos Aires, la primera edición en libro de sus Camperas.

En la Argentina y durante 11 años lleva a cabo una ingente labor intelectual a través de la cátedra, el libro y el periodismo. Como escritor publicó 14 libros y la traducción al castellano, con notas y comentarios propios, de los primeros cinco tomos de la Suma Teológica. Como periodista escribió en todas las publicaciones católicas y nacionalistas del país; desde 1937 hasta 1941 colaboró en La Nación; en 1940 y hasta 1942, desempeñó la dirección de Estudios.

En 1943 se vincula con Lautaro Durañona y Vedia, de quien será grande y sincero amigo, director, junto con Santiago Díaz Vieyra, de Cabildo; y el 13 de junio de ese mismo año aparece su primera colaboración en dicho diario: «La coordinación y los católicos».

En diciembre de 1946 parte hacia Roma en el «Naboland» con un pasaje obsequiado por el sacerdote salesiano José Silva; pretende hacer conocer al general de la Compañía de Jesús los hechos irregulares de que ha sido víctima y la situación insufrible que le ha sido creada. El 1 de enero de 1947 llega a Génova. Por fin es recibido por el P. Janssens. La audiencia dura cinco minutos. En ella el P. General lo conmina a salir de la Compañía de Jesús bajo condiciones que él determinaría posteriormente. No acepta. En junio de 1947 recibe orden por escrito de trasladarse en el término de cuatro días a Manresa, España. En Manresa pasa dos años de sufrimientos. Su confesor, el R. P. José Murall S. J., y sus amigos argentinos y españoles le aconsejaron que solicitase su traspaso al clero secular de su país, lo que hizo. Abandonó Manresa el 19 de julio de 1949 y llegó a Buenos Aires en avión el 22 del mismo mes. Se albergó en el Colegio del Salvador, dio cuenta de lo acaecido al

R. P. Juan Castillejo S. J., rector del Colegio y, por escrito, por estar ausente en Córdoba, al R. P. Juan Moglia S. J. el 18 de octubre de ese año se le separa de la Compañía sin proceso.

Fue acogido con benevolencia y amistad por Monseñor Roberto Tavella, Arzobispo de Salta, quien lo alojó en su casa y lo honró cuanto pudo. En Salta, adonde llegó en 1950, fue poco a poco mejorando salud, aunque el clima no era el ideal para él. Desempeñó en la Escuela Normal de esa ciudad las cátedras de Metafísica y de Problemas Nacionales.

Pasa a Buenos Aires a consultar médicos. Éstos le desaconsejan Salta y le recetan un descanso de un año en su pueblo natal. Decide a principios de 1952 establecerse en Buenos Aires y tratar de reasumir su cátedra en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, cosa que logra. Enseña en ese establecimiento hasta el año 1955, en que es cesanteado como todos los docentes sacerdotes por el sarampión anticlerical de Perón.

La rehabilitación sacerdotal salteña, aún con sus limitaciones, no es válida en Buenos Aires. Se da una situación curiosa: el mismísimo P. Castellani que podía celebrar el Santo Sacrificio de la Misa en la ciudad de Salta no lo podrá hacer en ningún altar de la ciudad de Buenos Aires. Por lo que a él toca, cierra con un olvido caritativo el período de dolores que principió en 1946.

En 1952 y 1953 dictó cursos de filosofía en la Sociedad Científica Argentina; en 1954 y 1955, en el Teatro del Pueblo; en 1965 en el Colegio Champagnat; en 1968 y 1969 en el salón de actos de la parroquia Nuestra Señora del Socorro.

En 1955, tras su cesantía en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, se incorpora al cuerpo de redacción del diario Tribuna de San Juan, de Alberto L. Graffigna. A partir del 1 de febrero de 1956 y hasta el 31 de diciembre del mismo año, publica todos los domingos el comentario del evangelio del día. Reúne luego todas las dominicas y con ellas conforma dos de sus libros más leídos; «El Evangelio de Jesucristo» y «Las Parábolas de Cristo». Sigue colaborando en Tribuna hasta su cierre en 1957, provocado por un atropello de la Revolución Libertadora.

En 1952 viaja a Lourdes como penitente en corta peregrinación de

pocos días.

En 1966 el nuevo Nuncio Apostólico, Monseñor Lino Zanini, «manu militari», arregló definitivamente la situación absurda y desdorosa para la Iglesia en que se encontraba el P. Castellani; se le restituyó plenamente, sin reservas ni condicionamientos, el ministerio sacerdotal.

En enero de 1967 apareció «Jauja», revista mensual, que fundó y dirigió hasta el último de los 36 números durante tres años. En ella escribió siempre el editorial, que llamó directorial, y la crítica literaria y una sección de comentarios sobre temas de actualidad llamada *Periscopio*.

En 1974, 1975 y 1976 dicta en Patria Grande los siguientes cursos; «De Kirkegord a Tomás de Aquino», «16 clases sobre el Verbo Encarnado» y «El Apokalypsis». Luego de haber sido nombrado Doctor «*honoris causa*» de la Universidad de Buenos Aires, el gobierno argentino le entregó el premio «Consagración Nacional», el 30 de diciembre de 1975.

El 16 de noviembre de 1979 cumplió 80 años de vida y 60 de escritor. Actualmente vive en el aprecio de sus amigos. Poco le importan ya las cosas de este mundo. Todo su tiempo lo tiene ocupado en preparar una buena muerte.

Notas

[1] En otros tiempos, antiguamente. <<

[2] «El saber es el principio y la fuente del escribir bien. Las páginas de Sócrates te proporcionarán muy sólidos conocimientos…». (Trad. de Germán Salinas). <<

[3] En noviembre de 1962 Castellani expuso la naturaleza de la inspiración bíblica en un curso sobre la Sagrada Escritura. <<

[4] Televisión. <<

[5] Por el *Talmud* conocemos que un remedio indicado por los médicos para curar el flujo de sangre «era buscar granos de avena en la bosta de un mulo blanco; comiendo uno, el flujo debía cesar por dos días; comiendo dos, por tres días; y comiendo uno durante tres días, debía cesar para siempre. Otro remedio, y éste decisivo: azotarse los muslos con ortigas a la media noche un día sí y otro no durante un mes de Kislew (que corresponde a nuestro Noviembre-Diciembre) y la enfermedad debía desaparecer. Otros remedios que seguían hacían desaparecer las ganas de sanarse. La medicina era ejercida por los Escribas, y consistía en un poco de empirismo y mucha superstición. En la *Mishna (Talmud)* existe esta sentencia: "*El mejor de los médicos merece el Infierno*"». (Castellani, «*El Evangelio de Jesucristo*», Domingo Vigesimotercero después de Pentecostés). <<

[6] Salud-dador: Salvador. <<

[7] Mujeres a quienes los antiguos atribuían la facultad de conocer el porvenir. <<

[8] «Empieza ¡oh tierno niño! a reconocer a tu madre con tu sonrisa». <<

[9] Espada. <<

[10] Dominio de sí mismo que deriva de ver las cosas como son. <<

[11] Exceso, insolencia. <<

[12] *Apokalypsis* 20, 4. <<

[13] Cfr. *Gerald Manley Hopkins*, en *Castellani por Castellani*, Jauja, Mendoza, 1999, págs. 42 sgts. <<

[14] «Sensibilizada, prevenida». <<